

COMBATE ESPIRITUAL,

POR EL

V. P. D. LORENZO ESCUPOLI,

**DEL ORDEN DE LOS PP. CLÉRIGOS REGULARES
DE SAN CAYETANO.**

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

D. DAMIAN GONZALEZ DEL CUETO,

y reducido á la pureza del original por el padre

D. RAMON GUÑINEL,

del mismo orden.

NUEVA EDICION CORREGIDA CON ESTAS



TOMO II.

Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA RELIGIOSA.

Junio de 1850.

COMBATE ESPIRITUAL.

PARTE SEGUNDA.

TRATADO PRIMERO

QUE CONTIENE LAS ADICIONES AL COMBATE ESPIRITUAL.

CAPÍTULO I.

Qué cosa sea la perfeccion cristiana.

Si quieres no fatigarte vanamente , y sin fruto , ó ánima devota , en los ejercicios de la vida espiritual , como ha sucedido á muchos , ni caminar , sin saber á donde se dirige la vereda que sigues , conviene que entiendas y comprendas primeramente bien qué cosa sea la perfeccion cristiana.

La perfeccion cristiana no es otra cosa que una cumplida observancia de los pre-

ceptos de Dios y de su ley, á fin solo de obedecerle y agradarle, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra, ni volver atrás (*Deut. v, 32. — Isaiaæ xx, 21*). *Et hoc est omnis homo (Eccles. xii, 13): Y esto es todo el sér del hombre, ó en esto consiste todo su sér.*

De modo, que el fin de toda la vida del cristiano, que quiere serlo perfectamente, ha de ser engendrar y conservar en sí un hábito; con el cual, acostumbándose á no hacer en cosa alguna su propia voluntad, todo lo que hiciere lo haga solo como movido de la voluntad de Dios, y solo á fin de agradarle, obedecerle y honrarle.

CAPÍTULO II.

Como conviene combatir para alcanzar la perfeccion erística.

En pocas palabras se ha dicho todo lo que se pretende; pero reducido á práctica, y ponerlo en ejecucion: *Hoc opus*

hic labor est : En esto está la dificultad, ó en esto consiste todo el trabajo : porque reinando en nosotros por el pecado de nuestros primeros padres, y por nuestros malos hábitos, una ley contraria á la de Dios ; conviene que combatamos contra nosotros mismos, y contra el mundo y el demonio, que excitan y mueven nuestras guerras.

CAPÍTULO III.

De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo.

Publicada ya la guerra, ha menester para ello el nuevo soldado de Cristo tres cosas que le son muy esenciales. Ha menester un ánimo grande, resuelto y determinado á pelear, y á no volver atrás: ha menester armas y saber manejarlas.

- La resolución de pelear la ha de tomar de la frecuente consideración, de que: *Militia est vita hominis super terram,*

(Job. vii, 1): *La vida del hombre es una continua guerra*; y de que esta guerra espiritual tiene por ley, que quien no pelea como debe, de cierto perece y muere para siempre.

La grandeza de ánimo y valor que se requiere, conseguirás, si desconfiando de tí misma, pones toda tu confianza en Dios, teniendo por cosa cierta que el mismo Dios está dentro de tí, para librarte de cualquier peligro.

Serás asaltada y acometida de los enemigos repetidas veces: mas todas las que lo fueres, si desconfiada de tus fuerzas, y propia industria, te acoges con confianza segura al poder, bondad y sabiduría de Dios, peleando, alcanzarás la victoria.

Las armas para esta guerra son dos, resistencia y violencia.

CAPÍTULO IV.

De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas.

La resistencia y violencia, son verdaderamente armas pesadas y penosas; pero necesarias para alcanzar la victoria. Estas armas se manejan en la forma siguiente.

Cuando te hallares combatida de tu corrompida voluntad y de tus malos hábitos, que te persuaden y tiran para que no hagas ni cumplas la voluntad de Dios, has de resistirles, diciendo: *Sí, sí; yo quiero hacer la voluntad de Dios.*

Con la misma resistencia te has de oponer cuando de esta misma corrompida voluntad, y malos hábitos, fueres llamada y persuadida á hacer algo contra la voluntad de Dios, diciendo luego al punto: *No, no; la voluntad de Dios quiero yo hacer siempre con su ayuda. Ea, Dios mio, socorredme presto, para que esta voluntad,*

que en mí se halla por vuestra gracia, de hacer siempre vuestra divina voluntad, no sea en esta ocasion vencida de mi antigua y depravada voluntad.

Y si sintieres flaqueza en tu voluntad, y mucha pena en resistir, te has de hacer toda suerte de violencia, acordándote que el reino del cielo padece violencia, y que los que lo alcanzan son los esforzados (*Matth. XI, 12*), que se la hacen á sí mismo, y á sus propias pasiones.

Y si la pena ó violencia fuere tan grande que te angustie el corazon, vete luego con el pensamiento al huerto de Gethsemaní, y acompañando tus congojas y angustias con las de tu divino Redentor, pídele que en virtud de las suyas te dé la victoria de tí misma; para que de todo corazon puedas decir á tu Padre celestial: *Non sicut ego volo, sed sicut tu, fiat voluntas tua (Matth. XXVI): No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino tu santa voluntad;* y procurarás una y otra vez unir y conformar tu voluntad con la de

Dios, queriendo como él quiere que quieras.

Pondrás todo tu cuidado en hacer cualquiera acto con tanta plenitud y pureza de voluntad, como si en ese solo consistiese toda la perfeccion y todo el agrado y honra de Dios; y de este modo podrás hacer el segundo acto, el tercero y el cuarto y otros muchos.

Y si te acordares que has quebrantado algun precepto de Dios, duélete mucho de la transgresion, y toma mayor vigor y fortaleza de ánimo para obedecer á Dios en aquel mismo precepto, ó en otro cualquiera que te ofreciere la ocasion.

Y para que no dejes pasar ocasion alguna, por pequeña que sea, de obedecer á Dios, advierte, que si eres obediente á su divina Majestad en las cosas mínimas, te dará nueva gracia para que con facilidad le obedezcas en las mayores.

Demás de esto, debes acostumbrarte á que cuando te viniere al pensamiento cualquier precepto divino, lo primero ado-

res á Dios, y luego le ruegues que te socorra para que le obedezcas.

CAPÍTULO V.

Que conviene velar continuamente sobre nuestra voluntad, para reconocer á cuál de las pasiones se inclina mas.

Vela sobre tí con el mayor cuidado que puedas, para que espies y reconozcas á cuál de tus pasiones se inclina mas á menudo tu voluntad; pues de esa pasion más que de todas las demás suele ser engañada y quedar esclava.

Porque no pudiendo estar sola la voluntad del hombre, sino acompañada siempre de alguna de sus pasiones, es forzoso que, ó ame, ó aborrezca, ó desee, ó huya, ó esté alegre, ó triste, ó desespera, ó tema, ó sea atrevida, ó iracunda.

Pero cuando la hallares inclinada, no á la voluntad divina, sino al amor propio, procura con todo cuidado que se apar-

te del amor de sí misma, y se incline al amor de Dios, y á la observancia de los preceptos de su santa ley.

Procurarás hacer esto, no solo en las pasiones, que son de momento, y que inducen y mueven á pecado mortal, mas tambien en las que pueden ocasionar los veniales; porque aunque estas mueven ligeramente y obran poco á poco; no obstante enervan y debilitan nuestra virtud cuando son voluntarias, y nos ponen en peligro manifiesto de caer con mucha brevedad en los pecados mortales.

CAPÍTULO VI.

Como quitando la primera pasion, que es el amor de las criaturas y de nosotros mismos, y dándola á Dios, todas las demás pasiones quedan corregidas y ordenadas.

Para que mas brevemente y con mejor orden libres tu voluntad del cautiverio de las pasiones desordenadas, con-

viene que te apliques continuamente á vencer y ordenar la primera pasion, que es el amor propio; pues ordenada esta, que es como la cabeza, todas las demás pasiones la seguirán, como sus miembros, porque nacen de ella y en ella tienen su raíz y vida, como se reconoce claramente con el discurso; pues lo que mas se desea es lo que mas se ama; y lo que mas se ama es en lo que mas se deleita el que ama; y solamente se aborrece, se huye y nos contrista, lo que impide y ofende el objeto amado; ni otra cosa se espera sino la que se ama; y al contrario, de esta misma desesperamos, cuando la dificultad de alcanzarla nos parece insuperable; y ninguno teme, abomina ó aborrece sino lo que impide y puede ofender á la cosa amada.

El modo de vencer y ordenar esta pasion primera, es considerar en la cosa que amas, sus calidades, y que es lo que deseas ó pretendes con este amor; y en reconociendo que tiene las calidades

de bondad y de belleza, y que lo que pretendes es utilidad y deleite, podrás decirte á tí misma muchas veces: *¿Qué mayor belleza y qué mayor bondad que la de Dios, que es la única fuente y manantial de todos los bienes y de toda la perfeccion?*

Y si en lo que amas pretendes utilidad y provecho, ¿qué cosa se puede imaginar que iguale al que consigo trae el amor á Dios? Porque amándolo se transforma el hombre en el mismo Dios deleitándose y gozándose solo en él.

Demás de esto, el corazón del hombre pertenece á Dios, porque el mismo Dios lo ha criado, lo ha redimido, y cada dia con nuevos beneficios amorosamente nos lo pide, diciendo: *Fili præbe mihi cor tuum* (Prov. 23): *Dame, hijo, tu corazón.*

Perteneciendo, pues, á Dios el corazón humano par tantas razones como luego diremos, y siendo tan pequeño para satisfacer á las obligaciones que debemos

á su infinita bondad , te hallas obligada á ser celosísima de que no ame tu corazón sino solamente á Dios y las cosas que le agradan , y esto con la moderacion, órden y modo que Dios quiere.

Este mismo celo y cuidado debes tener tambien (porque estas dos cosas son el fundamento de la fábrica de la perfeccion) con la pasion del odio , para no aborrecer sino solamente el pecado , y lo que puede inducir al pecado.

CAPÍTULO VII.

Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana.

Mas porque nuestra voluntad , estando apasionada , es muy débil y flaca para resistir y vencer sus pasiones , y ordenarles á Dios y á su obediencia (como lo muestra la experiencia ; pues aunque ella quiera y proponga mortificarse en todo , ño obstante , cuando llega la oca-

sion de practicarlo, oprimida de sus pasiones, se olvida de sus buenos propósitos, y miserablemente se rinde á ellas), conviene socorrerla y ayudarla, no solo en las ocasiones que se ofrecen, sino cada hora y cada momento, para que cobrando fuerzas contra sí misma, se venza y se libre de la dura servidumbre de sus pasiones, entregándose toda á Dios y á su divino beneplácito:

CAPÍTULO VIII.

Como venciendo el mundo viene á quedar en gran manera socorrida la voluntad del hombre.

Moviéndose comunmente nuestras pasiones, y cobrando fuerzas del mundo y de sus cosas, mientras nos muestran sus falsas grandezas ó engañosos deleites; se sigue que vencido y despreciado el mundo con todas sus cosas, viene la voluntad del hombre á respirar con libertad, y á

volverse á otro objeto , no pudiendo estar sin amar y sin tener en que deleitarse.

El modo de vencer al mundo es, considerar profundamente que sean en la verdad sus cosas, y cuáles sus promesas.

Esta consideracion , si no estamos ciegos con alguna de nuestras pasiones, nos hará comprender con claridad lo mismo que conoció el sapientísimo Salomon , á quien reveló Dios todo el misterio de las ilusiones y vanidades del mundo; el cual después de haber hecho experiencia de todo lo que hay en él, reconociendo el engaño de los placeres, y la inutilidad de las grandezas humanas , y sintiendo en sí mismo la nada de su propia gloria, dijo : *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas et afflictio spiritus* (Eccles 1): *Vanidad de vanidades, todo es vanidad y afliccion de espíritu.*

Esta verdad se experimenta cada dia, porque deseando el corazon del hombre saciarse aunque haya alcanzado todo lo

que desea; no por eso queda satisfecho, sino antes con mas hambre: y sucédele esto, no por otra causa sino porque sustentándose de las cosas del mundo (aunque las tenga todas) viene á sustentarse de sombras, de sueños, de vanidad y mentiras: cosas que no pueden darle nutrimento alguno.

Las promesas del mundo son todas falsas y llenas de engaños; promete felicidad y da inquietud; promete y no da las mas veces, y si da lo que promete, luego lo quita; y si no lo quita luego, aflige y atormenta mas á sus apasionados; porque tienen puestos sus deseos en el lodo, sin permitirles un momento de descanso: á los cuales se puede decir justamente: *Filii hominum, usquequò gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mentatium* (Psalm. IV, 3), *¿Hijos de Adam, hasta cuándo ha de durar la dureza de vuestro corazon? ¿Por qué amais la vanidad, y buscáis la mentira?*

Pero concedamos á estos engañados

que estos bienes aparentes del mundo fuesen verdaderos : ¿Qué diremos de la velocidad y presteza con que pasa la vida del hombre para gozarlos? ¿Dónde están las riquezas, las prosperidades, las soberbias de tantos príncipes, reyes y emperadores? Pereció en un momento toda su falsa gloria.

El modo , pues , de que venzas de tal suerte el mundo , que le vuelvas las espaldas , y le obligues á que él te las vuelva á tí ; esto es , que estés crucificada al mundo (*Galat. vi*) , y el mundo esté crucificado á tí , es , que antes que tu voluntad se aficione y se pegue al mundo , le salgas al encuentro , primeramente con una profunda consideracion de sus vanidades y mentiras , y después con la voluntad ; porque así no estando ni la voluntad ni el entendimiento apasionados , con facilidad lo despreciarás ; y á cualquiera criatura que te proponga podrás decirle : *¿ Eres criatura ? Quita , quita tu apego , tu aficion y tu amor , porque yo voy*

buscando en la criatura solo á mi Criador, y lo espiritual, no lo corporal: no eres tú á quien yo quiero y deseo amar, sino al que á tí te da la operacion y la virtud.

CAPÍTULO IX.

Del segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana.

Este segundo socorro de la voluntad humana, consiste en echar fuera al príncipe de las tinieblas, como autor de todos los desordenados movimientos de nuestras pasiones.

A este enemigo de nuestra salud echaremos fuera, y lo venceremos todas las veces que venzamos nuestras concupiscencias y deseos desordenados.

Y así, si quieres que el demonio huya de tí resiste tú á tus pasiones; que esta resistencia es la que, como Santiago dice (*Epist. Cath. iv*), le ahuyenta. Y debes advertir, que este enemigo á veces

nos asalta de tal suerte, encendiendo la concupiscencia de la carne, y todas las pasiones, que parece se halla ya el hombre necesitado á rendirse; pero no te aflijas ni te acobardes: resístele con valor, y ten por cierto que Dios está contigo para que no se te haga alguna injuria ó superchería. Resístele, te digo, que si resistes y perseveras te aseguro que vencerás.

He dicho *si perseveras*, porque no basta resistir una, dos y tres veces, sino todas las que intentare rendirte, porque es costumbre de este astuto enemigo intentar mañana lo que hoy no ha podido conseguir, y la semana siguiente lo que en la presente no ha podido lograr; y de este modo va continuando con paciencia sus asaltos, variándolos de tiempo en tiempo, ya con furia, ya con destreza, hasta salir con su intento.

Por lo cual conviene estar siempre constante con las armas en la mano, sin fiarse ni descuidarse, por muchas que hayan

sido las victorias conseguidas; porque la vida del hombre es una continua guerra, y la victoria no consiste en hoy ni en mañana, sino en el fin.

Y si tú en esto sientes pena, sabe, que mayor es la que el demonio siente cuando con valor le resistes, y así para tu consuelo y su afrenta, le puedes decir: *Véte á penar, demonio infernal; mas porque tú penas por tu impiedad, y yo peno por no ofender á mi Señor y mi Dios, tus penas serán eternas, y las mías por la gracia de Dios se mudarán en paz eterna.*

CAPÍTULO X.

De la tentacion de la soberbia espiritual.

En el precedente capítulo te he advertido de las tentaciones con que el demonio nos suele acometer, valiéndose del mundo, de sus riquezas y deleites: ahora he de tratar de la soberbia espiritual,

complacencia y vanagloria de que se vale para derribarte, tanto mas peligrosa, y digna de temerse, cuanto es menos conocida, y mas enojosa y desagradable á Dios.

¡O cuántos generosos soldados, y grandes siervos de Dios, después de las victorias insignes de muchos años, han perecido en este escollo; y de hijos de Dios se han hecho esclavos de Lucifer!

El modo de librarnos de este tremendo golpe, y oculto lazo de Satanás, es temblar siempre, y ejercitar las virtudes y buenas obras con temor y temblor, para que no se engendre en ellas el gusano oculto del amor propio y de la soberbia, que tan odiosa es á Dios; y por eso humillándonos en ellas, debemos procurar cada dia hacerlas mejores, como si nada hubiésemos obrado bien por lo pasado; y cuando nos pareciese (que jamás debemos pensarlo) que hemos obrado alguna cosa bien, y con perfeccion, debemos de todo corazon decir á Dios: *Servi inutiles*

sumus : Somos siervos inútiles y de ningún provecho (Luc. xvii, 10).

Sobre todo debemos recurrir á menudo á Cristo nuestro Salvador y Maestro, pidiéndole que librándonos de toda especie de soberbia , nos enseñe y ayude á ser humildes de corazón. Asimismo debemos recurrir á su santísima Madre, para que nos alcance la verdadera humildad , que es el fundamento de todas las virtudes , y la que siempre las acompaña, las conserva , las asegura y las aumenta.

He tratado largamente de la humildad en la primera parte de este Combate; y así nada se me ofrece que añadir en este lugar de semejante materia.

CAPÍTULO XI.

Del tercer socorro de la voluntad humana.

El tercer socorro con que se ha de ayudar nuestra voluntad, es la frecuente oración , á la cual te has de acostumbrar de

tal suerte, que cuando te hallares asaltada, recurras siempre y sin dilacion á Dios, diciendo : *Deus in adiutorium meum intende : Domine , ad adjuvandum me festina : Atended , Señor , á la necesidad que tengo de socorro , y dadme ayuda sin dilacion (Psalm. LXIX).*

En el combate , pues , has de entrar acompañada de la oracion y de la resistencia en presencia de tu Dios , y siempre vestida de la desconfianza de tí misma , y de la confianza en su divina Majestad : que si con este aparato , y de este modo combates , segura tendrás siempre la victoria.

¿Qué cosas no sobrepuja y vence la oracion ? ¿Qué dificultades y peligros no rinde y avasalla la resistencia con la desconfianza propia , y con la confianza en Dios ?

¿ Y en qué batalla puede ser vencido quien combate en presencia de su Dios con ánimo y deseo de agradarle ?

CAPÍTULO XII.

Del modo en que ha de habituarse el hombre para tener presente á Dios todas las veces que quiera.

Para que tú alcances la costumbre de tener á Dios presente todas las veces que quieras, procura pensar siempre que Dios te mira y considera tus obras y pensamientos, ó que todas las criaturas que ves son otros tantos cancelos por donde te mira Dios escondido, y te dice: *Petite, et accipietis: omnis enim, qui petit, accipit; et pulsanti aperietur: Pedid, y recibiréis, porque al que pide se da lo que necesita; y al que llama se le abre la puerta (Matth. VI).*

Pedrás demás de esto hacerte presente á Dios, mirando las criaturas, en las cuales, dejando lo corporal, te has de ir luego con el pensamiento á Dios, considerando como su divina Majestad es

quien les da el ser, vida, el movimiento, la virtud y las operaciones.

Siempre, pues, que combatiendo, ó haciendo alguna cosa, quisieres orar, representate á Dios en cualquiera de estas dos maneras; ora después, y pídele ayuda y socorro.

Y sabe, ó alma devota, que si llegare á hacérsete familiar la presencia de Dios, alcanzarás grandes victorias, y ganarás tesoros infinitos, y entre otros bienes te guardarás de muchos pensamientos, palabras y obras, que no son decentes á la presencia de Dios, ni conformes á la vida de su santísimo Hijo Jesucristo.

Ten tambien por cierto que esta presencia de Dios te infundirá, y dará virtud, para que puedas estar como debes en su presencia.

Porque si de la presencia y vecindad de los agentes naturales, que son de virtud limitada y finita, contraemos y tomamos su calidad y virtud, ¿qué diremos de la presencia y vecindad de Dios, que

es de infinita virtud y comunicable, lo que no es decible?

Demás del sobredicho modo de orar: *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina: Atended, Señor, á la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilacion* (Psalm. LXIX), de que podemos usar en cualquiera necesidad, podrás orar tambien con otros modos mas particulares: como deseando tú conocer y ejecutar la voluntad de Dios, la oracion que has de hacer es una de las siguientes: *Benedictus es Domine, doce me facere justificationes tuas: Deduc me, Domine, in semitam mandatorum tuorum. Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas: Bendito sois, Dios mio, enseñadme á ejecutar vuestros preceptos: guiadme por la senda de vuestros mandamientos. Ojalá que todos mis pasos se enderecen á guardar vuestras justas y santas leyes* (Psalm. CXVIII).

Y para pedir á Dios cuanto se le puede pedir, y su divida Majestad gusta que

se le pida , puedes usar la oracion del *Pater noster* (Matth. vi), la cual deberás decir con toda la atencion posible, y con todo el afecto de tu corazon, para que así alcances lo que pides.

CAPÍTULO XIII.

De algunos avisos acerca de la oracion.

Lo primero has de advertir que las oraciones (no hablo aquí de las meditaciones, que de estas hablaré mas abajo) deben no solo ser breves en el modo sobredicho , sino frecuentes , llenas de deseo, y de actual fe y confianza de que Dios te ha de socorrer y ayudar , sino en el modo que desees , y cuando tú quieres, con mejor socorro , y en tiempo mas oportuno.

Lo segundo, han de ir siempre acompañadas, ó actual ó virtualmente , con alguna de las cláusulas siguientes :

Por tu boca : Segun tus promesas : A tu

honra: En nombre de tu amantísimo Hijo: En virtud de tu pasión: En nombre de María Virgen, tu Hija, tu Esposa y tu Madre.

Lo tercero, que algunas veces añadas algunas jaculatorias, como: *Concédeme, Señor, tu amor en nombre de tu amantísimo Hijo: ¿Y cuándo, Señor, gozaré yo de tal ventura?*

Lo mismo se puede hacer también en cada una de las peticiones de la oración del *Padre nuestro*, como: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Matth. VI). ¿Mas cuándo será el día, Padre nuestro celestial, que vuestro nombre sea conocido por toda la redondez del mundo, honrado, glorificado y ensalzado? ¿Cuándo, Dios mío? ¿Cuándo?* Y á este modo en las demás peticiones.

Lo cuarto, que pidiendo en la oración virtudes y gracias, será bien considerar el valor y precio de las virtudes y tu necesidad: la grandeza de Dios, y su infi-

nita bondad : los méritos de quien pide, que de esta manera se pedirá con mas afecto y deseo, con mas reverencia y confianza , y con mas humildad : y finalmente , se ha de considerar el fin de lo que se pide, que ha de ser para agradar á Dios, y para honra suya.

CAPÍTULO XIV.

De otro modo de orar.

Suélese orar también perfectísimamente , estando en presencia de Dios con el pensamiento , sin decir cosa alguna , ya enviándole de cuando en cuando suspiros amorosos , ya volviéndole los ojos , y manifestándole tu corazón con un breve y encendido deseo de que te socorra , para que le ames puramente, le honres y le reverencias, como es justo y debido, ó tambien con un deseo de que te otorgue la gracia que le tienes pedida en la oracion precedente.

CAPÍTULO XV.

Del cuarto socorro de la voluntad humana.

El cuarto socorro es el amor divino, el cual de tal manera socorre y fortifica la voluntad humana, que no hay cosa que con él no pueda, ni pasion ó tentacion que no venza.

El modo de conseguirlo es la oracion, pidiéndoselo á Dios en ella muy á menudo; y la meditacion, meditando aquellos puntos que son á propósito con la gracia de Dios, para encenderlo en el corazon humano. Estos son:

Quién es Dios, cuánto, y cuál es su infinito poder, su sabiduría, bondad y belleza. Qué ha hecho Dios por el hombre, y qué mas hiciera, si fuera necesario; el ánimo con que lo ha hecho, qué cosas hace cada día por el hombre, las recompensas que tiene aparejadas en la otra vida, si mientras vive en esta

obedece sus preceptos por agradecerle , y le sirve con pureza de alma.

CAPÍTULO XVI.

De la meditacion del ser de Dios.

Qué cosa sea Dios , el mismo Dios, que se conoce perfectamente á sí mismo, nos lo declaró , cuando respondió y dijo: *Ego sum, qui sum: Yô soy el que soy* (Exod. III).

Es tal y tan grande este predicado de Dios, que á ninguna criatura puede atribuirse : no á príncipes, no á reyes, no á emperadores, no á los Ángeles mismos, ni al universo entero ; porque todas las cosas tienen su-ser, dependiente de Dios, y de sí no son sino un puro nada.

De aquí se reconoce cuán' vano es el hombre que ama las criaturas no amando en ellas al Criador , ó á las criaturas, como quiere y desea Dios.

Digo *vano* , porque ama la vanidad:

vano , porque piensa satisfacerse de aquellas cosas que de sí son nada : vano en fin , porque se fatiga por tener aquellas cosas que de suyo son caducas y perecederas. Si quieres, pues, amar como conviene amar , ama á Dios, que llena y satisface enteramente nuestro corazon.

CAPÍTULO XVII.

De la meditacion del poder de Dios.

Ya se sabe que no solo esta ó aquella potencia del mundo, sino aun todas juntas y unidas , queriendo edificar ; no reinos, no ciudades, sino un solo palacio, necesitan de varios materiales, instrumentos y maestros , y de mucho espacio de tiempo ; y con todo esto , por grande que sea la diligencia, no se acaba el edificio á su voluntad y gusto : mas Dios, con solo su poder y querer , en un momento crió de nada todo el universo mundo , y con la misma facilidad podia criar

infinitos mundos , destruirlos y reducirlos á nada.

Este solo punto , si profundamente se medita , cuanto mas se meditare , despertará en nosotros nuevas maravillas y nuevos incentivos de amar á un Dios y Señor tan sumamente poderoso.

CAPÍTULO XVIII.

De la meditacion de la sabiduría de Dios.

Cuán alta é inescrutable sea la sabiduría de Dios, no hay quien lo pueda decir ni comprender ; pero para que conozcas algo de ella , vuelve los ojos al ornamento de los cielos , á la hermosurà de la tierra y de todò el universo ; y no hallarás otra cosa que la incomprendible sabiduría del Arquitecto divino.

Vuelve la mente á la vida de los hombres , y á lós varios accidentes que ocurren , y hallarás que no hay cosa tan des-

ordenada , que á la vista de Dios no sea suma sabiduría.

Medita los misterios de la Redencion, y los hallarás todos llenos de esta altísima sabiduría , y dirás con frecuencia con san Pablo, absorto en este inmenso piélago : *Ó altitudo divitiarum sapientiæ, et scientiæ Dei, quam incomprehensibilia sunt judicia ejus ! ; Ó inefable y altísima grandeza de los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, é investigables los caminos de sus secretos !* (Rom. XI, 33).

CAPÍTULO XIX.

De la meditacion de la bondad de Dios.

Como todas las demás infinitas perfecciones suyas , la bondad de Dios es incomprendible en sí misma ; pero si miramos lo que por de fuera se dilata y extiende, es tal y tan grande que no hay cosa en el mundo en que no resplandezca.

La creacion es efecto de la bondad de Dios; la conservacion y gobierno es tambien efecto de la bondad de Dios: la redencion nos muestra que es inefable é infinita la bondad de Dios; pues nos dió su propio Hijo para nuestro rescate, y nos lo da tambien por sustento cotidiano en el admirable Sacramento del altar.

CAPÍTULO XX.

De la meditacion de la belleza de Dios.

De la belleza de Dios, basta que sepamos todos que es tal y tan grande, que contemplándose en ella el mismo Dios *ab eterno*, se halla en su capacidad infinita incomprendiblemente satisfecho y bienaventurado.

¡Ó hombre, conoce la altísima dignidad á que eres llamado de Dios, que es para gozar de esta su incomparable belleza! No seas de corazon tan duro y tan pesado, que despreciando sus infinitas

perfecciones, pongas tu afición en la vanidad, en las mentiras y en las sombras. Dios te llama al amor de su poder, sabiduría y bondad: llámate á que goces de su belleza, y de los incomparables bienes que tiene preparados en el cielo; ¿y tú te haces sordo? Piensa, piensa seriamente en tus cosas; porque llegará tiempo en que no aprovechará el arrepentimiento.

CAPÍTULO XXI.

De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué ánimo, y qué mas hiciera si fuese necesario.

Lo que Dios ha hecho por el hombre, se puede conocer meditando la creación y la redención. Después de esto, el ánimo con que lo ha hecho, y con que ha obrado su eterna salud, ha sobrepujado lo infinito.

Infinito ha sido el precio del rescate;

pero el ánimo ha sido mas infinito , porque ha sido de padecer y volver á morir por el hombre si fuese necesario : y así, si al rescate infinito tan deudora eres, ó alma , que toda te debes á quien te rescató ; ¿ en qué grado lo serás al ánimo de Dios , que excede y sobrepuja con tantos quilates al mismo rescate ?

CAPÍTULO XXII:

Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.

No hay dia , hora ni momento en que el hombre no reciba de Dios nuevos beneficios , porque cada dia y cada momento Dios lo cria , conservándolo en el ser que le dió.

Cada momento le sirve con sus criaturas , con el cielo , con el aire , con la tierra , con el mar , y con cuanto se halla en ellos.

Cada dia le da su gracia , llamándolo

del mal al bien, guardándole para que no peque, y en pecando le ayuda para que no peque mas. Lo espera, lo llama á la penitencia, y volviéndose á él, le perdona con mayor presteza, que el mismo pecador se mueve á buscar el perdon de su pecado. Cada dia le envia su Hijo santísimo con todas las riquezas de los misterios de la cruz, y se lo tiene aparejado en el santísimo Sacramento del altar.

CAPÍTULO XXIII.

Cuánta bondad muestra Dios, aguardando y tolerando al pecador.

Para que conozcas cuánta bondad muestra Dios en sufrir al pecador, has de considerar, que amando Dios indeciblemente la virtud, así al contrario aborrece infinitamente al pecado.

¿Qué bondad, pues, muestra Dios sufriendo al pecador, que á los ojos de

su divina Majestad y de su infinita pureza , comete tantas maldades , y le ofende , no una , dos ó tres veces , sino mas y mas ?

Bien veo (puede decir el pecador) , *Señor mio* , que cuando yo pecaba , tú me decias al corazon : *Estemos á cuenta , y veamos quién vence ; tú en ofenderme , y yo en perdonarte* (Vide infr. trac. IV. cap. XVI).

Creo que este punto , bien meditado , encenderá con la gracia de Dios el corazon del pecador , para que luego se convierta.

Y si no lo hace , debe temer los altos é inescrutables juicios de Dios , de los cuales suelen salir golpes de venganza , prontos , terribles y sin remedio.

CAPÍTULO XXIV.

Qué hará Dios en la otra vida , no solo con quien le ha servido bien , sino con el pecado convertido.

Son tantos y tales los bienes y felicidades que Dios nos tiene preparadas en su reino celestial , que no se puede imaginar ni comprender clara y perfectamente , por mas que una alma los medite.

Porque , ¿ quién llegará á comprender bien , qué cosa sea sentarse un hombre á la mesa de Dios , y que el mismo Dios le sirva y le sustente de su bienaventuranza ?

¿ Quién llegará á imaginar debidamente , qué cosa es el entrar una alma bienaventurada en el gozo de su Señor ?

¿ Y quién concebirá el amor y la estimacion que muestra Dios á sus ciudadanos y escogidos ? De que hablando santo Tomás , dice : *Deus Omnipotens singulis*

Angelis, sanctisque animabus, in tantum se subjicit, quasi sit servus emptitius singulorum; quilibet verò ipsorum sit Deus suus. Nuestro Omnipotente Dios en tanto grado se sujeta á los Ángeles y á las almas santas, como si fuese siervo comprado de cada uno de ellos, y como si cada uno fuese su propio Dios. (Opusc. LXIII, cap. II, §. 3).

¡Ó Señor! ¡Ó Señor! quien considera profundamente vuestras obras para con las criaturas, os halla tan embriagado de su amor, que parece consiste vuestra bienaventuranza en amarlas, favorecerlas y sustentárlas de Vos mismo.

Dadnos tan familiar y frecuente esta consideracion, que os correspondamos y amemos, y amándoos, nos transformemos en Vos mismo por union amorosa.

Ó corazon humano, ¿á dónde corres? ¿á dónde vuelas? ¿á la sombra? ¿al viento? ¿á la nada, dejando lo que es todas las cosas: la Omnipotencia, la suma Sabiduría, la inefable Bondad, la Be-

lleza increada, el sumo Bien, el piélago infinito de toda perfeccion? Dios te sigue y te llama, no solo con los antiguos beneficios, sino con muchos nuevos que cada dia te hace.

¿Sabes de dónde se te origina, y de dónde te nace un tan grave mal? De que no oras, ni meditas; y así, estando sin luz y sin calor, no es maravilla que no te muevas sino es á las obras que son propias de las tinieblas.

Vuelve en tí, ó hombre, ó alma, ó religioso tibio, entra en la escuela de la meditacion y oracion, que en ella hallarás probado que el verdadero estudio del cristiano y del religioso es negar su propia voluntad, para que se haga la de Dios; aborrecerse á sí mismo, para que ame á Dios.

Advierte, que todos los estudios sin este, aunque sean de todas las ciencias, están llenos de presuncion y de soberbia; y que cuanto mas alumbran el entendimiento, mas ciegan la voluntad, con

daño y ruina del alma de quien los advierte.

CAPÍTULO XXV.

Del quinto socorro para la voluntad humana.

El odio de nosotros mismos es un socorro muy necesario para nuestra voluntad; porque sin este socorro no podemos tener el del amor divino, autor de todo bien.

El modo de conseguirlo es lo primero pedirlo á Dios, y después ir meditando los daños que ha causado y todavía causa el amor propio.

No ha habido daño alguno en el cielo ni en la tierra, que no se haya originado del amor propio.

Este amor propio, y de nosotros mismos, es de tanta malignidad, que si le fuera posible entrar en el cielo, convertiría la celestial Jerusalén en una confusa

Babilonia. Considera , pues , ¿qué hará esta peste y mortífero veneno en esta vida presente dentro del pecho humano ?

Quita y destierra del mundo el amor propio , y cesará el infierno.

¿Quién, pues, será tan impío y tan des-acordado contra sí mismo , que meditando el ser , las calidades y los efectos del amor propio no se indigné contra él , y le aborrezca , y con todas veras procure desarraigarlo de sí?

CAPÍTULO XXVI.

De qué modo se podrá conocer el amor propio.

Para que tú conozcas cuánto en tí se dilata y extiende el reino del amor propio , acude á menudo á ver y examinar con cuál de las pasiones del alma se halla mas frecuentemente ocupada tu voluntad , porque nunca la hallarás sola..

Y en reconociendo que ama , ó desea,

ó se alegra , ó entristece , considera luego si la cosa amada ó deseada es alguna de las virtudes , ó segun los preceptos de Dios : y asimismo en la alegría ó tristeza , considerarás si es de aquellas cosas de que Dios quiere que nos alegremos ó entristezcamos : ó si por ventura todo esto nace del mundo ó del apego á las criaturas ; porque trata y conversa con ellas , no por necesidad ni cuanto conviene , como Dios quiere ; y si hallas algo de esto , es clara cosa que reina en tí el amor propio , y que es el que mueve tu voluntad .

Mas si los negocios y ocupaciones de la voluntad son en orden á las virtudes , y en las cosas que Dios quiere , debes bien considerar , si á estos negocios y ocupaciones se mueve de la voluntad de Dios , y del deseo de agradarle , ó de alguna propia complacencia y capricho , porque muchas veces sucede que uno movido puramente de complacencia ó capricho , se da á diversas obras buenas ,

como á la oracion, á los ayunos, á la sagrada comunión, y otras obras santas.

La prueba para discernir esto es de dos maneras: la una es, si tu voluntad no se da indiferentemente en todas las ocasiones que se ofrecen á todas las obras que son buenas: la otra prueba es, si ofreciéndose algun justo impedimento, se lamenta, se inquieta, y turba; ó si sucediendo, como quiere, se deleita y se complace de sí misma.

Si fuere movida de Dios, se ha de considerar tambien á dónde, y á qué fin endereza sus operaciones: porque si el fin es solamente su agrado, va bueno el negocio; pero no debe asegurarse: porque es tan sutil y tan astuto el amor propio, que muy disimuladamente se suele introducir y mezclar aun en las mismas buenas obras.

Cuando se conoce manifiestamente que esta cruelísima bestia se ha introducido, debes perseguirla con todo odio y aborrecimiento, y desterrarla de tí, no solo

en las cosas grandes, sino aun en las mas menudas y pequeñas.

De lo que está oculto y tú no puedes discernir, debes, ó alma, estar siempre sospechosa; y así en todas las buenas obras que hicieres, humíllate á los ojos de Dios, y ruégale que te perdone, y te guarde del amor de tí misma.

Será bien por la mañana, luego que despiertes, te vuelvas á Dios, y le protestes que tu intencion y pensamiento es de no ofenderle jamás, y de hacer siempre, y particularmente en aquel dia, en todas las cosas su santísima voluntad, solo por agradarle: y le rogarás que te socorra siempre, y que te proteja con su divina mano, para que conozcas y hagas cuanto á su divina Majestad le agrada, y én la forma que le agrada.

CAPÍTULO XXVII.

Del sexto socorro de la voluntad humana.

El sexto socorro de la voluntad del hombre es el oír misa, la confesión y la comunión; porque siendo el principal y mas necesario socorro de nuestra voluntad, para que se guarde del mal y ejecute el bien, la gracia de Dios, necesariamente se sigue, que todo aquello que ayuda al aumento de esta gracia es socorro de nuestra voluntad.

Pero para que oyendo misa adquieras nuevo aumento de gracia, la debes oír en la siguiente manera.

En la primera parte (pues en tres se divide la misa), que comprende desde el Introito hasta el Ofertorio, procura encender en tí un deseo grande de que como Jesucristo vino del cielo al mundo, para encender en nuestra tierra el fuego de su divino amor (*Luc, XII, 49*), así

se digne de venir y nacer en tu corazon con su virtud: *ut ardeat; que arda de tal modo, que no cuides de otra cosa que de servirle y de agradarle siempre mientras vivieres.*

Después, cuando el sacerdote dice las oraciones, con este deseo, que has procurado encender en tu corazon, pídele tú tambien, ó alma necesitada, las mismas gracias.

Cuando empezare la Epístola y el Evangelio, pide con la mente á Dios que te dé entendimiento y virtud para entenderlo y observarlo todo.

En la segunda parte, que comprende desde el Ofertorio hasta la Comunión, abstrayéndote de toda afición, pensamiento de las criaturas, y de tí misma, ofrécete toda á Dios y á la ejecución de su divina voluntad.

Cuando alzare el sacerdote la Hostia y Cáliz consagrado, adora el verdadero cuerpo y sangre de Cristo con su sacratísima divinidad.

Contemplándole oculto debajo de aquellos accidentes de pan y vino, ríndele amorosas gracias, porque cada día se digna de venir á nosotros con los preciosos frutos del árbol de su cruz, y con la misma oferta que hizo de sí mismo, estando en la cruz, á su eterno Padre; y para los mismos fines para que se ofreció, ofréctete tú tambien á su mismo Padre. Después, cuando comulgare sacramentalmente el sacerdote, podrás tú comulgar espiritualmente, abriéndole el corazón, y cerrándolo á todas las criaturas, á fin de que su divina Majestad encienda en él el fuego de su amor.

Al mismo tiempo que el sacerdote con la lengua, podrás tú con la mente pedir cuanto se pide en las oraciones después de la comunión.

CAPÍTULO XXVIII.

De la Comunion sacramental.

Para que comulgando recibas grande aumento de gracia, conviene que te dispongas, y no pudiendo de nosotros mismos tener la disposicion que se requiere, dirás con grande afecto, para que Dios te lo otorgue, la oracion siguiente: *Conscientias nostras, quæsumus Domine, visitando purifica: ut veniens Jesus-Christus, Filius tuus, Dominus noster, cum omnibus Sanctis, paratam sibi in nobis inveniat mansionem: Qui tecum, etc. Pedimoste, Señor, que visitando nuestras conciencias, las purifiques, para que viniendo á nuestras almas Jesucristo Hijo tuyo, y Señor nuestro, con todos los Santos, halle en ellas morada digna á su divina Majestad.*

Mas para no dejar de hacer de nuestra parte alguna cosa con la ayuda de

Dios, tu preparacion ha de ser considerar lo primero : A qué fin instituyó Cristo el santísimo Sacramento del altar , y hallando que fue para que nos acordásemos del amor que nos mostró en los misterios de la cruz , considera después á qué fin quiso que en nosotros quedase y permaneciese esta memoria.

Y siendo á fin de que le amásemos y le obedeciésemos , nuestra mejor preparacion será un fervoroso deseo y una encendida voluntad de amarle y obedecerle , doliéndonos de no haberle en lo pasado obedecido y amado , sino antes ofendido.

Con este fervoroso y encendido deseo de amarle , tendrémolos preparado el corazon antes de la sagrada Comunion.

Mas en llegando el tiempo de recibirla, avivando la fe, de que debajo de aquellos accidentes de pan consagrado está el Cordero verdadero de Dios, que quita los pecados, adóralo profundamente; y ruégale que quite y borre de tu corazon los

pecados ocultos, y que te perdone los demás, y recíbele con toda reverencia, y con una firme esperanza de que te dará su amor.

Después que lo hayas recibido, introdúcelo en tu corazón, y pídele una y otra vez que te dé su amor, y todo lo que te fuere necesario para agradecerle.

Después lo ofrecerás al Padre eterno y celestial en sacrificio de alabanza de su inmensa caridad, la cual nos ha mostrado en este singular beneficio y en todos los demás de la redención, así para que te dé su amor, como por las necesidades de los vivos y de los muertos.

CAPÍTULO XXIX.

De la Confesion sacramental.

La Confesion sacramental para que se haga como se debe, necesita de algunas cosas.

La primera, de un buen exámen de

conciencia , regulándolo con los preceptos de Dios y con las obligaciones del propio estado.

En el exámen de tus pecados y faltas , aunque sean muy pequeñas , llóralas amargamente considerando la ingratitude del hombre contra su bondad y caridad infinita ; y así , vituperándote , dirás contra tí estas palabras : *Hæccine reddis Domino , stulte , et insipiens ? Numquid non ipse est Pater tuus , qui possedit , et fecit , et creavit te ? Así correspondeste , ignorante y necio , á los innumerables beneficios que has recibido de Dios ? ¿ Por ventura no es tu Padre que te poseyó , que te hizo y te crió ? (Deut. xxxii , 6).*

Con esta consideracion , excitando en tí repetidas veces un ferviente y eficaz deseo de no haberlo ofendido , dí : *¿ Ó quien no hubiera ofendido á mi Criador , á mi Padre celestial y Redentor , aunque hubiera padecido muchos males !*

Después , volviéndote á Dios con vergüenza de tus culpas , con fe de que te

las ha de perdonar, dile de todo corazón: *Pater peccavi in cœlum, et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus; fac me sicut unum de mercenariis tuis. Padre, pequé contra el cielo y delante de Vos. No soy digno de que me conozcais y llameis hijo vuestro; y así ponedme en el número de vuestros siervos* (Luc. xv, 18 y 19).

Y renovando el dolor de la ofensa divina, con propósito de querer antes sufrir y padecer cualquiera pena ó tribulacion que ofender á Dios voluntariamente, descubre claramente tus pecados al confesor con vergüenza y dolor, como los cometiste, sin excusarte á tí y sin acusar á otros.

Acabada la confesion, rinde muchas gracias á Dios de que siendo así que tantas y tan repetidas veces le has ofendido; no te niega el perdon, antes está mas pronto á dártelo que tú á recibirlo.

De esta consideracion tomarás ocasion para dolerte de nuevo de haber ofendido á un Padre tan benigno, y con una

plena voluntad propondrás no volver á ofenderle con su ayuda y la de la Virgen María, del Ángel custodio, del Santo de tu nombre y de los demás Santos á quienes tuvieres particular devocion.

CAPÍTULO XXX.

Cómo se ha de vencer la pasion deshonestá.

Todas las demás pasiones se vencen asaltándolas y combatiéndolas, aunque nos cuesten algunas heridas, y provocándolas á la batalla, hasta que enteramente las venzamos. Mas la pasion deshonestá no solo no conviene excitarla, sino antes bien es necesario alejarla de todas aquellas cosas que la puedan excitar y mover:

Véncese la tentacion de la carne, y se mortifica la pasion deshonestá, huyendo y no combatiendo frente á frente.

Aquel, pues, que huye más prontamente y mas léjos, tendrá mas cierta y mas segura la victoria.

Las buenas inclinaciones, la voluntad sincera, las pruebas pasadas, las victorias, el parentesco, los objetos indiferentes, los de fea apariencia que no amenazan algun peligro, y otras cualesquiera cosas que prometen seguridad, no son buenos argumentos para que tú no debas huir: huye, huye, ó alma, con presteza, si no quieres quedar presa y despojada.

No es dudable que algunos santos varones, tratando y conversando con personas peligrosas, se han conservado puros y perfectos sin caer jamás al golpe blandísimo de este vicio; pero á nosotros no nos toca examinar la causa, sino venerar los profundos juicios de Dios; fuera de que donde no se descubren ni advierten las caídas, suelen hallarse mayores precipicios.

Huye, pues, ó alma, y obedece á los avisos y ejemplos que Dios te da en la sagrada Escritura y en las vidas de tantos grandes Santos, y cada dia te los pro-

pone y renueva , ya en este , ya en aquel. Huye sin detenerte ni aun á ver ó pensar en el objeto de que has huido; porque en esta detencion , aunque sea breve , está todo el peligro.

Y cuando el hablar sea forzoso , la conversacion sea corta y breve , y con palabras mas rústicas que blandas y afectadas ; porque en esas suele estar el cebo , la llama y el fuego impuro.

Ten en la memoria aquel sabio aviso: *Ante languorem adhibe medicinam. Antes de la enfermedad aplica la medicina* : esto es , no esperes á estar enfermo ; mas huye en tiempo oportuno , que esta es la medicina de la salud.

Y si por desgracia vinieres á caer en alguna flaqueza , toda tu salud consiste en que luego que la sintieres: *Tu teneas et allidas parvulos tuos ad petram* (Psalm. CXXXVI): *Que déis contra una piedra á estos hijos babilónicos , tan malos y tan perversos* : esto es , que acudas sin tardanza á tu confesor , y no le escondas la

falta mas venial y ligera de esa pasion; pues ninguna hay en este vicio tan pequeña y tan leve, que como la çentella, si no se apaga y queda encubierta, no pueda crecer y excitar un grande incendio.

CAPÍTULO XXXI.

De cuántas y cuáles cosas se debe huir, para no caer en el vicio deshonesto.

Para no caer en este vicio, debemos huir muchas cosas. Lo primero, de las personas que amenazan evidente peligro: lo segundo, de las demás personas en cuanto se pueda: lo tercero, de las visitas, de los recados, de los presentes y de las amistades, aunque no sean de las que llamamos estrechas, porque así como las cosas anchas mas fácilmente se estrechan, que las estrechas se ensanchan; así es mas fácil que las amistades corteses y honestas se estrechen y pasen á ilícitas, que las ilícitas se conviertan

en licitas y honestas; lo cuarto, se ha de huir de hablar de esta pasión, de las músicas y canciones amorosas, y de los libros profanos: lo quinto (de que suelen guardarse pocos) se ha de huir del deleite universal de todas las criaturas, como de los vestidos preciosos y de los manjares delicados; porque estos deleites, aunque sean lícitos, acostumbran el corazón del hombre á deleitarse, y lo mantienen siempre deseoso de nuevos deleites.

De donde nace, que ofreciéndose el deleite, deshonesto, que de su naturaleza es pronto á herir y penetrar la médula de los huesos, dificultosamente halla el camino de vencerlo y mortificarlo; porque no está acostumbrado á vencerse en los deleites.

Por el contrario, el corazón ejercitado en la mortificación de los deleites lícitos, cuando se le ofrecen los ilícitos y deshonestos, del nombre solo huye con facilidad.

CAPÍTULO XXXII.

Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caído en el vicio deshonesto.

Acaeciéndote, ó por desgracia ó por malicia, el haber caído, para que no añadas pecados á pecados en el vicio de la sensualidad, el remedio es, que corras luego con toda velocidad, sin otro exámen de conciencia á la confesion, donde menospreciando todos los dictámenes de la prudencia humana, expliques y manifiestes con sinceridad y sin artificio tu llaga y enfermedad, tomando la medicina y el consejo que se te diere, aunque te parezca duro, áspero y amargo.

No tardes ni te detengas, aunque te lo persuadan diferentes consideraciones ó causas; porque si tardas, recaerás, y de esta recaída nacerán nuevas tardanzas: de manera, que procediendo de las tardanzas las recaídas, y de las recaídas

nuevas tardanzas, se pasarán años enteros antes que te confieses y te levantes de la culpa.

Por conclusion de esta materia te aviso de nuevo, que si no quieres caer en este vicio, huyas.

Los pensamientos que te vengan, aunque sean pequeños y leves, húyelos no menos que los grandes; y aunque conozcas con claridad después de haberlos huido prontamente que son culpas ligeras, confiésalas no obstante, y descubre tu enemigo al confesor.

Y si hubieres caído, recurre luego á la confesion, y no te dejes vencer jamás de la vergüenza.

CAPÍTULO XXXIII.

De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios.

El primer motivo para que el pecador se convierta á Dios , es la consideracion del mismo Dios , el cual siendo el sumo bien , la suma sabiduría , no debe ser ofendido del hombre por motivo alguno.

No por prudencia , porque ya se ve cuán grande locura y desacuerdo es ponerse á partido con la Omnipotencia , y con el supremo Juez que le ha de juzgar.

No por via de conveniencia ni de justicia , no siendo tolerable que la nada , el lodo y la criatura ofenda á su Criador , el esclavo á su señor , el beneficiado á su bienhechor , el hijo á su padre.

El segundo motivo es la obligacion grande del pecador á volver luego á la casa de su padre , siendo la conversion del hijo y su retorno á la casa del padre

honra del mismo padre, y alegría y fiesta para toda su casa, para la vecindad y para los Ángeles del cielo (*Luc. xv, 10*).

Porque así como antes, pecando el hijo ofendió á su padre y le enojó; así volviendo arrepentido y llorando con lágrimas amargas la ofensa con firme voluntad de obedecer en todo sus divinos preceptos, lo honra, lo alegra; y de tal suerte enternecé su corazon y lo mueve á misericordia, que sin aguardar á que llegue sale á recibirlo, lo abraza, lo besa y lo viste de su gracia y de sus dones.

El tercer motivo es el interés propio; porque debe considerar el pecador que si no se convierte á tiempo, ciertamente llegando el invierno y el dia del sábado (*Matth. xxiv*),¹ no podrá convertirse y descenderá á las penas del infierno,

¹ En el invierno se significa la frialdad de la culpa, y en el sábado la omision de las buenas obras. Véase Ludolfo, *in Vita Christi*, part II. c. x. Y en este sentido N. P. S. Cayetano por su grande humildad, decia: Rogad á Dios que mi partida de esta vida no suceda en invierno, ni en dia de sábado.

donde cuando no hubiese otra pena que el aumento infinito de las pasiones , que en el pecado lo tenían iluso y engañado, sin alguna esperanza de gozar del mas mínimo de los gustos en que antes se deleitaba , debería no obstante causarle espanto y sumo horror este tormento.

Ni debe confiarse el pecador en el propósito de convertirse en el fin de su vida ó después de algunos años ó meses; porque semejante propósito no solamente es loco , sino lleno de impiedad y malicia.

Es locura pensar que se puede vencer una dificultad grande en el tiempo en que el hombre se halla mas flaco.

Continuando en el pecado , cada dia se halla mas flaco y se inhabilita mas á su conversion , ya por la costumbre que creciendo siempre va poco á poco convirtiéndose en naturaleza , ya sea por su mayor indisposicion á recibir la gracia de la conversion , porque menospreciando á Dios con impía malicia , y deleitándose

cuanto puede de las criaturas , fiado en la vana esperanza de convertirse y de darse á Dios tarde ó á la hora de la muerte, viene á desobligarle de suerte que le quita la voluntad de ayudarlo eficazmente.

Es asimismo loco este consejo y propósito ; porque aun cuando se conceda la posibilidad de convertirse y la gracia eficaz ; la seguridad de que en el ínterin no muera de repente y sin pronunciar una palabra , como ha sucedido á tantos y sucede cada dia , ¿quién se la ha dado ó se la dará ?

Grita , pues , ó pecador que lees esto ; grita y da voces á tu Señor , diciendo : *Converte me , et convertar , quia tu Dominus Deus meus : Conviérteme Señor , y me convertiré á Vos que sois mi dueño y mi Dios (Jer. xxxi)* : y nõ ceses en tus clamores , hasta tanto que te hayas convertido á tu Señor y Padre , llorando con amargura su ofensa , y con resignacion á todo cuanto conocieres que puede agradecerle y satisfacerle.

CAPÍTULO XXXIV.

Del modo de procurar la conversion y el llanto de la ofensa de Dios.

El mejor modo de procurar el llanto de la ofensa de Dios, es la meditacion de la grandeza y de la bondad de Dios, y de la caridad que ha mostrado al hombre.

Porque quien considera que pecando ha ofendido al sumo Bien, y á la inefable Bondad, que no sabe sino hacer beneficios, ni jamás ha hecho ni hace otra cosa que derramar sus gracias, y comunicar su luz á amigos y enemigos, y que lo ha ofendido por un leve gusto y por un falso deleite, no puede dejar de llorar amargamente.

Te pondrás delante de un crucifijo, y te imaginarás que te dice: *Aspice in me* (Psalm. CXVIII): *Mira y considera atentamente mis llagas; tus pecados me han*

maltratado y puesto en el doloroso estado en que me ves.

Considera que yo soy tu Dios, tu Criador y tu Padre: y así: Revertere ad me: vuélvete á mí con llanto puro y encendida voluntad de que Yo no hubiese sido ofendido, y con pleno y sincero deseo de padecer antes cualquiera grave pena, que volver á ofenderme. Revertere ad me, quoniam redemi te Vuélvete á mí, que soy el que te redimí (Isai. XLIV).

Después, figurándote á Cristo en tu imaginacion, coronado de espinas, vestido de púrpura con la caña en la mano, lleno de llagas y dolores, te imaginarás que te dice: *Ecce homo* (Joan. XIX): *Ves aquí el hombre que amándote con amor inefable, te ha redimido con estos oprobios, con estas llagas y con esta sangre. Ecce homo: este hombre es á quien tú has ofendido, después de haber dado tantas pruebas de su amor, y colmádote de tantos beneficios.*

Ecce homo: este hombre es la miseri-

cordia de Dios , y la redencion copiosa. Este hombre con todos sus méritos se ofrece por tí al Padre cada dia, cada hora y cada momento. Este es el hombre que sentado á la diestra de su eterno Padre pide por tí , y hace el oficio de abogado ; ¿ por qué pues me ofendes ? ¿ Cómo te vuelves á mí ? Revertere ad me , quia delevi ut nubem iniquitates tuas ; et quasi nebulam peccata tua (Isai. XLII) : Vuelve á mí , que así como el sol destierra la nube y deshace la niebla , así borraré tus culpas , y olvidaré tus pecados.

CAPÍTULO XXXV.

De algunas razones porque los hombres viven descuidados , sin llorar las ofensas de Dios , y sin aspirar á la virtud ni á la perfeccion cristiana.

Las razones porque el hombre duerme profundamente en su tibieza , y ni se levanta del pecado , ni se da á la virtud,

como debe , son diversas , y entre otras las siguientes :

La primera es , porque el hombre no habita dentro de sí , ni ve lo que se hace en su casa , ni sabe quién la posee : mas vago y curioso pasa sus dias en divertimientos y vanidades ; y aunque se ocupe en cosas lícitas y buenas en sí mismas , no obstante de las que pertenecen á la virtud , y conducen á la perfeccion cristiana , ni se acuerda ni tiene pensamiento alguno.

Y si tal vez se acuerda y conoce su necesidad , y es inspirado de Dios á mudar de vida , responde *cras , cras , después , después* , y nunca llega el *hoy* ni el *ahora* , porque teniendo el vicio del *cras* , y del *después* , en cualquier *hoy* , y en cualquier *ahora* se halla siempre el *cras* y el *después*.

Otras hay que persuadiéndose á que la verdadera mudanza de la vida , y los ejercicios de la virtud , consisten en ciertas devociones particulares , gastan todo el

dia en repetir muchas veces el *Pater noster* y *Ave Maria*, sin trabajar ni poner la mano en la mortificacion de las pasiones propias, que los tienen asidos á las criaturas.

Otros se dan á los ejercicios de la perfeccion, mas edifican sin los fundamentos de las virtudes; porque cada virtud tiene su propio fundamento, como la humildad tiene por fundamento el deseo de ser estimado en poco, y parecer vil y despreciable á los ojos de todos. Quien abre primero esta zanja y edifica este fundamento, recibe luego con alegría las piedras de la fábrica de la humildad, que son los desprecios, las afrentas y las ocasiones de producir actos de humildad. Con lo cual, aumentándose el deseo de ser tenido en baja estimacion y concepto, y recibiendo los desprecios con alegría, va creciendo el edificio de la humildad, que para que llegue á su perfeccion, se debe pedir continuamente á Dios en virtud de su Hijo humillado.

Algunos hacen todo esto , mas no por amor á la virtud ó por agradar á Dios.

De donde nace que los actos de la virtud no corresponden con todos y en todo lugar , siendo con unos humildes y con otros soberbios : humildes con los que han menester , y soberbios con aquellos cuya estimacion no conduce ni aprovecha para sus fines.

Otros hay , que deseando la perfeccion cristiana la procuran de sus fuerzas propias , que son muy débiles y flacas , de su industria y de sus ejercicios , mas no de Dios , desconfiando de sí mismos , por cuya causa antes retroceden que se adelantan : ni faltan algunos que apenas han entrado en el camino de la virtud , se persuaden á que han llegado ya á la cumbre de la perfeccion , y desvaneciéndose en sí mismos , se les desvanece y huye toda su virtud.

Si quieres , pues , adquirir la perfeccion cristiana , desconfia primero de tí misma , y después confiada en Dios , procura con

todo estudio encender en tí un vivo deseo de alcanzarla, renovando y aumentando cada dia este deseo. Demás de esto está advertida y cuida de que no se te huya de las manos ocasion alguna de ejercitar la virtud, ya sea grande, ya pequeña; y si te se huyere mortificate y castígate en alguna cosa, y no omitas jamás esta mortificacion ó castigo.

Aunque aproveches y te adelantes mucho en la virtud, haz cuenta que empiezas cada dia, y procura ejecutar cualquier acto con tanta diligencia y cuidado, como si en él solo consistiere toda la perfeccion; y lo mismo que hicieres en el primer acto has de hacer en el segundo y en el tercero, y en los demás. Guárdate de los defectos pequeños con el mismo cuidado con que las almas diligentes se guardan de los grandes.

Abraza la virtud por la virtud, y por agradar á Dios: pues de este modo serás siempre una misma con todos, ya estés sola, ya acompañada; y sabrás tal

vez dejar la virtud por la virtud, y á Dios por Dios. No declines ni á la diestra ni á la siniestra, ni vuelvas atrás. Procura ser discreta, amiga de la soledad, de la oracion y de la meditacion, pidiendo á Dios que te dé la virtud y la perfeccion que vas buscando, porque Dios es la fuente de toda la virtud y perfeccion á que nos llama cada hora.

CAPÍTULO XXXVI.

Del amor para con los enemigos.

Aunque la perfeccion cristiana consista en la perfecta obediencia de los preceptos de Dios, no obstante, procede principalmente del precepto de amar á los enemigos, por ser este precepto muy conforme á la costumbre del Señor, y á lo que practicó en la tierra, y practica en el cielo.

Y así si pretendes adquirir en breve la perfeccion, debes procurar cumplir exactamente cuanto Cristo manda en este

precepto de amar á los enemigos , amándolos , haciéndoles bien y rogando por ellos (*Matth. v*), no tibia y lentamente, sino con tanto afecto que casi olvidada de tí misma te entregues de todo tu corazón á su amor y á rogar por ellos.

En orden al bien que deberás hacerles, guardarás esta regla. En lo que toca al bien del alma , has de estar advertida, que de tí y de tu mal ejemplo no tomen jamás ocasion de ofender á su alma , mostrando siempre con el semblante , con las palabras y con las obras , que los amas y los estimas , y que estás siempre dispuesta y pronta á servirlos.

En cuanto á los bienes temporales te consultarás con el juicio y con la prudencia , considerando la calidad de los enemigos , y tu propio estado y las ocasiones. Si á esto atendieres con cuidado, ten por cierto que la virtud y la verdadera paz entrarán en tu corazón.

Este precepto no es tan difícil como algunos persuaden ; duro es á la natura-

leza , no es dudable ; mas á quién está sobre aviso de mortificar los movimientos de la naturaleza y del odio , se le hará suave , porque lleva dentro de sí escondida una dulcísima paz y facilidad.

Para socorrer la flaqueza de la naturaleza te servirás de cuatro medios que son muy eficaces y poderosos.

El primero es la oracion , pidiendo este amor á Jesucristo en virtud de aquel amor con que estando en la cruz , primeramente se acordó de sus enemigos , después de su santísima Madre , y últimamente de sí mismo (*Luc. XXIII, 43.—Joan. XIX, 27.—Luc. XXIII, 46*).

El segundo medio será decirte tú á tí misma : *Precepto del Señor es que yo ame á mis enemigos* (*Matth. v*) ; y así debo cumplirlo.

El tercero será que mirando y contemplando en ellos la viva imagen de Dios, la cual les dió el mismo Dios en su creacion (*Genes. I*) , te excites y te despiertes á estimarla y amarla.

El cuarto, el precio infinito con que han sido rescatados de Jesucristo, que no ha sido plata ni oro, sino su misma sangre (1 Petr. 1, 18 y 19), que tú debes venerar siempre, y no permitir jamás que sea pisada, vilipendiada y ultrajada. Si estas cuatro cosas contemplas á menudo, amarás, como Dios quiere, á tus enemigos.

CAPÍTULO XXXVII.

Del exámen de la conciencia.

Este exámen suelen hacerlo las almas diligentes tres veces al dia : la primera antes de comer, la segunda después de yísperas, y la tercera antes de acostarse; pero si esto no se pudiere, á lo menos no deberá omitirse el de la tarde; porque si Dios miró dos veces las obras que hizo para el hombre y su utilidad (*Genes. 1*), justo será que el hombre mire á lo menos una vez al dia las obras que hace para Dios, de las cuales mas de una vez ha

de dar cuenta muy estrecha á su Majestad.

El exámen se ha de hacer en esta forma : lo primero has de pedir luz á Dios, para que puedas conocer bien todo lo interior de tus obras. Después considerarás, si has estado recogida y encerrada en tu corazon , y lo has guardado.

Lo tercero, examinarás cómo has obedecido á Dios en aquel dia en todas las ocasiones que te ha dado para servirlo : esta tercera consideracion incluye en sí el estado y las obligaciones de cada uno.

De tu correspondencia á la gracia , y de tus buenas obras, después que hayas dado gracias á Dios, te olvidarás enteramente, quedando deseosa de empezar de nuevo este camino , como si nada hubieses hecho hasta entonces.

Si hallares faltas, defectos ó pecados, vuélvete á Dios; y doliéndote de su ofensa , dile : *Señor, yo he obrado como quien soy; y hubiera sido sin duda mayor mi precipicio, si vuestra diestra soberana no me hubiera ayudado y socorrido : por lo*

que os doy infinitas gracias: obrad Vos ahora, Señor, os suplico en nombre de vuestro amantísimo Hijo, como quien sois, y perdonadme y dadme gracia para que no os ofenda mas;

Después por penitencia de tus faltas, y para estímulo de la enmienda, mortifica tu voluntad, privándote de alguna cosa lícita; porque esto le agrada mucho. Lo mismo digo del cuerpo, procurando no omitir jamás estas ó semejantes penitencias, si no quieres que los exámenes de tu conciencia se hagan solamente por costumbre ó uso, y sin algun fruto ó provecho.

CAPÍTULO XXXVIII.

De dos reglas para vivir en paz.

Aunque el que vive conforme á los documentos que se han propuesto está siempre en paz, todavía quiero en este último capítulo darte dos reglas, las cuales si

tú observas , vivirás quieta cuanto sea posible en este mundo inicuo.

La una es , que atiendas con todo el cuidado que te fuere posible á cerrar la puerta de tu corazon á todos los deseos: porque has de advertir , que el deseo es el leño largo de la cruz y de la inquietud , el cual será grave y pesado segun la grandeza del deseo ; y así si el deseo fuere de muchas cosas ; mayores , mas graves , y en mayor número , serán los leños preparados á muchas cruces.

Después sobreviniendo impedimentos y dificultades en la ejecucion del deseo, se forma el otro leño que atraviesa la cruz, en la cual queda clavado el deseoso : así pues , el que no quisiere cruz , no desee ; y cuando se hallare en cruz , deje el deseo : que en el mismo punto que lo dejare descenderá de la cruz , y este es el único remedio.

La otra regla es , que cuando te hallares molestada y ofendida de tu prójimo, no te entretengas á la consideracion del

agravio , imaginándote que no debiera hacerse esto contigo ; quiénes son ó piensan ser , y otras semejantes cosas , las cuales no son sino leña y fomento de la ira , de la indignacion y del odio : mas recurre luego en estos casos á la virtud y á los preceptos de Dios , para que sepas lo que debes obrar , á fin de no incurrir en mayores faltas que los mismos que te han ofendido : pues de este modo hallarás el camino de la virtud y de la paz.

Considera tambien , que si tú mismo no haces contigo lo que debes , ¿ qué maravilla es que los otros no hagan lo que deben contigo ? Y si te agrada la venganza de los que te ofenden , primero debes tomarla de tí misma ; pues no tienes otro enemigo que mas te ofenda ó haga mayor daño.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA PAZ INTERIOR Y VERDADERA SENDA DEL
PARAÍSO.



CAPÍTULO I.

Cuál sea la naturaleza del corazón humano, y cómo debe ser gobernado.

El corazón del hombre ha sido criado únicamente para ser amado y poseído de Dios, su criador. Siendo, pues, tan alto y tan excelente el fin de su creación, se debe considerar como la principal y la más noble de todas sus obras. De su gobierno depende la vida ó la muerte espiritual. El arte de gobernarlo no es difícil; porque siendo propiedad suya hacer todas las cosas por amor, y nada por fuerza, basta que veles dulcemente, y sin violencia, sobre sus movimientos, para que hagas de él cuanto quisieres.

Por esta causa debes primeramente fundar y establecer de manera la intencion de tu corazon , que de lo interior proceda lo exterior ; porque si bien las penitencias corporales , y todos los ejercicios con que se castiga y aflige la carne , no dejan de ser loables , cuando son moderados , con discrecion , y como conviene á la persona que los hace : no obstante , no adquirirás jamás por solo su medio alguna virtud , sino ilusion y viento de vanagloria , con que pierdas enteramente tu trabajo , si de lo interior no fueren animados y reglados semejantes ejercicios.

La vida del hombre no es otra cosa , que guerra y tentacion continua . Por esta causa has de velar siempre sobre tí mismo , y guardar tu corazon , para que se conserve siempre pacífico y quieto ; y cuando advirtieres que en tu alma se levanta algun movimiento de inquietud sensual , procurarás con toda diligencia suprimirlo luego , pacificando tu corazon , y

no permitiéndole que se desvie ó tuerza á alguna de las cosas que lo pèrturban. Esto ejecutarás todas las veces que sintieres alguna inquietud , ya sea en la oracion , ya en cualquiera otro tiempo ; pero advierte , que todo esto se ha de hacer con suavidad y dulzura , y sin alguna fuerza ó violencia. En suma , el *principal* y *continuo* ejercicio de tu vida ha de ser pacificar tu corazon , cuando se hallare inquieto y turbado ; porque en este estado no podrás orar bien , si primero no lo sosiegas y restituyes á su primera tranquilidad.

CAPÍTULO II.

Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse, y adquirir una perfecta tranquilidad.

Esta atencion ó centinela de paz sobre tu corazon , te llevará á cosas grandes sin alguna dificultad ó trabajo ; porque con ella velarás de tal suerte sobre tí mismo , que te acostumbres á orar , á obedecer , á humillarte , y á sufrir sin inquietud las injurias y menosprecios. No es dudable que antes que llegues á conseguir esta paz interior , padecerás mucha pena y trabajo , por no estar ejercitado ; però quedará siempre tu alma muy consolada en cualquiera contradiccion que la suceda ; y de dia en dia aprenderás mejor este ejercicio de sosegar y pacificar tu espíritu : y si tal vez te hallares tan atribulado y tan inquieto , que te parezca imposible recobrar la paz interior,

recurre luego á la oracion y persevera en ella , á imitacion de Cristo nuestro Señor, que oró tres veces en el huerto (*Matth. xxvi*), para enseñarte con su ejemplo, que nuestro único recurso y refugio ha de ser la oracion ; y que aunque te sientas muy contristado y pusilánime , no debes dejarla , sino continuarla con perseverancia , hasta que reconozcas que tu voluntad se halla enteramente conforme con la de Dios , y por consiguiente devota y pacífica , y juntamente fuerte , generosa y atrevida para recibir y abrazar con gusto lo mismo que antes temia y aborrecia , como hizo nuestro Redentor: *Surgite, eamus: ecce appropinquat, qui me tradet: Levantaos, y vamos: que llega el traidor que me ha de entregar: (Matth. ibid.)*

CAPÍTULO III.

Que esta habitacion pacífica de corazon se ha de edificar poco á poco.

Pondrás todo el desvelo y cuidado posible , como se te ha dicho , en no dejar que se turbe tu corazon , ó se mezcle en cosa que lo inquiete ; y así trabajarás siempre en conservarlo pacífico y quieto ; porque de esta suerte el Señor edificará en tu alma una ciudad de paz , y tu corazon será verdaderamente una casa de placeres y delicias. Solamente quiere y desea de tí, que cuando se altere ó turbe tu espíritu , procures calmarlo y pacificarle en todas tus operaciones y pensamientos. Pero así como no se edifica en un solo dia una ciudad , así no pienses que en un solo dia podrás adquirir esta paz interior : porque todo estó no es otra cosa que edificar una casa al Señor , y un tabernáculo al Altísimo , haciéndote tem-

plo suyo; y el mismo Señor es el que lo ha de edificar, pues de otra suerte sería vano y sin fruto tu trabajo (*Psalm. cxxvi*). Considera, que el principal fundamento de este ejercicio ha de ser la humildad.

CAPÍTULO IV.

Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior.

Si deseas entrar por esta puerta de la humildad, que es la única que se halla, debes trabajar con todo el esfuerzo y diligencia posible, principalmente en el principio, en abrazar las tribulaciones y cosas adversas, como á tus mas queridas hermanas, deseando ser despreciado de todos, y que no haya alguno que te favorezca ó te consuele, sino solamente tu Dios. Procura fijar y establecer en tu corazon

esta máxima : que solo Dios es tu bien , tu esperanza y tu único refugio , y que todas las demás cosas son para tí espinas que si las acercas al corazon , no podrán dejar de herirte y lastimarte. Cuando recibas alguna afrenta , súfrela con alegría , y glóriate en ella , teniendo por cierto que entonces está Dios contigo. No desees ó busques jamás otra honra que padecer por su amor y por su gloria. Pon todo el estudio posible en alegrarte cuando alguno te dijere palabras injuriosas , ó te reprendiere ó te despreciare ; porque es grande y muy precioso el tesoro que se halla escondido en este polvo , y si lo tomas con gusto te hallarás rico en breve tiempo , sin que lo advierta el mismo que te hace este presente. No procures ni quieras jamás ser conocido y estimado de alguno en esta vida , para que todos te dejen solo padecer con Cristo crucificado , sin que alguno te lo impida. Guárdate de tí mismo , como del mayor enemigo que tienes en este mundo. No sigas tu volun-

tad, tu parecer, ó capricho, si no quieres perderte. Por esta causa necesitas precisamente de armas para defenderte de tí mismo; y así todas las veces que tu voluntad se inclinare á alguna cosa, aunque sea no solamente lícita, sino santa, la pondrás primeramente sola y desnuda delante de Dios con profunda humildad, diciéndole que en ella se haga y cumpla, no tu voluntad, sino la suya, y ejecutarás esto con fervientes y encendidos deseos, sin alguna mezcla de amor propio, conociendo siempre que de tí nada tienes y nada puedes. Guárdate de todas aquellas opiniones y sentimientos propios, que llevan consigo apariencia y especie de santidad y zelo indiscreto, del cual dice el Señor: Guardaos de los falsos profetas que vienen en traje de corderos, y son lobos voraces: de sus frutos los conoceréis (*Matth.* VII, 15 y 16): sus frutos son dejar en el alma ansia, inquietud y afán.

Todas las cosas que te distraen y apar-

tan de la humildad y de esta paz y quietud interior con cualquiera color ó causa, son los falsos profetas, que en figura de corderos, esto es, con color de celo, y de ayudar al prójimo indiscretamente, son lobos voraces que te roban la humildad, y aquella paz y quietud que es tan necesaria al que verdaderamente desea aprovechar; y cuanto mayor apariencia de santidad tuviere la cosa con tanto mayor cuidado y diligencia deberás examinarla, y siempre con mucha paz y quietud interior, como se ha dicho. Pero si tal vez faltares en alguna de estas cosas, no te turbes, sino humíllate delante del Señor, y reconoce tu flaqueza, y queda advertido y enseñado para lo venidero; porque Dios por ventura lo permite, á fin de humillar alguna soberbia que en tí se halla oculta, y tú no la conoces. Si en alguna ocasion sintieres herida el alma de alguna aguda y venenosa espina, no por esto te turbes ó inquietes; mas vela con mayor atencion y cuidado, para

que no pase y penetre dentro ; retira y separa entonces con suavidad y dulzura tu corazon , y restitúyelo á su primera calma , conservando tu alma pura y sin tacha á los ojos de Dios , al cual hallarás siempre en el fondo de tu corazon por la rectitud de tu intencion , persuadiéndote que todo esto sucede para prueba y ejercicio tuyó , para que de esta suerte te hagas capaz de tu bien , y merezcas la corona de justicia , que su infinita misericordia te tiene preparada.

CAPÍTULO V.

Que el alma debe conservarse sola y desasida para que Dios obre en ella.

Ten en grande estimacion á tu alma, considerando su dignidad: pues el Padre de los padres, y el Señor de los señores, la ha criado para templo y morada suya. Tenla en tan alto precio, que no la permitas que se abata y se incline á otra cosa.

Tus deseos y tus esperanzas sean siempre de la venida del Señor, el cual, si no hallare tu alma sola y desasida, no querrá visitarla. No pienses que en presencia de otros la dirá alguna palabra; si no es amenazándola ó huyendo de ella.

Dios la quiere sola; sola y desnuda, cuanto fuere posible, de pensamientos; sola y desnuda de deseos, y sobre todo de propia voluntad. Por esta causa no debes jamás abrazar por tí mismo y por tu propia eleccion las mortificaciones y penitencias, ni buscar las ocasiones de padecer por amor de Dios, sino solamente con la direccion y consejo de tu padre espiritual, y de los superiores que te gobiernan, para que por su medio disponga y haga Dios de tu voluntad lo que su divina Majestad quiere, y en el modo que quiere: nunca hagas tú lo que quisieras; mas haga Dios en tí siempre lo que quiere. Procura que tu voluntad esté siempre tan desasida de tí mismo, que nada quieras ó desees; pero cuando quisieres alguna

cosa , sea de tal suerte , que si no sucediere ó no se hiciere lo que desees , sino lo contrario , no te duelas ó te contristes ; mas persevera siempre tan quieto y tan tranquilo como si no hubieses querido ó deseado cosa alguna . La verdadera libertad del alma consiste en no aficionarse ó asirse á cosa alguna . Dios la quiere libre , desasida y sola para obrar en ella sus maravillas , y glorificarla aun en esta vida . ¡ Ó soledad amable , cámara secreta del altísimo , donde solamente gusta el Señor de dar audiencia (*Osæe* II , 14) ; y de hablar al corazón del alma ! Ó desierto glorioso , transformado en paraíso , pues en él solo permite Dios ser visto y que se le hable . *Vadam , et videbo visionem hanc magnam* (*Exod.* II) : *Iré y registraré esta admirable vision* . Pero si quieres llegar á esta felicidad , entra con los piés descalzos en esta tierra , porque es santa ; esto es , entra desnudo y libre de todos tus afectos ; no llesves contigo cosa alguna de este mundo en este cami-

no , ni te detengas en él á saludar á alguna persona, porque has de ocupar todos tus afectos y pensamientos únicamente en Dios , y no en las criaturas. Deja que los muertos sepulten sus muertos (*Luc. ix* , 60) : camina tú solamente á la tierra de los vivos (*Psalm. cXLIV*), y no tenga en tí parte alguna la muerte.

CAPÍTULO VI.

De la prudencia con que se debe amar al prójimo porque no se pierda ó turbe esta paz.

La misma experiencia te mostrará que el camino de la caridad , y del amor de Dios y del prójimo , es muy dilatado y claro para conseguir el fin de la vida eterna. Jesucristo dijo (*Luc. xii* , 49) que había venido á poner fuego en la tierra, y que quería que se encendiese y ardiese; y aunque el amor de Dios no admite límite (*Deut. vi*, 5.—*Luc. x* , 27.—*D. Ber-*

nard. de diligendo Deo, cap. 1) el amor del prójimo debe tener límite y medida. No puede haber exceso en amar á Dios; pero puede haberlo en amar al prójimo; porque si en este amor no guardas la debida moderacion, podrás perderte, y por edificar á otros, venir á destruirte á tí mismo.

Debes, pues, hijo mio, amar á tu prójimo; pero de suerte que tu alma no reciba algun daño. Aunque te hallas siempre obligado á dar buen ejemplo, no obstante nada ejecutes por solo este motivo, ni por servir de modelo á los demás; porque de este modo no sacarás sino grande pérdida.

Lo segundo es hacer todas las cosas con santa simplicidad, y sin otra intencion que de agradar á Dios. Humíllate en todas tus obras, y conocerás que lo que á tí te aprovecha tan poco, no puede aprovechar mucho á los otros. Considera que no debes retener tanto fervor y celo de las almas, que pierdas la paz y quie-



tud interior. Ten sed ardiente y deseo de que todos conozcan la verdad, como tú la comprendes y entiendes, y que se embriaguen de aquel vino suavísimo que á cada uno promete Dios, y da libremente sin algun precio (*Isai. LV, 1. — Cant. II, 4 y v, 1*).

Esta sed ardiente de la salud del prójimo te ha de acompañar siempre; pero ha de proceder del amor que tienes á Dios, y no de tu celo indiscreto.

Dios es el que ha de plantar en la soledad de tu alma, y cogerá el fruto cuando quisiere. Tú nada debes sembrar por tí solo, sino solamente ofrecer á Dios pura y limpia la tierra de tu alma: porque entonces su divina Majestad arrojará su semilla segun su beneplácito; y de esta suerte dará abundantísimo fruto. Acuérdate siempre de que Dios quiere tu alma sola, y enteramente desasida y libre para unirla á sí. Deja que te elija solamente, no le impidas con tu libre arbitrio. Procura mantenerte en un ocio santo, sin

algun pensamiento de tí mismo , sino solamente de agradar á Dios , esperando que te lleve á obrar ; porque ya el padre de familias ha salido á buscar operarios (*Matth.* xx). Abandona todos los cuidados y pensamientos ; desnúdate de toda solicitud de tí mismo , y de cualquiera afecto ó deseo de cosas terrenas , para que Dios te vista de sí mismo , y te dé lo que jamás pudiste imaginar. Olvídate , cuanto te sea posible , de tí mismo , y solamente viva en tu alma el amor de Dios. De todo cuanto se ha dicho procura tener siempre en tu memoria este importante aviso : que con toda diligencia , ó por mejor decir , sin alguna diligencia que te inquiete , has de pacificar tu celo y fervor con mucha templanza , para que conserves á Dios en tí con toda paz y tranquilidad , y no pierda tu alma del propio caudal que le es necesario , para ponerlo indiscretamente á ganancia para otros. Este callar en el modo que se ha dicho , es clamar altamente á los

oidos de Dios. Esta ociosidad es la que negocia todas las cosas, y así con sola ella debes traficar y negociar para hacerte rico con Dios; porque todo esto no es otra cosa que resignarse enteramente el alma en Dios, desocupada de todas las cosas criadas; y harás esto siempre sin que á tí te atribuyas cosa alguna en lo que obras, porque Dios lo hace todo, y de tí no desea otra cosa sino que en su presencia te humilles, y le ofrezcas una alma desembarazada, libre y desasida de las cosas terrenas, con un deseo interior de que en tí se cumpla perfectísimamente en todo y por todo su santísima voluntad.

CAPÍTULO VII.

Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios.

Debes, hijo mio, empezar poco á poco y con suavidad, confiando enteramente en el Señor que te llama y dice: *Ve-*

venid á mí todos los que estais trabajados, y yo os recrearé. Todos los que teneis sed, venid á la fuente (Matth. XI, 28. — Isai. LV, 1). Este movimiento y vocacion divina deberás seguir siempre, esperando con ella el impulso del Espíritu Santo, para que resueltamente puedas arrojarte en el mar de la providencia divina y del eterno beneplácito, pidiendo que este se haga y cumpla enteramente en tí; pues de esta suerte serás llevado de las poderosas ondas de la divina misericordia, sin que tú puedas resistirlas, al puerto de tu particular perfeccion y salud. Ejecutado este acto que procurarás repetir muchas veces al dia, has de trabajar con cuanta seguridad te fuere posible, así interior como exterior, en llegarte con todas las potencias de tu alma á las cosas que te excitan y mueven, y hacen á Dios loable, amable y deseable. Pero todos estos actos se han de hacer sin alguna fuerza ó violencia de tu corazon: porque si fuesen importunos é indiscretos podrian

debilitarlo , y por ventura endurecerlo, dejándolo inhábil para otros ejercicios.

Toma el consejo de los que son prácticos y experimentados , y procura acostumar dulcemente tu espíritu á que no piense en otra cosa que en la bondad, amor y beneficios de Dios con sus criaturas, y á que se sustente y recree con el delicioso maná, que la frecuencia de esta meditacion hará llover en tu alma con dulzuras inéfables. Guárdate de procurar por fuerza las lágrimas y sentimientos de devocion , y sea tu principal cuidado estar tranquilo en esta soledad interior , esperando que en tí se cumpla la voluntad de Dios ; pues cuando su divina Majestad te concediere estas lágrimas , entonces serán dulces , humildes, amorosas y tranquilas , sin alguna industria ó diligencia tuya ; y conociendo tú por estas señales el origen de donde nacen , las recibirás como rocío del cielo con suavidad y serenidad , y sobre todo con reverencia y profundísima humildad.

La llave con que se abren los mas secretos tesoros espirituales , es saber negarte á tí mismo en todos tiempos y en todas las cosas ; y con esta misma llave se cierra la puerta al desabrimiento y sequedad del alma , cuando procede de culpa nuestra ; porque cuando procede de Dios , se junta con los demás tesoros del alma. *Delítate siempre de estar con María santísima á los piés de Jesucristo , y escucha con atencion lo que el Señor te dice. Procura que tus enemigos , de los cuales tú eres el mayor y mas peligroso , no te impidan en este santo silencio , y advierte que cuando buscas á Dios con tu entendimiento para descansar y reposar en él como en tu centro , no debes formar término ni comparacion con tu débil y corta imaginativa , porque sin alguna comparacion es infinito , y en todas partes se halla , y todas las cosas están en él. Tú mismo lo hallarás dentro de tu alma todas las veces que lo busques en verdad ; esto es, todas las veces que lo busques pa-*

ra hallarlo, mas no para hallarte á tí mismo ; porque sus delicias son estar y morar con los hijos de los hombres (*Prov. VIII*) para hacerlos dignos de sí, bien que no tenga alguna necesidad de nosotros.

En las meditaciones no te ciñas ni te ates jamás á algunos puntos , de manera que no quieras meditar otros fuera de los que te has propuesto ; mas donde hallares quietud y reposo , procura detenerte y goza del Señor en cualquiera paso en que quiera comunicarse á tu alma ; y aunque omitas y dejes lo que tenias premeditado y te habias propuesto , no formes algun escrúpulo ; porque todo el fin de estos ejercicios es gustar y gozar del Señor, bien que con intencion de no buscar como fin principal esta fruicion ó gusto sino solamente de enamorarnos mejor de sus obras con propósito de imitarlo en lo que fuere posible á nuestra cortedad ; y una vez que lleguemos á conseguir el fin, no debemos cuidar de los medios que se ordenan al mismo fin.

Uno de los impedimentos de la verdadera paz y quietud , es el afan y demasiada solicitud que ponemos en semejantes operaciones , porque queremos fijar precisamente nuestro espíritu en esta ó en aquella cosa , y obligar de esta suerte á Dios á que lo lleve y guie por donde queremos , procurando en esto sin advertirlo hacer mas bien nuestra voluntad, que la del Señor ; lo cual no es otra cosa que buscar á Dios huyendo de Dios , y querer contentarle y agradarle sin hacer su voluntad. Si quieres , pues , hijo mio, hacer progresos en este camino y llegar al deseado término , no has de tener otra intencion ó deseo que de hallar á Dios ; y cuando se te manifestare , deja y abandona todas las cosas , y no pases adelante mientras no se te diere licencia , olvidándote entonces de todo lo criado , y reposando en el seno de tu Señor ; y cuando su divina Majestad gustare de retirarse no manifestándose mas en aquel modo , entonces podrás volver de nuevo á buscarlo

continuando tus ejercicios, y siempre con la misma intencion y deseo de hallar con ellos tu amor ; y cuando le hayas hallado, de hacer lo mismo que queda dicho , dejando todas las demás cosas , y conociendo que entonces se ha cumplido el deseo del Señor. Este documento es de suma importancia y digno de muy particular reflexion ; porque muchas personas espirituales pierden el fruto y la quietud interior por la fatiga y solitud que ponen en sus ejercicios , pareciéndoles que nada hacen si no los acaban todos , poniendo en esto toda la perfeccion , haciéndose propietarios de su voluntad : por cuya causa viven siempre afligidos , como quien se fatiga y trabaja sin mas fin que el de acabar alguna obra , sin llegar jamás al verdadero reposo y quietud interior , donde verdaderamente habita y reposa el Señor.

CAPÍTULO VIII.

De la fe que se debe tener en el santísimo Sacramento del altar, y del modo con que debemos ofrecernos al Señor.

Procura aumentar cada dia en tu alma la fe del santísimo Sacramento, y no ceses de admirarte de tan incomprendible misterio, y de alegrarte y complacerte, considerando cómo se muestra Dios debajo de aquellas humildes y puras especies para hacerte mas digno. No desees que se te muestre en esta vida debajo de otra apariencia, acordándote que el mismo Señor ha dicho, *que son los bienaventurados los que no le ven y le creen* (*Joan. xx, 29*). Procura que tu voluntad se encienda y se inflame en su amor; y de ser cada dia mas pronto en hacer en todas las cosas su santísima voluntad. Cuando te ofrezcas á Dios en este Sacramento, has de estar dispuesto y apareja-

do á padecer por su amor todas las aflicciones , penas , injurias y trabajos que pueden sucederte , como tambien todas las flaquezas , disgustos , tibiezas y sequedades , así en la oracion como fuera de ella , persuadiéndote á que las has de padecer muchas veces , y que te conviene aceptarlas por buenas , y trabajar en no ser tú mismo la causa de ellas. Y así toda tu alegría y contento ha de ser sufrir y padecer con tu amable Jesús por su amor.

No seas inconstante en lo que empiezas , queriendo hoy una cosa y mañana otra. Persevera invariable y firme en tus ejercicios , y en los medios de purificar tu alma con la suavidad y quietud que se ha dicho. Mientras no dejes estos medios , puedes estar cierto y seguro de que no te faltará la gracia de la perseverancia. Es imposible que una alma que ha empezado á gustar este espiritual reposo , pueda volver á la manera de vivir del mundo. Esto le seria verdaderamente una pena y tormento intolerable.

CAPÍTULO IX.

Que no se deben buscar delicias ni cosas que den gusto, sino solamente Dios.

Elige siempre y ten complacencia y gusto de carecer de los consuelos, de amistades particulares y de favores que no causan alguna utilidad al alma: desea vivir siempre sujeto á la voluntad de otro y depender de ella. Todas las cosas han de servirte de motivo para ir á Dios, y ninguna ha de divertirti ó detenerte en el camino. Esta, hijo mio, ha de ser siempre tu alegría y consuelo, que todo sea amargura para tí, y solamente Dios sea tu descanso. Dirige todas tus aflicciones y trabajos á tu Señor, ámalo y comunícale todo tu corazón sin algun temor; pues su divina Majestad hará el camino de resolver todas tus dudas y dificultades, y te levantará cuando cayeres. Finalmente, en una palabra, si ama-

res á Dios tendrás todos los bienes. Ofrecete á Dios en sacrificio , en paz y quietud de espíritu ; pero para que puedas seguir mejor este camino y continuarlo sin fatiga y sin turbacion alguna , conviene que á cada paso dispongas tu alma extendiendo tu voluntad á la de Dios ; y cuanto mas la extendieres , tantos mayores bienes recibirás. Tu voluntad debe estar dispuesta de tal suerte , que solamente quiera y no quiera lo que quiere y no quiere Dios. Renueva á cada paso tu intencion y propósito de querer agradecer á Dios. Procura tener el alma tan libre de deseos , que se halle toda entera y presente á lo que hace y á lo que piensa , sin permitir que el cuidado de lo que ha de hacer ó ha de pensar fuera del instante de su operacion la tenga dividida. Pero no por esto se prohíba á alguno el aplicarse á sus negocios temporales con una solicitud prudente y avisada , segun la necesidad de su estado ; pues estas ocupaciones si se toman como conviene,

son segun el órden y voluntad de Dios, y no impiden la paz interior y el verdadero aprovechamiento espiritual. En todas las cosas has de proponerte hacer lo que puedes y lo que debes, y conservándote indiferente y resignado en cuanto ocurre y sucede fuera de tí. Lo que en estos casos puedes hacer siempre, es ofrecer á Dios tu voluntad y no querer ó desear mas cosa alguna; porque siempre que tuvieres esta libertad y te hallares desasido de todas partes, lo cual podrás conseguir en cualquier tiempo y lugar, ocupado y sin ocupacion, gozarás verdaderamente de la tranquilidad y paz interior. En esta libertad de espíritu consiste todo el bien que deseas y buscas; porque esta libertad no es otra cosa que perseverar el hombre interior en sí mismo, sin derramarse á querer, desear ó buscar alguna cosa fuera de sí; todo el tiempo que vivieres libre de esta suerte, gozarás de aquella servidumbre y sujecion divina, que es aquel gran reino que está dentro de nosotros (*Luc. xvii, 21*).

CAPÍTULO X.

Que no debe acobardarse ó perder el ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia, perturbacion y dificultad para esta paz interior.

Advierte, hijo mio, que muchas veces te hallarás inquieto y privado de esta santa y dulce soledad y libertad interior; porque de los internos movimientos de tu corazón se levantará tal vez un polvo, que te causará grande fastidio en este camino. Esto permite Dios para mayor bien tuyo. Acuérdate, que esta es la guerra de donde los santos sacaron las coronas de sus merecimientos. En todas las cosas que te perturbaren, dirás: *Dios y Señor mio, ves aquí tu siervo; hágase en mi tu voluntad. Yo sé muy bien que la verdad de tu palabra será siempre firme y constante, y que tus promesas son infalibles (Matth. xxiv, 35.—II Petr. III), y así me confío en ellas.*

Ves aquí tu criatura, haz de mí lo que fuere tu voluntad y gusto. Dios mio, no tengo cosa alguna que me lo impida. Yo vivo por tí solo. Dichosa el alma que así se ofrece á su Señor cuando se halla inquieta y turbada. Si por ventura durare esta batalla, y no pudieras tan presto como quisieras conformar tu voluntad con la Divina, no por esto pierdas el ánimo ó te acobardes: mas continúa siempre en orar y en ofrecerte á tí mismo, porque de esta suerte alcanzarás sin duda la victoria.

Mira en el huerto la dura batalla que tuvo tu Redentor, y como su santísima humanidad rehusaba el cáliz diciendo: *Pater, si possibile est, transeat à me calix iste* (Matth. xxvi, 39): *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.* Pero luego volvía á poner su alma en soledad; y con una voluntad libre y desasida, decía con profundísima humildad: *Verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat* (Luc. xxii, 42): *Pero no se haga mi vo-*

luntad, sino la vuestra. Inspice, et fac secundum exemplar (Ex. xxv, 40): Aprende fielmente de este divino ejemplar. No te muevas ni des algún paso cuando te hallares en alguna dificultad, sin que primero levantes los ojos á Jesucristo en la cruz; porque allí hallarás escrito con grandes caractéres el modo de gobernarte. No desmayes si alguna vez fueres turbado de tu amor propio, ni te retires, ni huyas de la cruz: mas vuelve á la oracion, y persevera en ella con humildad hasta tanto que pierdas tu voluntad propia, y quieras que en tí se haga la divina. Si te retirares de la oracion aun con solo este fruto, puedes estar contento; pero si no hubieres llegado hasta este punto, tu alma quedará ayuna y sin su alimento. Procura que nada habite en tu alma ni aun por brevísimo tiempo, sino Dios. No tengas hiel ó amarguras de alguna cosa, ni pongas los ojos en los vicios y malos ejemplos de los otros; mas camina y procede siempre como un niño

que no está sujeto á alguna de estas amarguras, y pasa por todas partes sin daño ni ofensa suya.

CAPÍTULO XI.

De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz, y cómo debemos guardarnos de sus engaños.

Siendo costumbre del enemigo de nuestra salud emplearse con todo estudio en la ruina de nuestras almas, procura principalmente que se aparten de la humildad y simplicidad cristiana, y que atribuyan á sí y á su industria y diligencia propia alguna cosa, y no miren ó atiendan al don de la gracia, sin el cual no pueden ni aun pronunciar el nombre de Jesús (1 ad Cor. XII, 3): porque aunque verdaderamente podemos resistir á la gracia con nuestro libre albedrío, no obstante no podemos recibirla en nosotros sin el auxilio y socorro de la misma gra-

cia, de manera, que si alguno no la admite, esto se ha de imputar á culpa suya; pero si la admite y recibe, esto no lo hace ni lo puede hacer sin la misma gracia, la cual se ofrece suficientemente á todos. Procura, pues, nuestro comun enemigo persuadir á cada uno á que se presuma y se crea mas diligente que los otros, y que se dispone mejor á recibir en sí los dones de Dios; y asimismo le induce á que ejecute este acto interior con soberbia, no considerando la insuficiencia de sí mismo, si no fuese ayudado de la gracia, y á que pase á despreciar á los otros con su pensamiento, imaginándose que no hacen las buenas obras que él hace. Y así, hijo mio, si no estás muy advertido, y no vuelves pronta y diligentemente á tu propia confusion, y al conocimiento de tu miseria y tu nada, te hará precipitar en la soberbia, como al fariseo del Evangelio, que se gloriaba de sus bienes, y juzgaba malos á los otros (*Luc. xviii, 11*); y si una vez llega á ga-

nar y poseer tu voluntad por este camino, reinará en ella como tirano, y hará reinar en tí todos los vicios, y será grande tu daño y tu peligro. Por esta causa nos encargó el Señor, que velásemos y orásemos (*Matth. xxvi, 41*). Es, pues, necesario, que pongas tu atencion y cuidado en que el enemigo no te prive de un tesoro tan grande como es la paz y tranquilidad del alma; porque no hay artificio ni diligencia que no emplee para quitarte este reposo y hacer que tu alma viva inquieta y turbada, en que sabe muy bien que consiste toda tu perdición y daño; porque así como una alma si se halla quieta y tranquila obra con facilidad, y las cosas que hace las hace perfectamente, y persevera sin repugnancia en el bien, y resiste sin dificultad á cualquiera contradicción; así al contrario, si se halla inquieta y turbada, obra poco y con mucha imperfección, se cansa luego; y finalmente vive en un martirio infructuoso. Tú, pues, si quieres salir

con victoria y que no se logren las artes y diligencias de tu enemigo, en nada has de velar con tanto cuidado, como en no permitir que entre alguna turbacion en tu alma, y en no consentir que esté inquieta ni un breve instante. Y para que sepas mejor guardarte de sus engaños, toma por regla cierta en este caso, que cualquiera pensamiento que te distrae y aparta del amor de Dios y de su confianza, es un mensajero del infierno, y como tal debes repelerlo luego y no admitirlo ni escucharlo; porque el oficio del Espíritu Santo no es sino de unir siempre las almas mas estrechamente á Dios, encendiéndolas en su dulcísimo amor; y asimismo inspirando en ellas nueva confianza de su bondad y misericordia infinita: pero al contrario, el oficio del demonio es introducir en las almas temores y desconfianzas, dándoles á entender que sus faltas ordinarias son mas graves de lo que son; que nunca hacen lo que deben; que jamás se confiesan bien;

que reciben tibiamente la comunión; que sus operaciones están llenas de defectos: y con estos escrúpulos y aprensiones procura tenerlas siempre inquietas, temerosas y desconfiadas. La falta de la devoción sensible, y de los gustos en la oración y en los demás ejercicios, hace que la reciban y sufran con una impaciente tristeza, dándolas á entender que en aquella forma todo es perdido, y que sería mejor dejar tantos ejercicios. Y finalmente, las induce á tanta inquietud y desconfianza, que se persuaden á que cuanto hacen es inútil y sin algún fruto: con lo cual viene á crecer tanto en ellas el temor y congoja, que piensan que Dios las ha olvidado. Pero en la verdad, hijo mio, no es así; porque son innumerables los bienes que resultarian de la sequedad y falta de la devoción sensible, siempre que el alma entendiese lo que Dios pretende de ella en este estado, y procurase solamente de su parte tener paciencia y perseverancia en obrar bien. Y para que

el fruto y provecho que Dios pretende no redunde, por no entenderlo tú, en daño y perjuicio tuyo, pondré aquí brevemente los bienes que proceden de la humilde perseverancia en estos áridos ejercicios, á fin de que sabiéndolos no pierdas la paz, cuando te hallares en semejante sequedad de mente y opresion de corazon acerca del sentimiento y gusto de la devocion, ó en cualquiera otra tentacion, aunque sea muy horrible.

CAPÍTULO XII.

Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores.

Infinitos son los bienes que la amargura y sequedad espiritual causan en el alma, si se reciben con humildad y paciencia. Si los hombres entendiesen bien este secreto, no tendrían tanta inquietud y pena cuando padecen esta amargura y sequedad interior; porque la tomarían

no como señal de aversion y odio que les muestre el Señor , sino como testimonio precioso de su amor y de su bondad , y la recibirian como una gracia muy singular con que los favorece su misericordia. Para conocer esto , basta que adviertas y consideres hijo mio , que semejantes cosas no suceden sino solamente á las personas que desean verdaderamente darse al servicio de Dios , y alejarse de todo lo que puede no solamente ofenderle sino desagradarle : ni esto les sucede , por lo comun , en el principio de su conversion , sino después que han servido al Señor por algun tiempo , y que están resueltos á servirle con toda perfeccion , habiendo puesto , como solemos decir , la mano á la obra ; y por lo contrario no vemos jamás que los pecadores se lamenten de semejantes tentaciones : de donde se reconoce claramente , que esta es una vianda preciosa con que Dios convida á los que ama , y aunque sea insípida y desabrida á nuestro paladar , no obstante nos

aprovecha mucho, bien que entonces no conozcamos este beneficio; porque cuando se halla el alma en esta sequedad, como las tentaciones que padece en este estado son tan graves, que solo el pensar en ellas la causa horror y escándalo, viene á adquirir de este modo la humildad, el temor y aquel odio santo y desprecio de sí misma que Dios desea, aunque, como se ha dicho, ignorando por entonces el alma este secreto, lo aborrece y huye de andar por semejante camino; porque nunca quisiera estar sin deleite y gusto interior, juzgando que cualquiera ejercicio sin este gusto es tiempo perdido, y trabajo sin provecho.

CAPÍTULO XIII.

Que Dios nos envia estas tentaciones para nuestro bien.

Para entender mas particularmente que las tentaciones nos vienen de Dios para nuestro bien, se debe considerar que el hombre por la depravada inclinacion de la naturaleza corrompida es soberbio, ambicioso y amigo de su propio parecer, presumiendo siempre de sí mas de lo que verdaderamente es. Esta presuncion es tan peligrosa para el progreso espiritual, que solamente el olor es suficiente para no dejarnos llegar á la perfeccion. Por esta causa Dios con la providencia y paternal cuidado que tiene de cada uno de nosotros, y particularmente de los que se han entregado de veras á su servicio, toma por su cuenta el ponerse en estado en que podamos salir de tan peligrosa ilusion, y vengamos

como forzados á tener verdadero conocimiento de nosotros mismos, como hizo con el apóstol san Pedro, cuando permitió que lo negase (*Matth. xxvi*), para que de este modo se conociese á sí mismo, y perdiese esta peligrosa presunción, y no fiase en adelante en sus propias fuerzas: y con el apóstol san Pablo, cuando por preservativo de esta peste del alma, y del abuso que podia hacer de las altas revelaciones con que lo habia favorecido, le dió una molestísima tentación (*Corint. xii, 7*), que le hiciese conocer la fragilidad y flaqueza natural, y lo tuviese sujeto y humilde. Dios, pues, compadeciéndose de nuestra miseria y perversa inclinación, permite que nos vengan estas tentaciones, y que tal vez sean horribles y formidables, para que nos humillemos y nos conozcamos bien, aunque nos parezca que nos son inútiles y de ningún provecho.

En esto se descubre su bondad y sabiduría infinita; pues con lo mismo que

á nosotros nos parece mas nociyo , mas nos aprovecha ; porque venimos á humillarnos y á confundirnos , que es lo que principalmente ha menester nuestra alma : pues ordinariamente sucede , que el siervo de Dios que se halla en tal estado , juzga que las tentaciones , la indevoción , la tibieza y sequedad de espíritu que siente en sí , proceden únicamente de sus imperfecciones , y de que no puede haber persona alguna tan imperfecta y defectuosa como él , ni que sirva á Dios con tan grande tibieza y flojedad : y se persuade , á que las imaginaciones y pensamientos que le combaten , no vienen sino á las almas perdidas y desamparadas de Dios , y que por esta causa merece tambien la suya ser tratada con el mismo rigor y desamparo : de donde resulta , que el que antes presumia ser algo , después con esta amarga medicina que le ha venido del cielo , se tiene por el peor hombre del mundo , y se considera indigno aun del nombre de cristiano ; y no hu-

biera venido jamás á tan baja estimacion ó sentimiento de sí mismo , ni á tan profunda humildad , sin el remedio de estas amarguras y tentaciones extraordinarias ; lo cual es una gracia muy singular , que Dios hace en esta vida á las almas que se ponen y resignan enteramente en sus manos para que las cure de sus dolencias y enfermedades , como le agrada , y con la medicina que solamente su Majestad conoce perfectamente que las es conveniente y necesaria para su salud y bien. Y advierte , hijo mio , que el fruto y provecho que nos causan estas tentaciones y repugnancias interiores que nos ponen en sequedad , y destierran de nosotros todo lo que la devocion tiene de sensible , no es solamente la humildad ; porque el alma que se halla en este estado de tribulacion , se ve obligada á recurrir á Dios , y á procurar servirle con mayor cuidado y diligencia , como por remedio de este trabajo ; y asimismo para librarse de semejante martirio , va examinando cui-

dadosamente su corazón, huyendo de las mas leves imperfecciones y culpas, y de todo lo que puede alejarla de Dios; y de este modo la tribulación que juzgaba tan contraria y nociva, le sirve de estímulo para buscar á Dios con mayor fervor, y huir de todo lo que juzga no ser conforme al beneplácito divino. Y finalmente, todas estas aflicciones, amarguras y trabajos que el alma padece en estas tentaciones, todas estas tibiezas, sequedades, desolaciones y disgustos espirituales, no son otra cosa que un purgatorio amoroso, si se sufren con humildad y paciencia, y sirven para ganarnos en el cielo aquella corona que solamente se adquiere con ellas, tanto mas gloriosa, cuanto mayores hubieren sido estas tribulaciones y trabajos.

De esto, conocerás claramente, cuán poca razón tenemos de turbarnos y contristarnos de semejantes cosas; como sucede á las personas poco experimentadas, que lo que verdaderamente les vie-

ne de la mano de Dios, lo atribuyen al demonio, ó á sus pecados é imperfecciones; y las señales y testimonios de amor los toman por indicios y demostraciones de odio; y las caricias y favores divinos piensan que son golpes que salen de un corazon colérico y enojado, y que todo lo que hacen y obran es perdido y sin algun mérito, y que esta pérdida no tiene remedio; porque si creyesen lo que verdaderamente sucede en estos casos, esto es, que no hay pérdida alguna, sino antes bien grandes ganancias (si el alma sabe valerse y aprovecharse de aquella ocasion, como puede siempre), y que todo esto es un claro argumento de la amorosa memoria que Dios tiene de nosotros, no seria posible que se inquietasen y perdiesen la paz por verse afligidos y atribulados de muchas imaginaciones y tentaciones, ó por hallarse indevotos, áridos y secos en la oracion y en los demás ejercicios: antes bien con nueva perseverancia humillarían entonces sus

almas en la presencia del Señor , proponiendo en todo y por todo hacer su beneplácito divino , procurando con suma diligencia conservarse pacíficos y tranquilos , tomando todas estas cosas de la mano de su Padre celestial , en la cual solamente está el cáliz que se les presenta ; porque , ó procedan del demonio , ó de los hombres , ó de los pecados , ó de cualquier otra causa , semejantes tentaciones y molestias , Dios es siempre el que nos las envia , si bien nos las ofrece por varios medios , segun su beneplácito ; porque á nosotros no llega sino solamente el mal de la pena , el cual viene de su mano , que nos lo ordena para nuestro bien : bien que el mal de la culpa que comete el prójimo cuando nos hace alguna injuria ó agravio , sea contrario á su voluntad ; pero su divina Majestad se sirve de este instrumento para nuestra salud y beneficio , y así en lugar de entristecernos y turbarnos , debemos dar gracias á Dios con alegría y gozo interior , haciendo to-

do lo que pudiéremos con perseverancia y resolucion, sin andar perdiendo el tiempo, y con él los muchos y grandes méritos que Dios quiere que adquiramos con las ocasiones y motivos que nos ofrece.

CAPÍTULO XIV.

Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caidas y flaquezas.

Si alguna vez cayeres en alguna negligencia ó culpa, ó con las obras ó con las palabras; como si te turbases en alguna cosa que te sucediese, ó si murmurases ó si oyeses con gusto murmurar á otros, ó si incurrieses en alguna altercacion ó movimiento de impaciencia, ó en alguna vana curiosidad ó mala sospecha de otros, ó vinieses á caer por algun otro camino, no solo una, sino muchas veces; no debes por esto inquietarte y turbarte, ó desconfiar y afligirte,

pensando en lo que ha pasado , ó confundiéndonos dentro de tí mismo : unas veces imaginándonos que no podrás corregirte jamás de semejantes flaquezas : otras veces persuadiéndonos á que tus imperfecciones y tus débiles propósitos son la causa de aquella caída : otras veces representándonos que no caminas de veras en el espíritu y via del Señor ; y finalmente oprimiendo tu alma con otros mil vanos escrúpulos y temores , y llenándola de tristeza y pusilanimidad. De donde se sigue que tienes empacho y vergüenza de presentarte á Dios , ó si te presentas , lo haces tímido y desconfiado , como si no le hubieses guardado la fidelidad que le debes ; por hallar el remedio pierdes el tiempo , pensando con escrupulosa prolijidad las circunstancias de tu falta , examinando cuánto te detuviste en ella de propósito , si consentiste , si quisiste ó no , si procuraste evitar en tiempo aquel pensamiento ; y mientras mas imaginas y piensas en estas cosas , apartándonos del

verdadero camino, **menos te entiendes**, y menos comprendes lo que deseas, y mas crece y se aumenta en tí la molestia, la inquietud y congoja para confesarte, y vas á la confesion con un temor molesto, y después de haber perdido mucho tiempo en confesarte sientes todavía inquieto y turbado tu espíritu, porque siempre te parece que no lo has dicho todo al confesor. Así se vive una vida inquieta y amarga con poco fruto, y con pérdida de una gran parte del mérito; y todo esto no nace de otra causa que de no entender nuestra natural fragilidad, y de no saber el modo en que el alma debe negociar con Dios, con el cual después de haber caído en semejantes faltas y flaquezas, y en otras, se trata mas fácilmente con una humilde y amorosa conversion á su divina y paternal bondad, que con la tristeza y desconsuelo interior que se recibe por la culpa: deteniéndose solamente en el exámen de las faltas, especialmente veniales y ordinarias, de que

vamos hablando, en que suele caer el alma que vive del modo de que aquí se trata; y solamente hemos tratado de aquellas almas que viven una vida espiritual, y que procuran aprovechar en la virtud conservándose sin pecado mortal: que para las otras que viven descuidadas de su salvacion, y entre los pecados mortales, ofendiendo cada instante á Dios, no es esta medicina, sino que es necesaria otra suerte de exhortacion: porque estas almas tienen grande motivo para vivir inquietas y turbadas, y para llorar; y así deben poner gran cuidado en examinar sus conciencias, y en confesar sus pecados, para que por su culpa y negligencia no les falte el remedio necesario para su salvacion.

Volviendo, pues, á tratar de la quietud y paz en que se debe conservar el siervo de Dios, añado, que la doctrina que se ha dado acerca de la conversion humilde y amorosa á Dios, á que se debe unir una total confianza en su pater-

nal bondad, se debe entender no solamente de las faltas ligeras y cotidianas, sino tambien de las mayores y mas graves que las que ordinariamente se suelen cometer, si Dios permitiere que caigas alguna vez, y aunque las faltas sean muchas y repetidas, y aunque se cometan no solamente por descuido y fragilidad, sino por malicia: porque la penitencia y la contricion sola de un ánimo turbado y escrupuloso, no pondrá jamás el alma en un estado perfecto, si no se junta con esta filial y amorosa confianza de la bondad y misericordia de Dios.

Esto principalmente es necesario á las personas que desean, no solamente verse libres de sus miserias, sino tambien adquirir un grado muy alto de virtud, y grande amor y union con Dios. Lo que no quieren entender muchas personas espirituales, y por esta causa tienen siempre el corazon tan caido y tan desconfiado que no pueden pasar adelante y hacerse capaces de mayores gracias, las cuales

sucesivamente les ha preparado, y viven muchas veces una vida inútil y miserable, y digna de compasion; porque prefieren sus propias imaginaciones á la verdadera y saludable doctrina que nos conduce y lleva por el camino real á las altas y sólidas virtudes de la vida cristiana, y de aquella santa y dichosa paz que el mismo Jesucristo nos dejó en la tierra (*Joan. xiv, 27*). Deben tambien estas personas todas las veces que se hallaren molestadas con alguna inquietud originada de las dudas de su conciencia, tomar consejo de su padre espiritual; ó de otra persona que juzgaren idónea para dar semejantes consejos, conformarse con su dictámen, y procurar quietarse; y para concluir con lo que pertenece á la inquietud que proviene de las imperfecciones y faltas en que incurrimos, añado el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV.

*Que el alma debe quietarse en las caídas
y faltas, sin perder el tiempo ni su
aprovechamiento espiritual*

Últimamente, hijo mio, quiero enseñarte una importante regla, que deberás observar en todas las culpas ó faltas que cometieres. Siempre que hubieres caído en algun defecto grande ó pequeño, aunque lo hayas cometido mil veces al dia voluntariamente, y con advertencia, no te turbés ó inquietes, ni te detengas en examinar tu caída; mas luego al punto, considerando tu fragilidad y miseria, recurre con humildad á Dios, y dile con una dulce y amorosa confianza: *Señor, yo he obrado como quien soy, de mí no podia esperarse otra cosa sino estos y otros mayores defectos; y no hubiera parado en estos solos mi fragilidad, si vuestra bondad, que siempre me ayuda, y nunca me*

desampara, no me hubiese socorrido. Yo os doy gracias, Señor, por el mal de que me habeis librado, y de todo corazon me duelo del que he cometido, no correspondiendo á vuestra gracia. Perdonadme y asistidme con vuestra gracia, para que yo no os ofenda mas, y ninguna cosa me separe de Vos, á quien deseo servir, obedecer y agradar siempre. Hecha esta breve oracion, no pierdas el tiempo en inquietas reflexiones para saber si el Señor te ha perdonado, mas con confianza y tranquilidad de espíritu camina adelante sin pensar en lo que ha pasado, y prosigue tus ejercicios como si no hubieses caido en algun defecto; y ejecutarás esto mismo, no solamente una vez sino ciento si fuere necesario, y con la misma confianza y quietud la última vez que la primera; porque de esta manera tú vienes á honrar y engrandecer la suma bondad de Dios, de quien debes concebir y creer, que es infinitamente benigno y misericordioso mas de lo que tú puedes ima-

ginar. Obrando de esta suerte ninguna cosa impedirá tu perseverancia y aprovechamiento espiritual, ni perderás el tiempo vanamente y sin fruto. Y advierte, hijo mio, que podrás tambien sacar mucha ganancia y provecho de tu propia caida, levantándote con un acto intenso de reconocimiento de tu miseria, humillándote en la presencia de Dios, y con un acto de reconocimiento de su divina misericordia, amándola y exaltándola, pues de este modo tu propia caida vendrá con el auxilio y socorro de Dios á levantarte á grado mas alto que aquel de donde caiste. Yo quisiera que las almas que se turban y desmayan en sus caidas, entendiesen bien este secreto espiritual, para que conociesen cuán diferente es este estado del de un interior humilde y tranquilo, donde reina la humildad y la paz, y de cuánto daño y perjuicio les es la pérdida de tiempo que estas inquietudes las causan. Procura tú, hijo mio, no olvidar esta advertencia, porque es una de las llaves

que tiene el alma para abrir grandes tesoros espirituales , y enriquecerse en breve tiempo.

TRATADO III.

DE LOS DOLORES MENTALES DE JESUCRISTO
NUESTRO REDENTOR.

Proemio.

Hubo un alma muy amante de Dios, que deseaba mucho sustentarse y satisfacerse de los amargos manjares de la pasión del amoroso y dulcísimo Jesús, la cual después de mucho tiempo , y de repetidos y fervientes ruegos, fue finalmente introducida por mano del mismo Señor al sacratísimo tálamo de su angustiado corazón. Esta singular gracia obtuvo repetidas veces; de tal suerte , que con el exceso del dolor que sentia, se hallaba en

algunas ocasiones obligada á decir : *No mas, Señor, no mas; que no puedo sufrir pena tan grave.* Estas cosas no las tengo por increíbles, antes bien las creo indubitavelmente, sabiendo cuán benigno y liberal es este Señor con todos los que con fe y perseverancia le saben pedir lo que desean. Dijome, pues, esta alma dichosa, que orando decia á Dios con grandes ansias : *¡ O Señor mio : yo te ruego y suplico me anegues en el amarguísimo mar de tus dolores mentales, porque aquí deseo morir, ó dulce vida mia, ó amor mio, si es gusto tuyo ! Dime, ó Jesús mio, dime, esperanza mia, ¿ cuán grande fue el dolor de tu afligido corazón ? Y que el dulcísimo Jesús le respondia : Sabe, hija mia, que fue tan grande, cuanto fue grande el amor que tuve á Dios y á la criatura.* Demás de esto me dijo, que ya en otros tiempos la habia hecho el Señor capaz en el grado que habia sido su voluntad del amor que tenia á la criatura. Sobre este amor dijo cosas excelentes y admi-

rables , que no pueden referirse sin alguna larga narracion.

Cuando el Señor la decia que era tan grande su dolor , quanto fue grande su amor á la criatura , le parecia por la grandeza de este amor , de que su bondad la habia hecho capaz , que le faltaban todos los sentidos ; y apenas oyó sola esta palabra , se vió obligada á reclinar en algun lugar la cabeza , por el afan y congoja grande que sentia en todos sus miembros ; y después que estuvo así algun tiempo , habiéndose recobrado , dijo : *¡ O Dios mio ! ¡ O único bien de mi alma ! Yo te pido por tí mismo que me digas ¿ cuántas fueron las penas que afligieron y congojaron tu amoroso corazon ?* A esta pregunta respondió el benignísimo Señor con agrado y dulzura de esta suerte.

El primer dolor mental de Jesús fue por las almas, que, aunque unidas á él, se habian de condenar.

« Sabe , hija , que demás de otras muchas penas mias , que por ahora no quiero decirte , fueron infinitas las que sufrí dentro de mi corazon por infinitas almas , miembros mios que conocia que habian de separarse de mí , que soy su verdadera cabeza , y cada alma habia de separarse de mí todas las veces que pecase mortalmente. Esta , hija mia , fue una de las mas crueles aflicciones que yo sentí : porque si uno á quien dan el tormento de la cuerda se queja con tanto extremo cuando se desunen y apartan sus miembros de su lugar propio y natural , considera qué martirio seria el mio , pues tantos miembros mios habian de desunirse y separarse de mí , cuantas almas á mí unidas son y serán condenadas ; y tantos dolores sentia ; cuantos eran los miem-

bros que de mí habian de apartarse : tanto mas dolorosa es la separacion de los miembros espirituales que la de los corporales, cuanto es mas preciosa el alma que el cuerpo ; y cuanto sea mas preciosa el alma que el cuerpo , no puedes saberlo tú, ni persona que vive ; porque yo solamente conozco la nobleza del alma , y la vileza del cuerpo, como Criador de lo uno y de lo otro. Y así no puedes tú , ni alguna otra criatura , comprender la cruel congoja que me causaron tantas separaciones de miembros unidos conmigo con tan estrecho vínculo de amor : y así como en el pecar un modo es mas grave que otro , y un pecado mas enorme que otro pecado , así yo al ver los varios modos y diferentes pecados con que las almas habian de desunirse y separarse de mí, sentia mayor ó menor pena : de donde procedia la calidad y cantidad de tantos dolores como me atormentaban ; y como yo sabia que habiendo de ser su voluntad enteramente perversa, habia tambien de ser eterno su tormento,

por esta causa era este el mayor dolor que me penetraba el corazón; pues tantos miembros míos, esto es, tantas almas condenadas *nunca* habían de volver á juntarse y unirse conmigo, que soy su cabeza; y este *nunca* es lo que atormenta y atormentará enteramente aquellas almas infelices sobre todas las demás penas que padecerán y pueden padecer por toda la eternidad. Este *nunca*, hija mía, me causó tanta aflicción y pena, que hubiera escogido de buena gana padecer de nuevo todas las aflicciones que sentí, por todas estas desuniones y separaciones, no una, sino infinitas veces, como yo hubiese visto que una sola de tantas almas había de reunirse y juntarse á la integridad de los otros miembros vivos; esto es, de mis escogidos, que vivirán eternamente con espíritu de vida, que procede de mí, que vivifico todas las cosas que viven.

Aquí has de ponderar, hija mía, cuán preciosa me es una alma, pues he dicho,

que infinitas veces hubiera querido padecer penas tan graves por reunir la y juntarla conmigo. Y advierte tambien, que es tanto lo que aflige y congoja á aquellas almas la pena de este *nunca* por ordenacion de mi divina Justicia, que quisieran ellas padecer tambien infinitas penas, con tal que viesen alguna esperanza de esta reunion: y así dispone mi justicia en todos los pecados, que á la calidad y cantidad de las penas que causaron en separar las almas de mí, corresponda la calidad y cantidad del castigo; y porque mas que otra cosa me afligia este *nunca*, quiero y dispongo que este *nunca* aflija y atormente aquellas almas, mas que todas las otras penas, que tienen ó tendrán eternamente. Aquí podrás considerar tambien cuánto seria el dolor y pena de mi corazon por tantas almas perdidas y condenadas.»

Decíame esta alma bendita que entonces nacia en ella un santo deseo de preguntar al Señor; esta duda; pero con sumo

temor y reverencia, porque no pareciese que queria investigar curiosa la divinidad; y así con simplicidad pura y confianza, decia : *¡ O dulce y precioso Jesús mio ! Muchas veces he oido decir, que tú, mi Dios y Señor, llevaste sobre tí las penas de todos los condenados. ¿ Quisiera saber, Bien mio, si fue cierto que sentiste aquella diversidad de penas que se padecen en el infierno: como son, frio, calor, abrasarse y morderse sus propios miembros aquellos espíritus infernales ?* Y entonces el benignísimo Jesús, respondiendo dulce y amorosamente y con señales de que esta pregunta no le habia desagradado, la decia : « Hija mia, yo no sentí esta diversidad de penas de los condenados en el modo que tú me lo preguntas; porque estos habian de ser miembros muertos y separados de mí; y te lo daré á entender con este ejemplo. Si fuese forzoso cortarte una mano, un pié ó cualquiera otro miembro, y se hubiese dado ya principio á esta dolorosa operacion, es cier-

to que hasta tanto que la mano ó el pié se cortase enteramente y separase de tí, sentirias grave dolor y pena ; pero después que estuviese cortada la mano ó el pié , si alguno arrojase al fuego estos miembros , ó los hiriese y maltratase , ó los expusiese á los dientes de los perros y de lobos , tú no sentirias dolor alguno por ser miembros podridos y muertos, y separados enteramente del cuerpo , y solamente sentirias la pena de ver arrojado al fuego ó devorado de las fieras un miembro que habia sido tuyo. De esta misma manera me atormentaron las almas condenadas , miembros míos. Mientras hubo en ellos esperanza de vida y de reunirse conmigo , padecí infinitos dolores y aflicciones , y aun todas las angustias y tormentos que las mismas almas en esta vida padecieron hasta la muerte de su cuerpo ; porque hasta aquella hora habia en ellas esperanza de juntarse y reunirse conmigo si hubiesen querido : pero de lo que habian de padecer después

de la muerte , no sentí pena alguna , por ser miembros podridos y muertos y separados enteramente de mí , y que no habian de vivir en mí jamás verdadera vida ; pero no dejaba de serme grave tormento y pena el ver que tantas almas que habian sido propios y verdaderos miembros míos , habian de ser presa de los infernales espíritus y condenadas á eternos tormentos. Y estos son , hija mia , los dolores mentales que sufrí por los réprobos , que antes habian sido miembros míos.»

El segundo dolor mental fue por los pecados de todos los escogidos.

« El segundo dolor que me penetró el alma , fue por los pecados mortales de todos los escogidos ; porque en todos los modos que fuí afligido por los miembros condenados lo fuí tambien por los escogidos que habian de pecar mortalmente , y por esta causa separarse de mí. Y sabe,

hija mia , que fue tan dura y tan cruel mi pasion por estos amados y escogidos miembros mios , quanto era grande el amor que eternamente les habia de tener ; indigna la vileza á que se abatirian pecando mortalmente ; excelente la vida á que se unirian obrando bien ; y graves y enormes los pecados que de mí los habian de separar. En esto solo fue diferente el dolor que sentí por los miembros condenados, del que sentí por los escogidos : que por los condenados no fuí afligido de las penas que después de la muerte habian de sufrir , sino de pensar que habian sido miembros mios ; pero por los escogidos sufrí todas aquellas penas , que no solamente en la vida , mas después de la muerte habian de padecer ; y así sentí los martirios de todos los penitentes , las tentaciones de todos los tentados , las enfermedades de todos los enfermos , los golpes de todos los atormentados , las ignominias , las persecuciones y todas las demás incomodidades que padecieron ; y

en fin todas las penas grandes y pequeñas de todos los escogidos viandantes, sentí tan vivamente en mí mismo, como tú intensamente sentirías que te hiriesen la mano, el pié ú otro cualquiera miembro del cuerpo. Considera, pues, cuántos fueron los mártires, cuántos y cuán diversos los tormentos que sufrió y padeció cada uno de por sí; cuántas las penas y aflicciones de los demás miembros escogidos, y la diversidad de las mismas penas. »

« Para que comprendas mejor estas penas, considera bien: Si tuvieses mil ojos, mil manos y mil piés, y de todos los demás miembros tuvieses también mil, y en cada uno sintieses diversidad de dolores, y todos estos dolores padecieses á un mismo tiempo, ¿no sería este un exquisito tormento, y nunca oído ni tolerado? Pues mira, hija, cuánto fue infinitamente mayor mi dolor, no habiendo sido mil solamente mis miembros, sino innumerables, como también sin núme-

ro la variedad y diversidad de las penas ; porque fueron innumerables las penas de los mártires , de los confesores, vírgenes y de todos los otros electos míos; y así como no se puede entender ni comprender cuáles y cuántas son las bienaventuranzas , glorias y premios preparados para los justos y escogidos en el paraíso ; así no se puede entender ni comprender cuáles y cuántas fueron las penas interiores que por los miembros escogidos sufrí y padecí ; á cuyas penas por disposición de mi divina justicia , son correspondientes las bienaventuranzas , glorias y premios celestiales. »

« En cuanto á los dolores que me afligieron por los tormentos de los escogidos después de su muerte , sabrás, que sentí en mí mismo toda la diversidad, calidad y cantidad de penas que habian de padecer en el purgatorio ; porque estos , hija mia , no eran miembros que habian de separarse de mí para siempre , como los condenados , sino miembros vitales que

habian de vivir eternamente con espíritu de vida , habiéndolos yo prevenido con mi gracia y bendiciones. Y si quieres saber , hija mia , la razon por que no me atormentaron las penas de los condenados en el infierno , y me affligieron las de los escogidos en el purgatorio , considera: que así como sentirias dolor por cualquier golpe ó daño que recibieses de un miembro movido ó roto , que estuviese vivo y no apartado del cuerpo de todo punto , hasta que vuelto á su lugar propio sanase ; así yo sentí todos los tormentos que mis escogidos habian de padecer en el purgatorio , como miembros míos vivos , que después de aquel castigo temporal habian de volverse á juntar perfectamente conmigo , que soy su verdadera cabeza. Y has de saber , que no hay otra diferencia entre las penas del purgatorio y del infierno ; sino que las del infierno nunca tendrán fin , mas las del purgatorio sí ; y por esta causa las almas en este lugar padecen con paz y con alegría aun-

que no sin dolor , y se purifican y limpian de todas las manchas que los pecados hicieron , sufriendolo todo con paz , y dando gracias á mi suma justicia. Todo esto he querido darte á entender acerca de la pena mental que padecí por mis escogidos. »

¡ O si yo me acordara de las devotas palabras que en este paso oí de aquella alma dichosa , mientras con un entrañable llanto me dijo , que su divino Esposo la habia hecho capaz , en el grado que habia parecido á su infinita bondad , de la gravedad y torpeza del pecado ; y cuán grande pena y martirio habia dado á su amantísimo Jesús , apartándose y desviándose del sumo Bien , para unirse y juntarse á cosas bajas y viles , como son todas las de este mundo , que nos dan ocasion y materia de pecar !

Me acuerdo que me dijo con muchas lágrimas : *¡ Ó Dios mio , y cuán miserable soy , habiéndooos causado tantas y tan grandes penas ; ó me salve , ó me condene ! No*

entendí jamás , Dios mio , que tanto os ofendiese el pecado , que si lo hubiese entendido , pienso que no hubiera pecado con tanta facilidad y ligereza ; pero Vos , ó Rey y Criador mio , no atendais á lo que os digo , que aunque lo hubiese entendido , hubiera obrado peor que nunca , si vuestra piadosa mano no me hubiera detenido. ¡ O amantísimo y dulcísimo Jesús mio ! Son tantas y tan crueles vuestras penas , que no me pareceis mas Dios , antes me atreveré á deciros , si en esto no os ofendo , que sois un infierno de penas de amor ; y así le llamaba muchas veces con una santa compasion y simplicidad.

El tercer dolor mental de Jesús fue por su Madre santísima.

« Escúchame , hija mia , con atencion , que me quedan todavía que decirte amarguísimas cosas , principalmente de aquel agudo cuchillo que penetró mi alma ; esto es , del dolor y pena de mi inocenti-

sima y purísima Madre, la cual por mi pasión y muerte había de ser afligida y atribulada sobre cuantas criaturas han sido y serán jamás afligidas en el mundo; y por esta causa la he glorificado y sublimado dignamente en el cielo sobre todas las criaturas angélicas y humanas: porque has de saber, hija mía, que cuanto por mi amor es mas afligida y humillada la criatura en este mundo, y aniquilada en sí misma, tanto es mas glorificada y ensalzada después por mi divina justicia en el reino de los bienaventurados: y como no hubo jamás en la tierra persona mas angustiada que mi dulcísima Madre, así en el cielo no hay ni habrá jamás alguna semejante á ella; y así como en la tierra fue después de mí la mas afligida, así en el cielo es después de mí la mas bienaventurada.

Y has de saber tambien, que en todos los modos y por todos los respetos que yo Dios humanado fuí afligido y sufrí tan graves penas, padeció igualmente y fue

aligida mi santísima Madre , y entre sus penas y las mias no hubo otra diferencia , sino solamente que yo padecí en un grado mas alto y mas perfecto. Pero fue tanto lo que me atormentó su dolor , que si hubiera sido voluntad de mi eterno Padre , me hubiera sido de suma consolacion que todos sus trabajos hubiesen recaido sobre mi alma , como ella quedase libre y exenta de padecerlos ; y aunque se me hubiesen renovado todas las llagas y dolores que sentí en todo el curso de mi pasion , me hubiera sido de sumo refrigerio que quedase ella sin pena y sin dolor alguno. Mas porque en mi incomprendible martirio no habia yo de tener la menor consolacion ó lenitivo , no me fue concedida esta gracia , aunque repetidas veces con ternura filial y con muchas lágrimas se la pedí á mi eterno Padre. »

Decia entonces esta alma que sentia una opresion y congoja tan grave en su corazon por el dolor de esta santísima

Señora, que no podía pronunciar otra palabra que esta : ¡ *O Madre gloriosísima ! No quiero yo llamarte Madre de Dios, sino Madre de dolor, Madre de pena, Madre de todas las aflicciones que no se pueden pensar ni referir ; porque si tu Hijo es un abismo de penas y tribulaciones, ¿ cómo te llamaré sino Madre de dolor ?*

No mas, Señor mio, no mas : no me digais mas de los dolores de vuestra purísima Madre, que no me hallo con fuerzas para sufrirlo, y esto me bastará mientras tuviere vida, aunque tuviese mil años.

El cuarto dolor mental de Jesús fue por su enamorada discípula Magdalena.

Dejando el Señor esta tierna y dolorosa materia, por ver á esta alma tan afligida y lastimada, la dijo : « ¿ Pues qué dolor te parece que sentí por la aflicción y pena de mi amada y bendita discípula

y carísima hija María Magdalena ? No podrás tú jamás, hija mia, ni alguna otra persona, entenderlo bien por la perfeccion del Maestro que la amaba, y por el amor y bondad de la discípula amada. Solamente podria comprender alguna cosa, quien hubiere experimentado y probado el amor casto y espiritual, así en el amar como en el ser amado; pero no podrá hallarse jamás otro amor que sea semejante á este; porque así como no se halla un tal Maestro, así tampoco se halla una tal discípula, pues no hubo ni habrá jamás otra Magdalena: deja que los demás discurran y digan lo que quisieren en este punto; porque yo te aseguro, que fuera de mi santísima Madre, no hubo jamás persona que sintiese tanto mi pasion y muerte como Magdalena: y así como después de mi bendita Madre fue la mas affligida en mi muerte, así en mi resurreccion fue después de mi dulcísima Madre la primera que mereció ser consolada; y si hubiese habido otra persona

que sintiese mayor dolor que Magdalena sin duda hubiera sido favorecida y consolada con mi aparicion, antes que la misma Magdalena.»

« En el dulce sueño que Juan mi querido discípulo, tuvo el dia de mi última cena sobre mi sagrado pecho, le hice capaz de profundos misterios (*Joan. XIII, 23*), y con la luz interior que le comuniqué, vió mi gloriosa resurreccion, y el fruto amplísimo de las almas que habia de resultar de mi pasion y muerte: y aunque verdaderamente mi amado hijo y discípulo Juan, sintió mayor afliccion y pena de mi pasion y muerte que los demás discípulos míos; no obstante, como sabia ya el abundante y copioso fruto de la redencion, no excedió en el dolor á la enamorada Magdalena, que no era entonces capaz de cosas tan altas y tan profundas como Juan: el cual, aunque hubiese podido, no hubiera jamás impedido mi muerte por la luz y conocimiento que tenia del gran bien que de ella habia de

resultar á todo el linaje humano ; pero no sucedió así á mi amada Magdalena, porque cuando me vió espirar en la cruz, la pareció que le habian faltado el cielo y la tierra , por tener únicamente en mí puesta toda su esperanza , su amor , su paz y todo su consuelo ; y como me amaba sin medida ni regla , así fue su dolor sin regla ni medida. Yo solo conocí , sufrí y sentí cordialmente este dolor en lo mas íntimo de mi alma, y probé por Magdalena todos los afectos y ternuras que pueden probarse y sentirse de un amor casto y espiritual ; porque me amaba entrañablemente. Y para que entiendas mejor esto, sabe que mis discípulos por no estar enteramente desasidos de las cosas del mundo , como esta santa pecadora , volvieron á las redes que habian dejado ; pero ella no volvió á la vida libre y profana antes bien llena de fervor, y abrazada de un santo deseo , habiendo perdido la esperanza de verme vivo , me buscaba animosamente muerto , sabiendo

que ninguna cosa podia deleitarla y agrada-
larla , sino yo únicamente , su amado
Maestro , ó fuese muerto ó vivo ; y en
prueba de esta verdad , considera que por
hallarme muerto dejó la compañía de los
vivos , y aun la presencia de mi dulcísima
Madre que es la mas deseable , la
mas amable y la mas deleitable después
de la mia ; y aun la vision y dulces co-
loquios de los Ángeles le parecieron nada.
Esto mismo , hija mia , has de entender
que sucede á cualquier alma que afectuo-
samente me ama y me desea ; porque en
ningun otro objeto halla descanso y quietud
sino en mí solamente , su amado Dios.
No podrás tú , hija mia , comprender ja-
más cuán grande y excesiva fue la pena
de esta mi querida discípula : y como to-
da redundaba en mi afligido corazon , sen-
tí por esta causa una afliccion y angus-
tia , que excede á todo encarecimiento.
Muchas veces hubiera muerto Magdalena
con la gravedad y fuerza de su intenso
dolor ; mas yo no lo permití , porque qui-

se valerme de ella para que fuese la Apóstola de los Apóstoles, y des-anunciase y evangelizase la verdad de mi resurreccion, como ellos hicieron después en todo el mundo. Fue tambien un puro y dulcísimo espejo, y vivo ejemplo de verdadera conversion y de verdadera penitencia; y quise asimismo que fuese regla y norma segura de la bienaventurada vida contemplativa, habiendo vivido en la soledad por el espacio de treinta y tres años oculta y desconocida al mundo, gustando y sintiendo allí los íntimos afectos y efectos del amor en el grado que en el destierro de la vida mortal se pueden gustar y sentir.»

El quinto dolor mental de Jesucristo fue por sus queridos y amados discípulos y Apóstoles.

«El otro dolor que heria mi alma, era la fija memoria del colegio de los Apóstoles, columnas del cielo, y fundamentos

de mi Iglesia militante ; porque yo conocia que como sencillas ovejuelas sin pastor andarian turbados , dispersos y fugitivos (*Zachar. XIII, 7.—XIV, 27*), y sabia todas las tribulaciones , penas y martirios que habian de padecer y tolerar por mí. No ha habido jamás maestro alguno que tan cordialmente amase á sus discípulos , como yo amaba á mis queridos hijos , hermanos y discípulos , los Apóstoles : y aunque yo amé siempre con amor infinito á todas las criaturas ; con todo eso debes pensar y creer que tuve un amor muy especial y privilegiado á los que traté y comuniqué corporalmente ; y por esta causa sentí y padecí por ellos especial dolor en mi afligida alma ; y aquellas palabras llenas de amargura y tristeza que pronuncié en las mortales agonías del huerto : *tristis est anima mea usque ad mortem : triste está mi alma hasta la muerte* (*Matth. XXVI, 38*) ; no las dije tanto por el rigor del suplicio , que se me prevenia por los hombres , cuanto por el

dolor de dividirme y separarme de mis amados discípulos , dejándolos desamparados , y solos sin mí , que era su padre y fidelísimo maestro. Esta angustia me afligia con tanto exceso , que me parecia otra especie de muerte mas dura y dolorosa esta ausencia y corporal separacion de ellos ; de manera , que quien considerase bien las palabras del último sermón que hice (*Joan. XIII, et sequentibus*), no podria , aunque tuviese el corazón muy duro , dejar de verter copiosas lágrimas ; porque todas aquellas tiernas y lastimosas palabras me salian de lo íntimo del corazón. Después de esto yo veia los tormentos y penas que habian de padecer , y sabia que por ensalzar mi nombre , uno habia de ser crucificado , otro desollado , otro degollado , y que todos finalmente habian de acabar su vida por mi amor con varios martirios. Tú misma, hija mia , puedes en parte conocer en tí, cuán grave y dolorosa me fuese esta pena, considerando cuánta afliccion sentirias si

una persona á quien amases cordialmente , y deseases todo bien y consuelo , fuese por tu causa injuriada y ofendida con palabras y obras. Pues como yo , hija mia , fuí causa de todos los ultrajes , persecuciones y trabajos de mis Apóstoles y discípulos , no pudo dejar de ser muy grave mi dolor , y no hay términos ni símiles adecuados para declararlo. Y baste esto si me quieres tener compasion. »

El sexto dolor mental de Jesús fue por la ingratitude de su amado discípulo el traidor Judas.

« Otro interno dolor me afligia , y como cuchillo de tres venenosas y agudísimas puntas continuamente heria y traspasaba mi corazon. Este cuchillo de tres puntas , fue la impiedad , ingratitude y alevosía de mi amado discípulo Judas ; la dureza , ingratitude y perversidad de mi escogido y amado pueblo Judáico ; y la ceguedad , ingratitude y malignidad de to-

das las criaturas que fueron, son y serán jamás. En cuanto á Judas piensa ahora un poco, hija mia, en su ingratitud. Yo le admití en el número de los Apóstoles, le perdoné todos sus pecados, le comuniqué la virtud de obrar milagros, le hice dispensador de todo lo que se me habia dado, y siempre le dí señales y pruebas de mi singular amor, para removerlo de la inquietud y traicion que disponia y fraguaba contra mí. Pero cuanto mayores eran las demostraciones de mi amor y ternura, tanto mayor era la dureza y perfidia de su corazon. ¿Con cuánta amargura crees, hija mia, que yo revolveria en mi afligido espíritu estas cosas, y otras muchas que ahora no te digo? Pero cuando llegué á aquel acto lastimoso y humilde de lavarle los piés, y los de los otros Apóstoles, entonces se me liquidaba el corazon en tiernísimo llanto, y mis ojos eran fuentes de vivas lágrimas que caian sobre sus inmundos y abominables piés. Yo decia en mi corazon: ¡O Judas! ¿qué

te he hecho yo que tan alevosa y desleal traicion fraguas contra mí? ¡O desventurado discípulo! ¿No era esta la mayor prueba que yo podia darte de la fineza de mi amor? ¡O hijo de perdicion! ¿por qué motivo te divides y apartas así de tu padre y maestro? ¡O discípulo ingrato! Yo con tanto amor te beso los piés; ¿y tú con tanta perfidia me has de besar la boca? ¡O qué ingrata correspondencia! Lloro tu perdicion, querido y amado hijo, y no mi pasion y muerte: porque no vine al mundo sino para padecer y morir por las almas que yo tanto amo. Estas y otras semejantes palabras le decia yo con el corazon, bañado y regando sus piés con mis abundantísimas lágrimas. Pero este infeliz discípulo no lo advertia; porque yo estaba postrado á sus piés, con la cabeza inclinada, y con mis cabellos tenia cubierto mi lagrimoso rostro. »

« Este triste y amargo llanto que procedia de la ternura de mi amor, fue semejante al de un padre que tiene un hijo

único y solo , á quien estando para morir , le hace algun bien , y después dentro de su corazon le dice : vete con Dios, hijo , que este es el último bien que yo te haré jamás. Esto mismo me sucedió á mí con Judas cuando le lavé los piés, y con tanta ternura llegué á mi sacratísimo rostro. Viendo estas cosas los afligidos Apóstoles , decian interiormente : ¡ O Jesús ! nuestro muy amado maestro, tú nos dejas un perfectísimo ejemplo de profundísima humildad y entrañable amor: pero míseros de nosotros , ¿ qué harémos sin tí, que eres todo nuestro bien ? ¿ Qué hará tu afligida y lastimada Madre, cuando le contemos un acto tan heróico de tu humildad , como el de haber lavado nuestros inmundos y vilísimos piés llenos de polvo y lodo, y besándolos con tu dulcísima boca ? ¡ O Señor Dios nuestro ! Semejantes demostraciones de tu amor son para nosotros señales indubitables y ciertas de mayor dolor y pena. »

« Todo esto , hija mia , te he dicho

por darte alguna noticia del cordial dolor que sufrí por la impiedad é ingratitud del traidor Judas : pues cuanto mas le quise y mayores pruebas le dí de mi amor , tanto mas me atormentó , angustió y afligió su maligna ingratitud ».

El séptimo dolor mental de Cristo fue por la ingratitud del pueblo Judáico.

« ¡O cuánto afligió y penetró mi corazón el ingrato y obstinado pueblo Judáico con la saeta de su ingratitud , y endurecida obstinacion ! Piensa un poco, hija mia , cuán ingrato fue á mis beneficios. Hícele pueblo santo y sacerdotal (*Exod. VI y XIX*) : escogíle en parte y herencia mia sobre todos los demás pueblos de la tierra : libréle de las manos de Faraon , y de la servidumbre de Egipto : condújele á piés enjutos por el mar Bermejo : fuíle nube y columna de dia con la sombra , y de noche con la luz (*Ibid. XIII y XIV*) ; sustentéle de celestial maná

cuarenta años : díle de mi propia boca la ley en el monte Sinaí, y repetidas victorias contra sus enemigos (*Josué* xii.—*Ps.* cxxxiv et cxxxv), en suma, hija mia, de los judíos tomé carne humana ; y todo el tiempo que viví en la tierra conversé con ellos (*Hebr.* ii.—*Baruch* iii): mostréles el camino del cielo: híceles en aquel tiempo infinitos beneficios y gracias: dí vista á sus ciegos, oído á sus sordos, libre movimiento á sus cojos, vida á sus difuntos, y en fin obré entre ellos infinitos y estupendos milagros (*Matth.* xi). Cuando entendí, pues, entre las demás cosas, que levantando la voz gritaba este ingrato pueblo con furor y rabia que fuese suelto y libre Barrabás, siendo hombre perverso y sedicioso, y que yo, Señor del cielo y de la tierra, fuese crucificado (*Matth.* xxvii); me pareció que mi afligido corazón se me dividía dentro del pecho de dolor y pena. Y esto, hija mia, no sabe bien, sino solamente quien prueba y experimenta cuán grave pena sea el

recibir toda suerte de males del mismo á quien se ha hecho toda suerte de bienes, y cuán dura cosa sea á un inocente oír gritar á todo un pueblo : *muera, muera, sea crucificado*; y que un delincuente que está en peligro de ser sentenciado al mismo suplicio , y que claramente se sabe que es digno de mil muertes por sus maldades , sea por la voz concorde del mismo pueblo aclamado por libre. Estas cosas , hija mia , son mas para considerarse profundamente , que para explicarse con palabras. »

El octavo dolor mental de Jesús fue por la ingratitud de todas las criaturas.

Esta misma alma estando iluminada de Cristo, sol de justicia , me dijo finalmente , que dando gracias al Señor por sí y por todas las criaturas , sentía tanta humildad en el corazón , que sinceramente confesaba á Dios y á toda la corte celestial; que había ella sola recibido de

su divina Majestad mas dones y beneficios que Judas , y que todo su amado pueblo ; y que con mas alevosa y desleal ingratitud que Judas habia conspirado contra su Majestad , y que con mayor perfidia y crueldad le habia crucificado que aquel ingrato pueblo ; y con esta santa consideracion humillaba su alma , y la ponía debajo de los piés de los condenados y del maldito Judas , y desde aquel abismo enviaba voces , gritos y lamentos á su amado y ofendido Dios , diciéndole: benignísimo Señor mio , ¿ cómo puedo yo darte gracias de que me sufras , siendo mis maldades mil veces mayores que las de Judas ? Tú le hiciste tu discípulo , y á mí tambien me has hecho tu discípulo: perdonástele sus pecados , y yo tambien confio de tu piedad y misericordia me perdonarás los míos : dístele á él la dispensacion de las cosas temporales ; y á mí , ingrata , me has dispensado tantos dones y gracias de tesoros espirituales : á él le diste virtud para obrar milagros ; y

á mí me los has hecho obrar mayores, conduciéndome voluntariamente al lugar y hábito religioso en que me hallo. ¡O Jesús mio ! Yo te he vendido con alevosa perfidia , no una sola vez como este infeliz discípulo , sino infinitas. ¡O Dios mio ! Bien sabeis que ha sido mas alevosa mi perfidia que la de Judas , cuando con pretexto y especie de virtud os he dejado , y me he entregado á las prisiones de la muerte ; y si tanto te afligió la ingratitud de tu escogido pueblo : ¿ cuánto te habrá afligido la mia , pues ha sido mayor y mas execrable , habiendo recibido de tí , verdadero bien mio , mayores beneficios y gracias ? ¡O Señor mio dulcísimo ! Yo te alabo y bendigo de todo mi corazon porque me has sacado del Egipto del mundo , del cautiverio de los pecados , y de las manos del cruel Faraon : digo , del demonio infernal , que dominaba á su arbitrio mi pobre alma ; y me has llevado , Dios mio , por medio de las aguas del mar de la vanidad munda-

na con los piés enjutos á la soledad del desierto de la santa Religion , donde infinitas veces me has alimentado de tu dulcísimo y sabroso maná , el cual me ha sabido á todo género de gustos ; de modo , que todos los placeres y deleites del mundo , me han sido amargos y desabridos en comparacion del menor consuelo tuyo. Agradézcode , Señor y Padre mio benignísimo , que me hayas dado la ley, no una sino muchas veces con tu dulcísima y santísima boca en el monte Sinaí de la santa oracion , escrita con el dedo de tu piedad en tablas de piedra de mi duro y rebelde corazon (*Exod. xxxi.—Deut. ix.— Véase en el dolor 7.º*). Te agradezco, Redentor mio benignísimo, la ayuda que me has dado contra todos mis enemigos y vicios capitales ; y conozco que todas las veces que he vencido en mis combates , tuya ha sido la victoria ; y si he quedado vencida , ha sido únicamente por mi malignidad y por el poco amor que te tengo. Tú , ó Señor , has nacido

por gracia en mi alma , y me has mostrado el camino y la luz de la verdad para ir á tí , verdadero Paraíso , entre las tinieblas y obscuridades del mundo. A tu misericordia debo el ver , el oír , el hablar y el caminar , porque verdaderamente yo estaba ciega , sorda , muda y coja para todas las cosas espirituales ; y me has resucitado en tí , verdadera vida , que das vida á todos los vivientes. Mas , ¡ ó Dios mio y Redentor mio ! ¿ quién te ha atado á la columna y azotado ? yo ¿ Quién te ha crucificado ? yo. ¿ Quién te ha dado hiel y vinagre para apagar tu sed ? yo. Y pasando así por todos estos penosos discursos con copiosas lágrimas y suspiros , segun la gracia que el Señor la daba , concluyó diciendo : Señor mio , ¿ sabes por qué te digo que he hecho contra tí todas estas cosas ? Porque he hallado la luz y conocimiento en tu luz (*Psalm. xxxv*) ; y así sé muy bien que mucho mas te afligieron los pecados mortales que cometí , que los verdugos que entonces ator-

mentaron tu sacratísimo cuerpo con tanto rigor y crueldad ; y no es necesario que me digas mas del grandísimo dolor que te causó la ingratitud de todas las criaturas : que después que me has dado la gracia de conocer á lo menos en alguna pequeña parte mi grande ingratitud , considero por tu especial inspiracion y gracia todo lo que han hecho y obrado contra tí todas las criaturas ; y con esta consideracion me falta el espíritu , y me admiro, Jesús mio , de tanta caridad y paciencia como has mostrado con nosotras , vilísimas criaturas tuyas : pues no dejas , ni cesas jamás por esto de socorrernos en todas nuestras necesidades espirituales y corporales. Y así como , Dios mio , no pueden saberse las cosas innumerables que has criado en el cielo , en la tierra y en todos los demás elementos para nosotros , tus indignísimas criaturas , así no se puede saber ni comprender nuestra indecible ingratitud ; y tambien confieso, Señor mio , y creo , que solo tú mismo

sabes y puedes saber cuál y cuán grande fue aquella amarguísima saeta que te penetró el corazón por la ingratitud de tantas criaturas, cuantas fueron, son y serán jamás; cuya verdad conozco y confieso por mí y por todas las criaturas: que como no pasa mes, ni día, ni hora, ni momento, sin que participemos de tus beneficios y gracias, así no pasa instante de tiempo sin infinitas ingratitudes nuestras; y esto creo, conozco y confieso que fue uno de los mas crueles dolores y penas de tu afligida alma santísima.



TRATADO IV.

DEL MODO DE CONSOLAR Y AYUDAR Á LOS ENFERMOS
Á BIEN MORIR,

Infirmus eram, et visitastis me (Matth. xxv, 36).

CAPÍTULO I.

*Cuán grande sea la obra de ayudar á los
enfermos.*

Clara cosa es que la salud verdadera del hombre no está en la vida, sino en la muerte; porque donde cayere el árbol, allí tendrá siempre su morada (*Eccles. xi*); de que se infiere, que el ayudar á bien morir á los enfermos es obra de no pequeña caridad, y mayor de lo que muchos se imaginan: porque si se considera el hombre que se ha de salvar lo hallamos de inestimable valor, habiendo sido criado á imágen y semejanza de la Tri-

idad altísima : después de esto , si se vuelve el pensamiento á las obras que el Hijo de Dios ha hecho por salvarle : ¿quién podrá jamás comprender la estimacion y grandeza de la salud humana ? Y finalmente , si se considera el fin principal de ella , que es la gloria de Dios , queda de todos modos inefable en su grandeza.

CAPÍTULO XI.

De las consideraciones que debemos hacer cuando nos llaman á ayudar á los enfermos.

Para excitarnos mejor á la caridad cuando nos llaman á ayudar á los enfermos , demás de las consideraciones sobredichas , debemos de premeditar las cosas siguientes : la primera , que no nos llaman estas ó aquellas personas , sino Dios , que nos da por ejemplo á su Hijo santísimo , al cual envió desde el cielo á la tierra para redimir y salvar al mundo :

donde, considerarás cuán infatigable se mostró siempre por nuestro bien, sin que el frío, el calor, el hambre, la sed, ni pena alguna, ni aun la ignominia de la cruz detuviese el curso de su fineza. Así pues, si no quieres contristar á tu Señor, está advertido para no rehusar este piadoso y caritativo oficio por motivo alguno, no por cansancio, no por alguna comodidad propia, no por alguna mortificacion ó pena que se padece en los aposentos ó estancias de los enfermos, y últimamente considera aquella sentencia del Señor: *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis: Con la misma medida con que midiéreis, seréis medidos* (Marc. iv, 24).

CAPÍTULO III.

De los medios principales de que necesitamos para ayudar á los enfermos.

Para ejercitar bien esta santa obra de ayudar á los que están para morir, necesitamos de cinco cosas: de la buena vida, de la desconfianza de nosotros mismos, de la confianza en Dios, de la oración, y de saber el arte y modo de ayudarlos. Pero habiendo discurrido ya de las cuatro primeras en el Combate espiritual, trataré solamente en este lugar con el auxilio divino de la quinta, con toda la brevedad posible.

CAPÍTULO IV.

De los estados diferentes en que pueden hallarse los enfermos.

Cinco me parece que son los estados en que suelen hallarse los enfermos: el primero, de los que por caídas, heridas, ú otros varios accidentes están para morir en breve espacio de tiempo: el segundo, de los que tienen mas largo; pero no quieren conformarse con la voluntad divina: el tercero, de los que están conformes y pueden ejercitar las potencias del alma en actos de virtudes: el cuarto, de los que, ó ya no sienten, ó no pueden sino con suma dificultad hacer algun acto de virtud; y en el quinto estado pondrémos los que habiendo salido del peligro empiezan á mejorar y restablecerse.

CAPÍTULO V.

Del modo de ayudar á los del primer estado.

El modo de ayudar á los que están luchando y combatiendo con la muerte, es que si considerada la gravedad del accidente, reconocemos que les permitirá media hora de vida, la estimemos apenas medio cuarto; y empezaremos á ayudarles con las cosas mas principales y necesarias á la salud eterna: pues si se alargare la vida, se podrá después acudir á las demás urgencias. Por ejemplo: si hallamos uno que está en el punto de espirar, el socorro que se le dará será el decirle: Hijo mio, duélete de haber ofendido tantas veces y de tantos modos á un Dios que con amor indecible te ha criado á su semejanza, y siendo tú esclavo de la culpa, te ha redimido con la sangre y con la muerte de su propio Hijo; pídele

con confianza en nombre y en virtud de la preciosa sangre que por tí ha derramado , perdon de tus pecados ; y si alguno te ha ofendido , perdónale de todo corazón , y dí : *Jesu Salvator mundi , miserere mei : Jesu dulcissime , sis mihi Jesus : Jesu Pastor bone , suscipe spiritum meum . Sancta Maria , succurre mihi misero peccatori . Sancti Dei omnes intercedere dignemini pro mea salute . Jesús mio , Salvador del mundo , tened misericordia de mí : dulcísimo Jesús , sed para mí Jesús y salud de mi alma : Jesús , Pastor bueno y amable , recibid en vuestras manos mi espíritu . María santísima , socorred á este miserable pecador . Santos y cortesanos del cielo , rogad por la salud de mi alma á la divina Majestad ; y si tuviere mas tiempo de vida , se le dirá que confiese sus pecados en esta forma : Me pesa de haber pecado en tal y en tal cosa muchas y repetidas veces , procurando acabar cuanto antes ; porque si después el mal diere treguas , se le preguntarán aquellas particularida-*

des y circunstancias que son mas necesarias: y procediendo de este modo y con esta prudencia no morirá el enfermo sin ayuda suficiente para salvarse.

CAPÍTULO VI.

Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado, que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse, y rehusan conformarse con la voluntad divina.

Como el socorro de los enfermos de este segundo estado consiste en disponerlos para que reciban dignamente los Sacramentos, para que tomen horror á esta miserable vida, y se desprendan del amor de las cosas terrenas; y asimismo para fortalecerlos contra las tentaciones del demonio, que procura no se conformen con la voluntad de Dios, ni abracen el duro golpe de la muerte con los falaces pretextos de la mocedad, de las dignidades,

de la obligación á los hijos , del temor de sus pecados y del tremendo juicio divino , por no haber hecho penitencia de ellos , ni atendido á tiempo al bien de sus almas : por tanto se tratará de todas estas cosas en los capítulos siguientes ; como tambien de las causas porque en la enfermedad se procura diferir la confesion, y de dos medios para persuadir á los enfermos de cualquier estado que abracen sin dificultad la muerte.

CAPÍTULO VII.

Del primer retrato de las miserias de esta vida , delineado en auxilio de los enfermos del segundo estado.

Siendo llamados á ayudar á los enfermos del segundo estado , se debe antes de entrar en el aposento del enfermo preguntar con buen modo á su familia las costumbres y calidades de su persona y de su vida , si no lo conocemos, porque

con esta luz y noticia se abrirá el camino de ayudarle y de inclinarle á la virtud; y entrando después en el aposento, diremos: *Pax huic domui: La paz de Dios sea en esta casa* (Luc. x, 5); y preguntaremos al enfermo la calidad de su mal, y cómo se halla, mostrándole siempre en las palabras y en el semblante afecto de amor y compasion, y deseo de todo su bien. Quedando después un poco como pensativo, diremos la sentencia siguiente con aquella voz y modo que mas conviniere á su enfermedad: *Occupatio magna creata est omnibus hominibus, et jugum grave super filios. Adam à die exitus de ventre matris eorum, usque in diem sepulturæ, in matrem omnium: Verdadamente, que todos los hombres están sujetos á un grande trabajo, y que todos los hijos de Adan tienen sobre sí un pesado yugo desde el dia en que salen del vientre de su madre, hasta el dia de la sepultura en que vuelven á la tierra, madre comun de todos* (Eccli. xl, 1). Esta

sentencia y estas palabras son, hijo mio, el verdadero y natural retrato de la vida miserable del hombre, la experiencia de todos lo confirma, y lo que mas que todo lo autoriza es ser un retrato hecho por el Espíritu Santo, que no puede mentir ni engañar á alguno. Mirémosle, pues, todos, y volvamos á mirarle frecuentemente, porque son maravillosos sus frutos; estos son el desprecio de nuestra vida mortal, y el deseo de la celestial, que es eterna, y no está sujeta á miseria alguna. No le pareció bastante decir solamente: *occupatio et jugum, trabajo y yugo*; y así expresó tambien *magna et grave, grande y pesado*; ni se contentó con la palabra *hominibus, á los hombres*, sino que añadió *omnibus, á todos*; y finalmente después de haber dicho *à die exitus de ventris matris eorum, desde el dia en que salen del vientre de su madre*; añadió *usque in diem sepulturæ in matrem omnium, hasta el dia de la sepultura, en que vuelven á la tierra, madre*

comun de todos. ¿No te parece, hijo mio, que podemos llamar feliz al que mas se avecina á la muerte, ó por decirlo con mas propiedad, á la otra vida? Pues este se halla mas próximo á salir de las miserias de este destierro, que suelen ser de ordinario las enfermedades, y que podemos considerar mas venturosos á los muertos, como dijo el Sabio: *Melior est dies mortis die nativitatis: Mejor es el dia de la muerte del hombre, que el de su nacimiento* (Eccli. VII).

CAPÍTULO VIII.

Del segundo retrato de la vida miserable del hombre.

En otro lugar de los muchos que hay, nos pone á la vista la Escritura el retrato de nuestra vida miserable, diciendo: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis: Nace el hombre de mujer, vive poco tiempo, y ése*

poco tiempo que vive está lleno de miserias (Job. XIV, 1). ¡O vida del hombre, no solo miserable, sino miserabilísima! Si estás llena de tantas miserias, ¿cómo puede caber en tí el mas leve placer, que sea verdadero y no fingido? ¡O infelicísima vida, no solamente llena de una suerte de miserias, sino de infinitas una peor que otra, siendo el término de una principio de otra, y aun de otras muchas! En estas miserias pensaba aquel gran filósofo (*Eráclito efesio*) que cada vez que veia un hombre, lloraba amarguísimamente (*Marc. Ant. Coccio Sabellico, l. 5 exemplor., cap. 2. — Vide Beyerlinch. in Theatr. verb.: Commiseratio et Misericordia*), pareciéndole que veia un bello vaso, pero muy frágil, y sujeto á innumerables accidentes. Esto mismo consideraba aquel pueblo que recibia al recién nacido con llantos, y celebraba su muerte con regocijos. Bocado amargo es la representacion de los dos retratos referidos; pero para quien tiene sano el pala-

dar y el entendimiento, es dulce lo que se sigue: *Brevi vivens tempore... quasi flos egreditur et conteritur, et fugit velut umbra: Vive (el hombre) poco tiempo... nace como la flor, luego se marchita y desvanece como la sombra* (Job. *ibid*). Lo que tiene de bueno este rápido curso de nuestra vida es lo breve de ella; porque considerando el cristiano cuán presto ha de pasar de las miserias de este mundo á la bienaventuranza del cielo, á la fruicion y gozo de su Señor (*Matth. xxv*) no puede dejar de regocijarse, y de tolerar con ánimo paciente cualquiera miseria y tribulacion por pena de su pecado, y por agradar á Dios. Tan dulce es la consideracion de la brevedad de nuestra vida, que no solo á los fieles, sino á los infieles mismos ha sido apetecible la muerte, y tanto, que ha habido muchos que por llegar á ella mas pronto se la han tomado con sus propias manos. Escribe Valerio Máximo (*lib. 8, cap. 9*) de un filósofo (*Hegesias Cyrenáico*) que referia y representaba con

tal viveza las miserias de esta vida, que inspiraba en muchos el deseo de darse la muerte, y fue preciso que el rey Ptolomeo le prohibiese el discurrir y hablar de semejante materia. Pues si estos paganos que no tenían luz codiciaban la muerte por huir solamente de las calamidades de esta vida, nosotros que por la gracia de Dios somos cristianos, y creemos llena la otra, no de miserias, sino de tales felicidades, que ni los ojos jamás han visto, ni los oídos escuchado (*Isai. LXIV, 4*), ¿seremos tan insensatos, y estaremos tan ciegos con nuestras pasiones y vicios, que no deseemos hacer este dichoso tránsito de las miserias de la tierra á las felicidades del cielo, que no tendrán jamás fin, y escucharémos con repugnancia la voz de nuestro divino Pastor, que sacándonos de esta tierra llena de lobos voraces, nos llama á su aprisco (*Joan. x, 16*)?

CAPÍTULO IX.

Del tercer retrato de la vida humana.

Ya has mirado y considerado en los dos retratos antecedentes las miserias de la vida humana: vuelve ahora los ojos del entendimiento á este tercer retrato de donde han tenido su origen los dos primeros. Míralo y obsérvalo cuanto quisieres, que siempre lo encontrarás amargo: *Mulieri quoque dixit: multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos, in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui. Adæ vero dixit: Quia audisti vocem uxoris tuæ, et comedisti de ligno, ex quo præceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo, in doloribus commedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. Spinās, et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terræ. In sudore vultus tui vesceris pane, donec, reverteris in terram, de qua sumptus es; quia pulvis es, et in pul-*

verem reverteris: Multiplicaré tus aflicciones y trabajos, dijo Dios á Eva, y los partos de tu vientre: parirás con dolor tus hijos, estarás sujeta al varon, y debajo de su poder y dominio. Y después dijo á Adan: Porque diste oidos á tu mujer contra lo que se habia mandado, y comiste del fruto del árbol vedado, y de que te mandé no comieses, será maldita la tierra, no correspondiendo á su cultivo, ni á tu trabajo; te alimentarás de ella á fuerza de la fatiga de tu cuerpo y de la labor de tus manos todos los dias de tu vida: sus frutos serán espinas y abrojos, y comerás de las yerbas que produjere, y del pan que solicitaras con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado; porque polvo eres, y te convertirás en polvo. No crea alguno que sea solamente de los pobres este retrato, porque es universal y comprende indistintamente á todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, príncipes, reyes, emperadores y papas; y estos úl-

timos están sujetos á padecer mayores aflicciones, afanes y agonías en sus ánimos que padecen los pobres en sus ánimos y en sus cuerpos. Sea el último retrato la forma de nuestro cuerpo : pues siendo su forma de cruz, nos declara bien que es la vida humana una cruz continua: quien está en cruz es preciso que viva crucificado : y así el alma en la prision y cárcel de este cuerpo mortal, ha de padecer tormentos quiera ó no quiera.

De lo que se ha dicho hasta ahora, se ve claramente ser la vida del hombre miserable y miserabilísima, y que no hay industria ó arte alguna que pueda hacer que no sea miserable. La muerte sola es la que si se abraza con voluntad y gusto cuando Dios la envia, nos libra y saca de cualquier miseria; y á los que dicen haber encontrado agradable y deliciosa esta vida, y que por esto les parece cosa muy dura el dejarla, se les puede responder, que les sucede puntualmente lo que á los enfermos, que por tener vicia-

do el paladar juzgan y perciben lo amargo por dulce, los alimentos buenos por malos, y los malos por buenos; y así para hacerlos capaces de la verdad se les puede decir:

Lo primero, que si no tuviesen oscurecido el entendimiento con la vida habituada en el mal, y sujeta á tantas pasiones, no hablarían de esta suerte; y si tuviesen discrecion para considerar y poner de una parte los afanes y las fatigas que han padecido por gustar un falso y breve deleite, y de otra parte este momentáneo deleite, no serían de este dictámen: que pregunten á aquellas almas iluminadas de Dios que tanto aborrecían las cosas presentes, y suspiraban por las eternas de la otra vida; ¿por qué san Pablo deseaba morir y estar con Cristo (*Philip. 1, 23*), y el rey David se tenía como por ofendido, y se lamentaba de que se le alargase tanto el destierro de esta presente vida (*Psalms. CXIX*); sino porque conocían bien la poca ó ninguna

estimacion que merece ; y que es mas digna de ser vilipendiada y despreciada, que amada y apetecida, por estar llena de tantas aflicciones ? Y así toda razon persuade , que rindan su entendimiento al de tantos filósofos y tantos escritores de alto ingenio , que concordemente declaran y manifiestan que la vida humana está toda llena de afanes y miserias.

Lo segundo , que si queremos oír lo que todos dicen , tanto pobres como ricos, hallarémos que todos llaman infeliz y mísera nuestra vida.

Lo tercero , que si están tan ciegos y obstinados que no quieran dar crédito al parecer de los demás hombres, habrán de sujetarse forzosamente al Espíritu Santo , el cual dice , que la vida del hombre está llena de miserias (*Job. xiv , 1*) ; y yo no sé como sea posible , que una cosa que esté llena de miserias pueda ser deliciosa y agradable.

Lo cuarto , pregunto á aquellos , en cuyo ciego parecer y falso juicio es deli-

ciosa la vida humana, que me digan, ¿si entre los placeres que han hallado en la suya, se ha mezclado alguna vez alguna amargura? Porque si esto les ha sucedido, ¿cómo pueden llamarla deliciosa, siendo tal la propiedad de lo amargo, que todo lo desazona y convierte en amargo, y siendo asimismo de tal condicion el corazon humano que la dulzura pasada no solo no le da mas gusto, sino que lo llena de mayor amargura con su memoria? ¿De qué sirve al convidado haber satisfecho su apetito con los manjares de dos ó tres platos, si los últimos le llenan de amargura y veneno el corazon? Pero supongamos que esta errada opinion sea verdadera y cierta, y que esté llena de gustos y delicias la vida humana sin la menor mezcla de amargura ó desabrimiento; ¿dejará por esto de ser breve, y de acabarse luego? ¿Se podrá negar, que no es amarguísimo su fin sobre todas las dulzuras, gustos y contentos pasados? Pero aunque fuese muy larga, y sin fin,

por decirlo así : ¿ cuál es mas larga , esta temporal del mundo , ó la eterna del cielo ? ¿Cuál es mas alta y mejor ? Aquí se goza de las criaturas ; allá del Criador con inefable gusto y contento : aquí se trata con hombres interesados , perversos y sin fe ; en el cielo se goza de la compañía de tantas almas santas y espíritus angélicos , que se aman con ardiente y recíproca caridad ; y sobre todo , se goza indeciblemente de la increada hermosura de Dios : de manera , que aun segun su ciego parecer y falso juicio , no debe el hombre rehusar el morir cuando Dios lo llama á la otra vida , pues pasa á un estado sin alguna comparacion mas feliz y mas alto . ¿ Y cómo podrá llamarse hombre de sano-judicio el que deseando una cosa , se lamenta y no apetece la mejor , pudiendo con menos costa lograrla luego ? ¿ Qué es mas difícil al hombre , dejar esta presente vida contra su voluntad , ó dejarla con su voluntad y gusto ? ¿ Dejarla para ir al instante á la muerte eterna ,

ó dejarla para ir á la verdadera vida, bienaventurada y eterna?

CAPÍTULO X.

Cómo se ha de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud.

Otros son tentados porque les parece que la muerte los alcanza muy presto, por hallarse aun en la edad florida de la juventud. A estos se dirá: si tú, hijo mio, supieses bien considerar la brevedad de nuestra vida, verias claramente que de ningun modo la conviene esta voz *presto ó tarde*. ¿Qué otra cosa es esta vida que un breve relámpago? ¿Una sombra que va siempre huyendo de tí? ¿Un viento que velozmente pasa? ¿Aun no has advertido que las cosas de este mundo engañoso se acaban en el mismo punto que se gozan? ¿Y que cuánto mas se vive, mas se muere? *Præcisa est*, decia el rey Ezequías, *velut à texente vita mea*;

dum adhuc ordiret, succidit me: de mane usque ad vesperam finies me. Cortaste, Señor, el hilo de mi vida con la facilidad que se corta la hebra en el telar cuando se teje la tela. (Isaiæ. xxxviii). Breve es esta vida, y esta brevedad es siempre incierta; porque no se sabe si nuestro Señor en cuyas manos está la vida y la muerte de todos vendrá serò, an media nocte, an galli cantu, an mane: Si de dia, si de noche, si por la mañana, ó por la tarde (Marc. xiii, 35). ¡Ó vida no solamente dudosa y ciega, sino vivo afan! Conocerás claramente esta brevedad de la vida si reduces á tu memoria alguna de las acciones que hiciste cinco ó seis años á esta parte, y otra de las que ejecutaste diez ó doce: porque apenas conocerás distancia de tiempo entre una y otra; y ten por cierto, que aunque hubieses vivido desde el tiempo de Adan hasta el dia presente, siempre te parecería que morias presto. Esto procede de que tienes la voluntad asida al amor de las criaturas; pues si

tuvieses purgado el afecto, dirías con el Profeta : *Hei mihi, quia incolatus meus prolongatus est* : ¡Ay de mí, que se me dilata mucho el destierro de la patria celestial ! (Ps. cxix). Últimamente si queremos comparar esta momentánea vida con la eternidad de la otra, ¿no la reputaríamos por un instante ? Pero supon-gamos como posible que á medida de nuestro deseo se nos concediese una larga vida : ¿esto es digno de desearse en un valle de miserias ? ¿Qué cosa es vivir largamente, sino estar largamente lleno de aflicciones ? Todos somos peregrinos (I *Petr.* II, 11), y andamos por caminos llenos de lazos (*Psalm.* LVI, 7), de enemigos, de errores, de afanes, de ocasiones de pecados ; ¿y tú te dueles de haber llegado al término de tu peregrinacion, y al fin de las fatigas y peligros de esta vida ? ¡O vida miserable y engañosa, á cuántos con tu largo espacio has infundido sueño y descuido, y has hecho quebrar la nave de la vida rica de

virtudes y perfecciones espirituales en el escollo de una ruina eterna ! Quien nace , muere : si has de morir , ¿ por qué apeteces tanto la tardanza de la muerte , sufriendo el molesto y congojoso pensamiento de que has de morir un dia ? Muy necio seria el que estando condenado á muerte con otros muchos rogase al juez por ser el último en quien se ejecutase la sentencia. ¿ Por qué decimos á Dios todos los dias *fiat voluntas tua* ? (Matth. vi, 10) : *Hágase tu voluntad* si después somos rebeldes á tus preceptos ? ¿ O porque decimos : *Adveniat regnum tuum* ? ¿ *Vénganos vuestro reino* , si tanto nos agrada la intolerable esclavitud de esta vida ? Grande es tu obligacion , hijo mio , de dar gracias á Dios , porque se digna de llamarte luego á su reino , y á gozar de su vista y presencia ; dáselas , pues , conformándote con su voluntad , porque de otro modo tendrás un perpetuo arrepentimiento sin ningun fruto.

CAPÍTULO XI.

De la ayuda de aquellos que por hallarse constituidos en dignidades no quieren morir.

Son fuertemente tentadas las personas que se hallan constituidas en alto grado de dignidad, cuando se acercan á la muerte, porque rehusan el morir. A estas personas se puede decir, que las dignidades de este mundo son mas dignas de nuestro menosprecio, que de nuestra estimacion; siendo cierto que las mas altas se hallan amenazadas de mayores peligros; y que los que las gozan, semejantes á los que se hallan en la cima de un alto edificio, están expuestos al precipicio y á la violencia de los rayos, y sujetos al frio de las cosas celestiales y de las virtudes verdaderas, y al calor del amor de las vanidades del mundo y de los vicios. Demás de esto, exceptuando algunos gran-

des varones que las han huido ó gozado sin algun apego ; yo no he leído ni oído jamás que los honores y dignidades traigan consigo el descanso para esta vida, ó la salud para la otra : porque no son sino materia de inquietudes y agitaciones interiores , y ocasion de una condenacion eterna. Los afanes que las dignidades causan al corazon por los peligros grandes á que están sujetas, lo conocieron bien muchos gentiles que huyeron de las coronas, sin que los cegase su resplandor , como lo refieren las historias : dejó de nombrar innumerables reyes y emperadores cristianos , príncipes y princesas , que pisando con menosprecio heróico el fausto de las diademas , abrazaron la vida monástica. Acuérdate tú mismo de los disgustos y afanes que has tenido en tu dignidad , por no haber logrado en ella todas aquellas condiciones y calidades que se proporcionaban con tu gusto , y de los deseos impacientes de subir á otras más elevadas ; y de las noches en que te ha-

brá robado el sueño este ansioso cuidado. ¡Ó ciego mundo, qué vano eres y engañoso! Después de esto, hijo mio, cuán amarga te será la memoria de la muerte, sabiendo ya, que, ó quieras ó no quieras, te ha de quitar las dignidades con la vida. Pero si tanto te enamoran y agradan las dignidades, desprecia de todo corazón las terrenas por agradar á Dios, que su divina bondad te dará sin duda en el cielo tal dignidad, que excederá infinitamente á cualquiera otra del mundo. No seas tan imprudente que quieras perder la una y la otra, y el alma y el cuerpo; lo cual sucedería si murieses (lo que Dios no permita) sin desnudarte del amor y afecto de las cosas mundanas, y sin conformarte con la voluntad del Señor.

CAPÍTULO XII.

Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos.

Hay algunos que dicen que morirían gustosos, pero que por tener hijos que necesitan de su gobierno y direccion, no pueden conformarse con la voluntad divina. Preguntemos á estos, ¿qué cosa les importa mas, que mueran en gracia de Dios, ó que sus hijos tengan alguna felicidad en este mundo? Pues si su salud eterna les es mas importante sin comparacion que todos los bienes temporales de sus hijos, ¿no seria locura no desnudarse de aquellos afectos que se la impiden? *Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te: abscide eum, et projice, abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum; et si oculus tuus scandalizat*

te, erue eum, et projice abs te : bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis : Si alguna mano (dice el Señor) ó algun pié, ó algun otro miembro te sirviere de tropiezo ó escándalo, sepáralo de tí; que mejor te está lograr tu salvacion con la falta de algun miembro, que sin esta falta perderte por una eternidad. (Matth. XVIII, 8 y 9).

Preguntémosles tambien, ¿quién es mas padre de estos hijos, Dios ó vosotros? ¿Quién los ama mas, vosotros ó Dios? ¿Quién puede mas ayudarlos, Dios ó vosotros? Vosotros solamente sois sus padres en órden á la carne y al pecado: pero Dios lo es por las misericordias que les ha dispensado, formándoles por pura piedad suya el cuerpo, y criándoles el alma; y si su divina Majestad por su inefable caridad ha enviado su Hijo al mundo para redimirlo y salvarlo (*Ephes. II, 4-y 5*), y particularmente por la salud de vuestros hijos, ¿cómo ha de ser

capaz de abandonarlos, y de no socorrerlos de todos aquellos bienes que fueren necesarios á ella? De los bienes, grandezas y felicidades terrenas no debe el cristiano hacer el aprecio que quisiera nuestra depravada naturaleza, sino solamente el que Dios manda, y para el fin que es de su agrado. Pero no porque el bien de los hijos no proceda de la vida y de la industria de los padres, sino de la bondad y providencia del Señor: *Bona, et mala, vita, et mors, paupertas, et honestas à Deo sunt* (Eccli. xi); no se le prohíbe por esto al hombre que trabaje y se fatigue para sí, y para su familia; sino que se le da á entender que debe poner su confianza, no en su industria y trabajo, sino en la providencia de Dios, y recibir después de su mano todo cuanto le sucede, como lo que mejor le esté: de manera, que si es de su santa voluntad que mueras de esta enfermedad, esto será lo mejor, y lo que mas te conviene; y si por causa de tu muerte quedasen tus

hijos mas pobres de lo que ahora están, tambien será esto lo que mas les importa. Todo consiste en que abracemos con gusto y con accion de gracias cuanto nos viene de su mano. Siendo, pues, esto así; deja tus hijos en las de su Padre celestial, con segura confianza de que hará por ellos todo lo que les conviniere, y cuida solamente de lo que pertenece á tu alma.

CAPÍTULO XIII.

De aquéllos que no mueren gustosos por causa del temor de sus pecados y del juicio de Dios.

Muchos enfermos suelen conturbarse por el temor de sus pecados y del juicio divino, de donde procede el no morir gustosos. A estos dirémos : cosa muy buena es temer la justicia divina, y los ocultos y altos juicios de Dios, como no se exceda tanto en este temor, que se dé en tierra con la esperanza de su misericor-

dia. Y así debes saber, que Dios quiere del pecador que piense y considere que ha ofendido á su divina Majestad : que se duela de sus culpas cuanto le sea posible, puramente por agradarle en esto : que desee este dolor, y lo pida á la divina clemencia : que se confiese de todos sus pecados con ánimo resuelto y propósito firme de perder antes la hacienda y la vida que volver á ofenderle : que se resigne en la voluntad de Dios en esta y en la otra vida ; y que espere en su misericordia, aunque le parezca que ve efectos contrarios. Quien hiciere todo esto no tiene que dudar, que *vita vivet, et non morietur* (Ezech. XVIII, 21) : *Que vivirá eternamente, y no experimentará los rigores de la muerte eterna, y que sus pecados si fuerint ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra quasi vermiculas, velut lana alba erunt : Si fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nie-*

ve y de la lana muy blanca (Isai 1, 18): esto es, aunque clamen justicia y venganza, significada en el color rubicundo y sanguíneo, se los perdonará Dios usando de misericordia, y lavará las manchas de sus culpas, dejando mas blanca que el armiño su alma. Este, pues, es el punto á donde debe encaminar el pecador todos sus pensamientos y su voluntad, y conformarse con la de Dios, que quiere que se arrepienta de haberle ofendido, y que proponga firmemente no ofenderle mas, sino obedecerle en todo y por todo, haciendo cuanto su divina Majestad nos ha mandado, y nos manda su amada esposa la santa Iglesia católica romana. Todos los demás pensamientos y reflexiones que congojan nuestro espíritu, como por ejemplo: ¿Quién sabe si yo seré del número de los escogidos, ó de los pecadores á quien Dios no perdona? y otras cosas semejantes, son pensamientos y reflexiones de nuestra soberbia, y sugerencias del demonio; porque es tan infinita la miseri-

cordia de Dios, tan inefable la satisfaccion que Jesucristo ha dado por todo el mundo, y tan indecible el afecto y prontitud con que perdona su divina Majestad, que mas regocijado quedará el pecador por esto, cuando sea capaz de conocerlo, que por el mismo perdon de su pecado.

CAPÍTULO XIV.

Cómo se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir por desear hacer penitencia de sus pecados.

No faltan algunos que no quisieran morir con el motivo ó pretexto de que no han llorado sus pecados; á estos se dirá: sabe, hijo mio, que aquel llanto y aquella penitencia es de mayor valor, que mas agrada á Dios, y esta es la penitencia que desea y pide de nosotros. Si su divina Majestad quisiese de tí mas largo llanto, te daría mas larga vida; luego si ahora

te la quita, es indubitable y cierto, que la penitencia que desea de tí, es la resignacion de tu voluntad en la suya, doliéndote de no haber antes llorado amargamente las ofensas cometidas contra su divinidad: y si este llanto y resignacion no te agradan, ten por cierto, que el deseo que tienes de larga vida, no es para llorar, aunque te lo parezca, sino para continuar la vida pasada; porque hay muchos pecadores, que después de haber recobrado la salud, se entregan mas desenfrenadamente á sus vicios. Pero si quieres llorar largamente, no te falta el modo, aunque sea corta la vida. Llora tus pecados mas intensa y dolorosamente por ser ofensas de Dios, que por las penas que les corresponden. Llora con el mayor odio de tí mismo, y amor de Dios que te sea posible, y con la mayor resignacion á cualquier pena ó castigo que quisiere darte; y si no tienes esta resignacion, desea tenerla, y pídelá á su divina Majestad; y sobre todo ofrécele el

llanto que hizo por nosotros su Hijo santísimo (*Hebr. v, 7*) á gloria suya.

CAPÍTULO XV.

De la tentacion de diferir la confesion.

No dejará el demonio de tentar al enfermo que se halla en este segundo estado, cuando lo ve casi conforme con la voluntad divina, para que dilate la confesion, dándole á entender que ha menester antes pensar bien sus pecados, haciéndole sentir por entonces algun asan y congoja; y sugiriéndole, que en habiéndose confesado, no le quedará mas esperanza de vida. A esta tentacion responde san Agustin diciendo: *Remedia conversionis ad Deum nullis sunt cunctationibus differenda; ne tempus correctionis pereat tarditate; qui enim poenitenti indulgentiam promisit, differenti diem crastinum non spondit* (Tom. III, lib. sent. à D. Prospero exceptar. sentent. LXXI)...

ipsa enim est res, quæ multos occidit, cum dicunt cras, cras, et subito ostiam clauditur; remansit foris cum voce corvina, qui non habuit gemitum columbinum. (Tom. X, serm. xv de Verb. Domini, cap. xi). *Los remedios de la penitencia y de la conversion á Dios no se han de diferir con excusas y dilaciones, por no perder el tiempo que se nos concede para el arrepentimiento y enmienda; porque el Señor, que prometió el perdón de la culpa, no prometió el día de mañana. Esta vana esperanza ha perdido á infinitos, que diciendo: cras, cras, mañana, mañana, han hallado después cerrada la puerta, y quedándose de la parte de afuera con la voz del cuervo, por no haber formado á tiempo el gemido de la paloma. Por esta causa, hijo mio, gemit ut columba, et tunde pectus: gime ahora y llora tus pecados. Si te ofreciese la salud del cuerpo, es cierto que no dirías mañana: ¿pues por qué lo has de decir, cuando se te ofrece la del alma, que es la suma de la felicidad? ¿Conoces*

tu grande error? ¡Ay de mí, hasta los
poetas gentiles te reprenden y condenan!
Horat. (*Epist. lib. 1, ad Lollium Epist. II*).

..... Nam cur
*Quæ lædunt oculum, festinas demore: si quid
Est animum, differs curandi tempus in annum?*

Ovid. (*De remed. lib. 1*).

Sed propera: nec te venturas differ in horas.

Qui non est hodie, cras minus aptus erit.

Como si dijesen: *¿Es posible, hombre,
que pongas tanto cuidado en sacar la paja
que te molesta los ojos, y que el remedio de
tu alma le difieras de año en año? Date
prisa, no dilates el remedio de lo que mas
te importa; porque si hoy no lo hicieres,
menos lo harás mañana. Y así dice Dios
(*Eccl. v, 8, 9*): Non tardes converti ad
Dominum, et ne differas de die in diem;
subitò enim veniet ira illius, et in tempore
vindictæ disperdet te: No dilates el con-
vertirte al Señor, ni difieras de dia en dia
el remedio de tu salvacion; porque su ira
vendrá de repente, y si te hallare despre-
venido te condenará para siempre.*

Ea, pues, hijo mio, comencemos en el

nombre del Señor la confesion ; porque mañana sobre los demás peligros te amenaza el mal , mayor afan y congoja que ahora sientes : y por ventura este afan y congoja son puramente industria y arte del demonio para impedirte la confesion ; y así empecemos , que en lo que mira á no haber hecho un diligente exámen, déjalo por mi cuenta , que yo te prometo que con facilidad te lo traeré todo á la memoria. Es error y locura el pensar que el confesarse quita al enfermo la esperanza de la salud corporal, porque antes bien sucede lo contrario. Por los pecados envia Dios muchas veces las enfermedades ; y así quitándose por medio de la confesion los pecados , que son la causa de la enfermedad , viene tambien á quitarse el efecto. Esto nos lo muestra claramente el Señor en el Evangelio ; pues queriendo sanar los enfermos , primero les perdonaba los pecados ; y después de haberles dado la salud, les advertia, que no reincidiesen en el pecado , para que

no sobreviniese mas peligrosa enfermedad con daño mayor suyo (Joann. v).
Ecce sanus factus es : noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.

CAPÍTULO XVI.

De las principales causas porque el pecador va dilatando la confesion.

Cuatro son las causas principales porque el pecador dilata la confesion : el trato y comercio deshonesto ; el odio contra el prójimo ; la hacienda mal adquirida, y la vergüenza de confesarse. En quanto á la primera causa , se advertirá que si la persona con quien se tiene el comercio deshonesto no está ausente, es menester alejarla del enfermo , de modo que no la vea mas, ni tenga algun aviso ó noticia de ella. Después se dirá al enfermo : bien veo que el dilatar la confesion nace de parecerte cosa dura el dejar á quien tanto amas ; pero si amas mucho á

tu amiga, y tu amiga te ama igualmente, ¿cómo podeis decir con verdad que os amais recíprocamente, si el uno persigue mortalmente al otro con este amor? Amar no es otra cosa que querer bien á la persona amada, y desearla todo el bien y felicidad posible; pero no es esto lo que hace vuestro amor, el cual tiene dentro de sí tal veneno, que en el mismo tiempo que os amais, os da velozmente la muerte. Mientras amas á tu amiga, te matas á tí y matas igualmente á tu amiga; y mientras tu amiga te ama, se da á sí misma y á tí juntamente la muerte eterna. Si tanto gustas de amarla, ámala; pero sin este mortal veneno, y con aquel amor que á tí y á ella os procure el bien y la salud del alma. Su bien y el tuyo consiste en dejarla, para que se convierta y ame al que la crió y redimió, y para que llore su pecado y la gravísima ofensa que ha cometido contra su divina Majestad. Sabe, y no hablo sin fundamento ni me engaño, que está con firme resolucion de

no continuar en vuestra ilícita comunicacion por bien de su alma y de la tuya. Y así conviene que hagas lo mismo por la salud de tu alma y de la suya, y principalmente por agradar á Dios. Inútiles y vanas serán todas tus repugnancias y pensamientos contrarios, porque, ó quieras ó no quieras, forzosamente la has de dejar. ¿Serás, hijo mio, tan loco y tan obstinado, que quieras mas dejarla con tu condenacion eterna, que con el logro de la amistad de Dios y de su reino?

CAPÍTULO XVII.

De la segunda causa, que es el odio contra alguno.

Para quitar esta segunda causa del odio contra alguno, se le dirá al enfermo: páreceme, hijo mio, que tú quieres mostrarte soldado pundonoroso, sin entender el arte y las leyes de la milicia. ¿A quién has visto jamás que queriendo vengarse

de su enemigo, elija el medio de darse á sí mismo la muerte? ¿De qué soldado de honra has oido que habiéndose alistado debajo de la insignia de un capitan, le sea decoroso militar en la de su enemigo? Tú por la gracia de Jesucristo, nuestro capitan, eres cristiano, y en el santo Bautismo te has alistado por soldado suyo, y así estás obligado á militar segun las leyes de la milicia cristiana. En esta milicia se combate solamente contra el pecado y contra las pasiones que inducen al pecado, quien obra de otra suerte y combate contra su hermano, no es soldado de Cristo ni soldado de honor, sino soldado rebelde y digno del infierno. Y si tan bien hallado estás con el enojo y con el deseo de la venganza, tómalala de tí mismo, que con tanta impiedad y frecuencia has ofendido á Dios, á tu alma y á la del prójimo: enójate, digo, con tus pasiones desordenadas, y combate contra el pecado; y si quieres pelear con quien te ha ofendido y

vencerlo con sumo honor tuyo, combate con las armas y en el modo que enseña nuestro capitan Jesucristo. Ves aquí las armas con que quiere Cristo que se combata con los enemigos, y el modo de vencerlos gloriosamente: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros: Amad á vuestros enemigos, dice su divina Majestad.* (Matth. v, 44). El mundo ciego juzga que es infamia y deshonor el no vengarse de los enemigos, y cobardía y vileza de ánimo el perdonarlos y hacerlos bien. ¡O Señor, ó Señor, ó Dios mio omnipotente! ¿Por ventura sois Vos cobarde y no teneis honor, cuando perdonais á vuestros enemigos y derramais en ellos vuestras gracias y misericordias? Vos, que teneis por propiedad el perdonar, ¿teneis segun este impío y ciego juicio del mundo por propiedad la cobardía y el deshonor? Vuestro santísimo Hijo cuando pendiente en el árbol de la cruz decia: *Pater, dimitte illis non enim sciunt, quid faciunt: Padre, perdónalos, que no saben lo que*

hacen (Luc. xxiii, 34); ¿hacia un acto de vileza y de pusilanimidad porque rogaba por los enemigos que le crucificaban? ¿Por ventura todos tus heróicos siervos, todos tus invencibles Apóstoles, todos los Mártires, todos los reyes y emperadores cristianos y santos, y todos los soldados de tu milicia han sido cobardes y viles, porque todos han perdonado á sus enemigos, y procurando favorecerlos, honrarlos y hacerlos bien? ¡O ciego mundo y sobre toda ponderacion impío! Tú mismo en tus historias honras y celebras los Césares, porque perdonaban á sus enemigos y procuraban obligarlos con sus liberalidades y gracias: tú no acreditas de cobarde, sino de magnánimo, á Octaviano Augusto, que perdonó y ofreció su amistad á Cinna, su enemigo, que procuraba quitarle la vida: *Olim tibi hosti, ó Cinna, nunc, insidiatori, et parricidæ, do veniam: jam hinc inter nos inchoetur amicitia, contendamusque utrum meliori fide ego tibi bis vitam condonaverim, an*

tu acceperis. Pues ¿cómo hoy llamas cobardía y vileza el perdonar á los enemigos? Pero dejando al mundo en su ceguera, sigamos á nuestro capitán Jesucristo; porque el honor que de seguirlo resulta es grande, el premio inestimable y la necesidad indispensable y forzosa, para quien no quiere morir de muerte eterna. Repara en el honor y premio que da á quien perdona y hace bien á sus enemigos: *Ut sitis (dice Cristo) filii Patris vestri, qui in cælis est: Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos (Matth. v).* Qué honor y qué premio sea el hacerse hijo de Dios, es incomprendible al entendimiento de los mortales.

¿Pues qué diremos de la necesidad indispensable que tenemos de perdonar á nuestros enemigos? Todos somos deudores á Dios, porque todos le hemos ofendido. Si no perdonais, nos dice, no seréis perdonados: *nisi ignoscatis, neque vobis ignoscetur (Ex Matth. 6 ex Marc. 11).*

Si enim dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater cœlestis delicta vestra. Y en otra parte: *Qui vindicari vult, à Domino inveniet vindictam, et peccata illius servans servavit* (Eccli. XXVIII, 1). Perdona, pues, hijo mio; porque si vuelves el pensamiento al honor, no tienes alguna excusa para no hacerlo prontamente, si á las deudas que has contraído con tus culpas, nada tienes que alegar en tu favor si no perdonas. Si recurres á los gentiles, te hallas convencido con su ejemplo y debes perdonar; y si convencido no te reduces, infaliblemente te condenarás, y serás en breve arrebatado á las llamas eternas. Escucha un ejemplo que á este propósito se lee en las vidas de los Santos de uno que estando para morir, no quiso jamás perdonar á un enemigo suyo; pues mientras que por su alma se cantaban en la iglesia los nocturnos de los difuntos cuando se llegó á aquellas palabras: *Parce mihi, Domine: Perdóname, Señor;* se vió que

un crucifijo , desclavándose las manos se tapó con ellas los oídos , y dijo : *Non pepercit : neque ego parcam : no perdonó á su enemigo , y así no le perdonaré...* Así , pues , si tú quieres que Dios te perdone sin que perdones á tu enemigo , sabe que has entrado en una soberbia diabólica y tan grande , que no se le puede dar nombre adecuado y correspondiente. ¿Por qué quieres que Dios te obedezca , si tú no quieres obedecer á Dios ?

CAPÍTULO XVIII.

De la tercera causa.

La tercera causa de diferirse la confesion es , como dijimos , porque los enfermos no quieren restituir la hacienda ajena ; ó , por mejor decir , mal adquirida. A estos se dirá : ¿Por qué no restituyes la hacienda ajena que tan injustamente has poseido ? Yo no puedo imaginar que sea por persuadirte que la puedes llevar contigo ; porque desnudo has venido á es-

te mundo, y desnudo has de salir brevemente (*Job. 1*). Si lo haces porque tus hijos queden ricos, incurres en un notable y pernicioso error; pues conocidamente quieres perder tu alma por dejar á tus hijos acomodados: eliges para tí un infierno sin fin, y para tus hijos riquezas. ¿Pero qué digo riquezas? Mejor diré ocasiones de su ruina que de su fortuna; porque con estos bienes mal adquiridos los pones en el camino del infierno, donde condenados á eternas penas llenarán tu alma de oprobios y maldiciones, después que en este mundo hayan padecido por justos juicios de Dios infinitas miserias: pues ordinariamente los herederos de bienes mal adquiridos los disipan presto, y quedan después reducidos á suma indigencia, como lo califican muy repetidas experiencias. Pero aun cuando semejantes riquezas fuesen permanentes y perpetuas en tu familia, considera con reflexion las palabras de Cristo: *Quid prodest homini, si mundum universum lucre-*

tur ; animæ verò suæ detrimentum patia-
tur (Matth. XVI) ? ¿ De qué te servirán
tantas riquezas , si te han de ocasionar
la pérdida inestimable de tu alma ? Demás
de esta , ¿ qué satisfaccion puedes hallar
en no restituirlas en estas pocas horas de
vida que te quedan mientras te atormenta
el remordimiento de la conciencia , que
es ya un principio del infierno ? Donde
después te afligirá cruelmente la memo-
ria de haber dejado ricos á tus hijos , co-
nociendo con cuánta impiedad has obra-
do contra tu alma , habiéndola condena-
do á penas tan terribles y eternas , por
dejarlos en las delicias de una falsa y
momentánea prosperidad.

CAPÍTULO XIX.

De la cuarta causa.

La vergüenza es la cuarta causa por-
que el pecador difiere la confesion. Se
dirá á este : segun yo me persuado, hi-

jo mio, tú rehusás el confesarte por vergüenza de algun pecado grave que has cometido. ¿Cuánto mas honrada te hubiera sido esta vergüenza si la hubieses tenido de tí mismo, cuando te inducian tus pensamientos á tal pecado, considerando que de hombre te convertias en bestia, y de hijo de Dios en esclavo del demonio? ¡O qué vergüenza digna de la vida eterna, y de inestimables bienes hubieras tenido, si sobre esta reflexion hubieses considerado que pecando, se peca en la purísima y tremenda presencia de Dios que todo lo ve; á la vista del eterno Padre que por el inefable amor que nos tiene ha enviado su Hijo á padecer la ignominia de la cruz para destruir el pecado y para salvarnos! Esta vergüenza, sí, deberian tener todos los hombres cuando su mala inclinacion los induce á pecar; pero la de confesarse, de ninguna manera: *Pro anima tua, dice Dios, ne confundaris dicere verum; est enim confusio..... adducens gratiam et gloriam:*

No te avergüences, ni te cause confusion confesar la verdad por bien y remedio de tu alma; porque esta confusion y vergüenza trae consigo honor y gloria (Eccli. iv, 24, 25). Pero dejando de discurrir en el honor inestimable que la confesion ocasiona al penitente librándole de la servidumbre del pecado y del demonio, y haciéndole amigo é hijo de Dios, quiero responder ahora á tu tentacion. Tú huyes la confesion por pundonor y vergüenza; y haces uno de los mayores errores que pueden cometerse: porque cuando uno ha perdido la honra para con Dios y su corte celestial, lo cual no sucede jamás sino por el pecado, es incapaz de tenerla en parte alguna. Hónrele por cierto el mundo ciego cuanto quisiere, que Dios hará que tambien del mundo sea luego conocido y para siempre despreciado: *Ostendam gentibus nuditatem tuam, et regnis ignominiam tuam: Yo haré notoria á los hombres tu desnudez, y al mundo tu ignominia* (Nahum. iii, 5). Instrui-

do en esta verdad san Agustin decia á Dios así : *Non operui, sed aperui, ut operires ; non celavi, ut tegeres ; nam quando homo detegit, Deus tegit ; cum homo celat Deus nudat ; cum homo agnoscit, Deus ignoscit : No oculté, Señor, mis pecados, sino que los confesé para que Vos los oculteis : no los encubri, antes los declaré para que Vos los encubriéseis ; porque cuando el hombre los declara, Dios los oculta ; y cuando el hombre los confiesa, Dios los perdona.* Así, pues, hijo mio, ten por cierto que no tiene el pecador medio mas eficaz para recobrar el honor que la confesion sacramental ; y entre otras razones la mas poderosa es la de la palabra de Cristo, que no es capaz de mentir, cuando dice : *Qui se humiliat, exaltabitur* : el que se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 14) : lo cual principalmente se entiende en la confesion sacramental, de modo, que cuanto mas el penitente vence su vergüenza, y hace á Dios el sacrificio de confesar las culpas ignominiosas que ha cometido por

el honor y gloria de su divina Majestad, que así lo quiere, tanto es mas honrado, no solamente de Dios y de toda su corte celestial, sino tambien del mismo confesor, obrando Dios esta maravilla en el alma del confesor; y en prueba de esto pudiera referir muchos ejemplos que se hallan en las vidas de los Santos. De manera, hijo mio, que no hay otro medio para conseguir un verdadero y perpetuo honor que la amistad de Dios, y el recobrarla cuanto antes por medio de la confesion, cuando se ha perdido.

CAPÍTULO XX.

De dos medios universales para inducir al enfermo á morir gustoso.

Dos medios me parecen muy poderosos con cualquier enfermo, para que abrace gustosamente la muerte; el uno es decirle: la vida y la muerte del hombre no depende de nuestra voluntad, sino solamente de la divina; de manera que si Dios

quiere que mueras de esta enfermedad, todos los médicos y remedios del mundo, todo el poder, consejo y prudencia de las criaturas, no son capaces de impedir que mueras: *Non est consilium, non est sapientia, non est prudentia contra Deum; ego occidam, et ego vivere faciam; percutionem, et ego sanabo; et non est, qui de manu mea possit eruere* (Prov. XXI.—Deut. XXXII). El exhortarte yo, hijo mio, á que quieras morir, es solamente para que mueras bien y en gracia de Dios, el cual segun muestra tu enfermedad, quiere que mueras de ella: así, pues, humíllate á su divina Majestad, sujetándote con resignacion á su poderosa mano (I Petr. V): y á los deseos que tienes de vivir, díles: ¿De qué servís, vanos deseos, si no está el morir en mis manos, sino en las de Dios? Y después para hacer mas gloriosa la victoria, añadirás: Y aun cuando estuviese en mis manos, viendo que mi Señor y mi Dios quiere que yo muera, quiero morir por darle gusto.

El otro remedio es imaginarte frecuentemente que Dios te dice: *Dispone domui tuæ; quia morieris, et non vives: Procura disponer las cosas de tu alma; porque estás próximo á la muerte, y no vivirás* (Isai. xxxviii). Y ten siempre prevenida esta sentencia para vencer todos los deseos de vivir, diciendo: ¿Para qué son estos deseos, si ha llegado el último término de mi vida? Quiero, pues, obedecer á mi Criador, tratar de disponer mis cosas, y ordenar todos mis afectos y todas mis obras para la patria celestial.

CAPÍTULO XXI.

Del tercer estado de los enfermos, y en qué consista el auxilio que se les debe dar.

El auxilio de los enfermos de este tercer estado, esto es, de los que se hallan conformes con la voluntad de Dios, y pueden ejercitarse en actos de virtudes, consiste en enseñarles en qué modo de-

ben portarse para agradar á Dios con el médico, con quien los gobierna y sirve, con la enfermedad y con Dios; y cómo han de combatir de solo á solo con el demonio, cuando se hallaren en el cuarto estado.

CAPÍTULO XXII.

De lo que el enfermo debe hacer con el médico.

El modo que debe tener el doliente con el que le asiste, ó sea el enfermo con el médico, es primeramente que mire y considere al médico y las medicinas como obras de la bondad y providencia de Dios, de cuyo agrado ha sido proveer al hombre en sus enfermedades de médicos y medicinas, dando á las medicinas virtud de sanar nuestros males, y á los médicos el conocimiento de ellos y de la virtud de las yerbas. Sepa después, que si Dios no da actual luz al médico, y actual con-

curso á la virtud de la medicina , ni esta producirá su efecto ; ni aquel conocerá el mal , ni su origen : de lo cual se infieren tres cosas : la primera , que la pronta confesion sacramental es tambien cosa admirable para la salud del cuerpo ; porque viendo Dios pura la conciencia , oirá los suspiros y oraciones del enfermo ; y consiguientemente , si conviniere , dará al médico el verdadero conocimiento del mal , á las medicinas actual virtud , y el efecto de la salud al enfermo : la segunda es , que los ricos y poderosos no confien en la multitud de médicos , ni en sus juntas , y que los pobres no se entristezcan ni desmayen , viéndose abandonados de la asistencia de las criaturas ; sino que los unos y los otros igualmente confien en Dios , y quieran todos depender de su divina Majestad que sana con médicos y sin ellos , segun es de su agrado : la tercera cosa es , que aunque en todo y por todo hemos de poner nuestra confianza en Dios , debemos no obstante procurar

la asistencia de buenos médicos y obedecer sus órdenes.

CAPÍTULO XXIII.

Cómo deben portarse los enfermos con quien los gobierna.

Porque los enfermos ordinariamente por causa de sus males suelen estar melancólicos, ásperos y desabridos con los que los gobiernan y asisten, se deberá desde luego exhortarles á la paciencia para que reciban con ánimo quieto cualquier servicio que se les haga, aunque no sea á su gusto, ó porque no sea bueno, ó porque se lo haga creer así el desabrimiento que les ocasiona su indisposicion. Para que no caigan, pues, en el vicio de la impaciencia y de la ingratitud, se les dirá tambien que cuando no les sirven, ó asisten á su gusto, se digan á sí mismos secretamente: Callad, callad, porque vuestro juicio no está para juz-

gar acertadamente en este tiempo ; y si tal vez se faltase en algo , obren como prudentes y buenos cristianos , excusando la falta y disimulando el disgusto , admitiéndolo todo con semblante alegre , y mostrando su agradecimiento : y si las faltas fuesen graves , y se cometiesen en cosas muy necesarias , no por esto deben impacientarse , mas acordándose de sus culpas , y de lo mucho que deben á la divina justicia , recibirlas con rendimiento de gracias por pena de sus pecados , considerando que les es mucho mejor pagar aquí con poco y con ganancia de mérito , que con mucho en el purgatorio , y sin merecer cosa alguna ; y acuérdense que nuestro divino Redentor entre tan crueles penas como padeció , no pudo , estando en la cruz , tener un poco de agua . ¡ Ó si supieses cuántos enfermos hay tan destituidos de todo alivio y consuelo humano , que las piedras , cuanto mas los hombres , se movieran á compasion ; y no obstante con ánimo paciente bendicen

á Dios ! ¿ Cuánta mayor razon hay , hijo mio ; para que tú lo hagas , teniendo tantas asistencias y comodidades ?

CAPÍTULO XXIV.

Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad.

Porque las enfermedades causan dolor y congoja á los enfermos , el modo de gobernarse bien en ellas es sufrirlas con paciencia. A este fin podemos animar el enfermo con las consideraciones siguientes. Locura es sin duda en el hombre no querer tolerar los dolores y adversidades que trae consigo la vida humana , no pudiendo evitarlas ; vergonzosa cosa es el no estar aun acostumbrado á sufrirlas con ánimo tranquilo ; pues si tenemos por ignominia la poca doctrina en quien por muchos años se há ejercitado en las escuelas y estudios , ¿ qué se dirá del hombre que apenas ha nacido entra en los

afanes y dolores de esta miserable vida, si aun no ha aprendido á tolerarlos? ¿Quién ha vivido jamás sin ellos? Nuestros primeros padres ¿cuán pronto cayeron de las delicias del paraíso terrestre en el abismo de las aflicciones y penas de esta mísera vida (*Genes III*)? ¿Cuán agudos fueron los dolores que penetraron su corazón, cuando con tantas maldiciones fueron arrojados del paraíso? ¿cuándo con su sudor adquirían el pan? ¿cuándo vieron la espantosa muerte de su hijo Abel (*Genes. IV*), cosa, ni vista, ni sucedida aun en el mundo? Y no obstante sufrieron todo esto con ánimo paciente. ¿Quién de los Patriarcas, Reyes y Profetas ha vivido sin dolor? ¿Quién de nosotros llegará jamás con su dolor, por agudo que sea, al que sintió Abraham mientras pensaba en la muerte que había de dar con sus propias manos á su único y deseado hijo Isaac por obedecer á Dios (*Genes. XXII*)? ¿Quién al amargo llanto de Jacob, cuando vió la túnica de su

amado José teñida en sangre. (*Genes. xxxvii*)? ¿Quién comprenderá jamás los dolores de David, cuando huía de su palacio real perseguido mortalmente de su querido Absalon (*II Reg. xv*)? Y dejando otros ejemplos, ¿qué diremos de los amargos dolores del rey Sedecías, cuando sus enemigos; después de haberle quitado el reino, y muerto en su presencia sus hijos, le sacaron los ojos, y lo llevaron con grillos y cadenas á las cárceles de Babilonia? Y no obstante, entre tantas calamidades y angustias bendijo á Dios (*IV Reg. xxv*). Si volvemos los ojos al Testamento nuevo, se nos pone á la vista inmediatamente nuestra cabeza Jesucristo, que con toda verdad fue llamado: *Vir dolorum: Varon de dolores* (*Isai. LIII*): su santísima Madre: *Mar grande de dolores y amarguras*; y todos los demás miembros suyos los Apóstoles, Mártires, Pontífices, Vírgenes y todos los Santos, excesivamente llenos de dolores y tormentos. Pues, hijo mio, si no hay quien

viva sin dolores, el único remedio es sufrirlos con paciencia, que de esta suerte cuantos fueren los dolores, tantas serán las piedras preciosas de la corona con que serémos coronados en el cielo por nuestro Criador.

CAPÍTULO XXV.

Del modo de excitar al enfermo á la paciencia y del arte de tolerar.

Para enseñar, pues, al enfermo el arte de tolerar con paciencia los dolores y afanes de la enfermedad, se le dirá que vuelva frecuentemente todo el pensamiento á uno de los puntos siguientes, hablando siempre consigo en esta ó semejante forma: ¿ Por qué motivo no quieres tú comer de los frutos de que de tiempo en tiempo ha comido siempre toda la naturaleza humana? ¿ De qué me sirve la impaciencia si no me quita, sino antes me aumenta los dolores? ¿ No sería locura la mia, si teniendo enfermo el cuer-

po , dejase enfermar tambien la razon?

¿No es acaso la carne uno de mis principales enemigos? ¿pues por qué me duele de sus trabajos? ¿No he ofendido á Dios por dar gusto al cuerpo? ¿pues por qué ahora no me alegro de que con su dolor se satisfaga la ofensa de mi Señor? Si no hay mercader que deje de comprar géneros preciosos cuando puede hacerlo con poco dinero , ¿ por qué dejaré yo de comprar el cielo y una corona rica de gloria , con estos breves y ligeros dolores? *Id enim quod in præsentí est momentaneum , et leve tribulationis nostræ , supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis , non contemplationibus nobis , quæ videntur , sed quæ non videntur ; quæ enim videntur , temporalia sunt ; quæ autem non videntur , æterna sunt : Las tribulaciones y los trabajos de esta vida , aunque momentáneos y leves , nos granjean una eterna felicidad de gloria á los que contemplamos , no las cosas que vemos que son temporales , sino*

las que no vemos que son eternas (II Cor. IV, 17, 18). ¡Ó qué mercancía es esta tan rica y barata; pues se compra con lo temporal lo eterno, con lo poco lo mucho! Venturoso soy, pues me hallo en esta dichosa feria: y sin razon me lamento de mis penas, debiendo considerar, que si quiero ser miembro de Cristo (I ad Cor. VI, 15), no hay razon que permita que debajo de una cabeza coronada de espigas haya miembro que no participe del dolor de sus heridas. Si quiero entrar en el reino de los cielos, *per multas tribulationes nos oportet introire in Regnum Cælorum: me es preciso pasar por muchas y repetidas tribulaciones, para lograr la entrada en el reino de Dios* (Act. XIV, 21). Ni esto debe parecerme extraño, cuando hablando de sí nuestra cabeza, dice: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? ¿Por ventura no fue conveniente que Cristo padeciese todo lo que padeció, y que así entrase en su gloria* (Luc. XXIV, 26)?

Se dirá tambien al enfermo que demás de estas consideraciones , cuando se sintiere agravado del dolor , acuda con el pensamiento á los dolores que Cristo padeció ya en un misterio, ya en otro de su pasion; pues mientras se ocupare en considerarlos, sin duda alguna se le suavizarán mucho los suyos. Añadirá tambien oraciones jaculatorias á este modo. Después que habrás visto á nuestro Señor Jesucristo angustiado en el huerto sudar sangre (*Luc. xxii*), le dirás así : *Ó Señor mio, dignaos en memoria y en virtud de las agonias que sufristeis en el huerto, de dar fuerza á mi flaqueza para que pueda tolerar estos dolores, y hacer en esto vuestro santísimo gusto.* Otras veces después que habrá considerado un poco algun misterio, se imaginará que Jesucristo crucificado vuelve á él los ojos, diciéndole : *Mira, hijo, cuánto padezco por tí: quiero ver ahora como sufres por mi amor estos pocos dolores que te afligen : que si te parece dura cosa tolerarlos, procura hacer-*

te violencia: porque esta violencia arrebató el reino de los cielos (Matth. xi), á mí, y á mi Padre, en que consiste la bienaventuranza.

Tambien se dilata el corazon y se dispone al sufrimiento dando gracias á Dios porque nos hace dignos de padecer, alegrándonos de tener algo que ofrecerle juntamente con los dolores de su Hijo, de María santísima, y de todos los Mártires y Santos.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo ha de portarse el enfermo con Dios.

Lo que el enfermo debe hacer con Dios es unirse frecuentemente á su Majestad con la fe, con la esperanza, con la caridad, y con el dolor de haberle ofendido. No hay medio mas poderoso para inducir un alma al ejercicio de estas virtudes, que la consideracion de la bondad de Dios, la cual se irá descubriendo de

tiempo en tiempo al enfermo con la declaracion de los puntos siguientes: que Dios es nuestro Criador, Redentor, Rey, Sacerdote, Sacrificio, Abogado, Intercesor, Pastor, Alimento, Padre, Cabeza, Médico, Maestro, Ejemplo, Camino, Gozo, Vida, Honor, Gloria y todo bien; añadiendo después la explicacion de cada uno de estos puntos de este modo ú otro semejante. Considera, hijo mio, cuán grande es la benignidad de este Señor, á quien tanto has ofendido; pues pudiendo haberte sepultado al instante en el infierno como merecia la gravedad de tus culpas, te ha sufrido y te ha llamado á sí por tantos modos: ¿No te parece que le debes amar con todo el corazon y con todas las fuerzas de tu alma (*Luc. x*)? ¿Qué debes dolerte de haberlo ofendido, y esperar de su bondad no solo el perdón de tus pecados, sino toda tu felicidad y tu bien? Ea, pues, hijo mio, procura hacer actos de estas virtudes, ejercitándote al amor de su bondad, al dolor de

su ofensa , y á la esperanza en su infinita misericordia. Entre la declaracion de uno y otro punto de los referidos , se podrá tambien introducir con gusto y utilidad de los circunstantes algun paso de la Escritura ó de las vidas de los Santos , que declare la bondad de Dios , añadiendo inmediatamente algun pensamiento de los bienes celestiales , para que el corazon del enfermo se encienda y se inflame en el deseo de conseguirlos : lo cual se hace diciendo , por ejemplo : *Cum invocarem, exaudivit me Deus* (Psalm. iv). Tan prevenido y dispuesto se halla Dios para ayudarnos en nuestras necesidades , que parece en cierta manera que todo su bien consiste en favorecernos. Vuelve , hijo , el pensamiento á donde quisieres , que siempre hallarás pronto á Dios. Si miras al cielo , la tierra , las plantas , al mar , los animales , y todas las criaturas , en cualquiera hallarás siempre á Dios , dando á todas continuamente para uso tuyo el ser , la virtud y las operaciones. Si vuelves los

ojos aun á los demonios que son nuestros enemigos, hallarás tambien á Dios que les restringe el poder, para que tanto, y hasta tanto, no mas, nos tienten y nos ejerciten en las virtudes (1 *Corinth. X, 13*). En suma, hijo mio, si entramos dentro de nuestro corazon hallaremos que nos reprende el mal, nos exhorta al bien, nos promete el cielo, y se nos ofrece á sí mismo, si le obedecemos. La declaracion de la parábola del hijo pródigo es muy á propósito para los enfermos temerosos de la justicia de Dios ponderando los puntos siguientes: *Cum adhuc longe esset, vidit illum pater ipsius, et misericordia motus est, et occurrens, cecidit super collum ejus, et osculatus est eum... Citò proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manu ejus, et calceamenta in pedibus ejus, et adducite vitulum saginatum et occidete, et manducemus, et epulemur; quia hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et inventus est (Luc, XV): Estando aun léjos (el Pródigo) de la casa, vióle su*

*padre , y movido de misericordia salió al encuentro , y echándole los brazos al cuello le dió muchos ósculos y abrazos , y sacando de su recámara la mejor gala , y las alhajas mas preciosas , le vistió y adornó con ellas , y después hizo un magnífico convite : porque el hijo perdido habia parecido , y porque vivia el que tenia por muerto . ¡ Ó qué ingratitud es la nuestra , dílo tú mismo , cuando ofendemos á tan benigno Padre ! ¿ Quién no espera perdon de cualquier grande pecado ? ¡ Ó qué felicidad la de quien muere presto , pues va luego á ver al Criador que le ha formado los ojos , la lengua , el rostro , y le ha criado el alma ; á ver al Redentor que con su sangre y muerte le ha salvado ; á ver la belleza de Dios , que es tal y tan grande , que llena y satisface todo el sentido y la capacidad infinita del mismo Dios , que es la felicidad cumplida ! ¿ Qué belleza será aquella que siendo vista perpetuamente y mirada *ab æterno* de los mismos ojos de Dios , teniendo todavía tan fija en sí aque-*

Ha bienaventuradamente, que ningun otro objeto la distrae, causándole siempre una alegría incomprensible? ¡Ó cuán alta y cuán inefable es la gracia concedida al hombre de recrearse y beatificarse en la misma belleza en que Dios se recrea y se beatifica! Preciosa puedes llamar esta enfermedad (*Psalm. cxv*), pues te envia del mundo al cielo, de tantos riesgos á un puerto seguro, y de tantas miserias á la bienaventuranza y gran gozo del Señor.

CAPÍTULO XXVII.

Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios.

No faltan ocasiones en que pueda sustentarse la mente del enfermo con el dulce pasto de pensamientos celestiales, y actos de virtud. Tomarémos ocasion del médico, después que se haya ido, para hablar con el enfermo de este modo: Ya

el médico te ha visitado , y has oído lo que ha ordenado y dispuesto , y lo que es necesario para tu enfermedad ; pero este es médico terreno , que cura solamente el cuerpo , que es de tierra , y que precisamente ha de volver á la tierra y te hace dos visitas al dia por su interés ; vuelve ahora el pensamiento al médico celestial , que sana el alma que es inmortal , y tambien el cuerpo cuando conviene : este es nuestro Dios , Criador y Redentor : este es aquel solo , *qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis , qui sanat omnes infirmitates tuas : qui redimit de interitu vitam tuam , qui coronat te in misericordia , et miserationibus : Que con su benignidad perdona tus errores , sana tus dolencias : que redime la vida de tu alma de la perdicion eterna , y que con su infinita misericordia te concederá la corona de la gloria (Psalm. cii)*. Y no solamente visita dos veces al enfermo , sino que continuamente le asiste , librándole de todo mal , y procurándole el bien. *Cum ipso sum in*

tribulatione : Con él estoy en la tribulación (Psalm. xc) : y no quiere otra paga que el amor ; esto es , aquel amor que nos hace obedientes á sus preceptos , que nos excita y mueve á dolor cuando le ofendemos , y que con humildad y fe nos hace correr apresuradamente á su misericordia . ¿ Cuántas veces has recibido estas gracias de este divino Médico ? Sosiega , pues , y descansa ahora en su amor , y di de todo corazon : *Benedic , anima mea , Domino , et omnia , quæ intra me sunt , nomini sancto ejus . Benedic , anima mea , Domino , et noli oblivisci omnes retributiones ejus* : Alaba , alma mia , al Señor , y todas mis potencias alaben su santísimo nombre . Alaba al Señor , alma mia , y ten presentes sus beneficios , sin olvidarte de alguno de ellos (Psalm. cii) . Tambien tengo que hacerte una advertencia para que no incurras en un grande error . Tú , por obedecer al médico terreno , recibes con gusto muchas cosas amargas al paladar . Pues si ejecutas esto solamente por la sa-

lud incierta de un cuerpo corruptible, ¿ con cuánto afecto y rendimiento de gracias deberás recibir cualquiera amargura por obedecer á Dios, y sujetarte en todo á su voluntad? Procura, pues, hijo mio, estar en esto muy advertido; porque en ello se interesa no menos que el honor de Dios y tu eterna salud. Tambien se podrá decir al enfermo: no se ha visto ni oido, hasta ahora, que médico alguno haya querido tomar la enfermedad y dolores, ni que haya tomado las medicinas amargas, ni otros remedios para sanar al enfermo, sino los dineros y regalos que le han dado; pero nuestro divino Médico ha hecho todo esto por nuestra salud: *Verè languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit (Isai. LIII)*: él bebió el cáliz amargo de nuestra medicina: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis, ut bibam (Joann. XVIII)*. Él tomó igualmente sobre sus delicadísimas carnes todos los remedios de dolores por nuestra salud: *Ipsè autem vulneratus est*

propter scelera nostra, et livore ejus sanati sumus (Isai. LIII); y así exclamó con aquellos suspiros amarguísimos: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habéis desamparado* (Matth. XXVII, 46)? ¡Ó ingratitud impía del hombre, que no ama á este Médico, que no obedece á este Señor, y que no quiere padecer por amor suyo la mas leve pena! Cuando se sangrare al enfermo le podrá decir: Esta sangre que has permitido te saquen, ha sido de una parte sola, y en poca cantidad, y únicamente por el amor que tienes á este cuerpo miserable y corruptible, y se te ha sacado con una punta sutilísima, para que no sientas el dolor; pero Cristo, nuestro Médico soberano, dejó le sacasen toda la suya de todo el cuerpo á fuerza de azotes, de espinas agudas, y de duros clavos. ¡Ó inefable, ó dulce amor! *Ó bone Jesu, sis mihi, queso, Jesus!* ¡Ó buen Jesús, sed para mí Jesús; esto es, sed salud, Salvador, sed

Médico : que todo lo dice vuestro dulcísimo Nombre. ¿Sabes, hijo, lo que nos sucede cuando hablamos y discurremos del amor que nos tiene? Lo mismo puntualmente que sucede á los que van al mar con sus vasos para llenarlos de agua : los llenan verdaderamente ; pero aunque vayan muchas veces al mar y llenen sus vasos, no obstante siempre se queda el mar en su inmensidad, como si nada se le hubiese quitado : así, digo, hacemos nosotros cuando discurremos y hablamos del amor divino, que por mucho que nuestros entendimientos se llenen de su conocimiento, lo que nos falta por conocer es siempre infinito.

En las visitas que se hacen al enfermo, se le dirá : Mira cuántos vienen á visitarte y á consolarte de varias maneras ; pero las visitas que tuvo nuestro Redentor, estando en el árbol de la cruz, para dar la salud al linaje humano, quiso que fuesen afanes y oprobios : *Prætereunter autem blasphemabant eum, moventes capita*

*sua et dicentes : Vah qui destruis templum Dei , et in triduo illud reedificas ; salva temetipsum : si filius Dei es , descende de cruce : Blasfemaban los pasajeros á su divina Majestad , haciendo movimientos irrisorios con la cabeza , y diciéndole : Vah , que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias ; sálvate ahora á tí mismo : si eres Hijo de Dios , descende de la cruz (Matth. xxvii , 39 y 40). Cuando se habrá limpiado y purgado el pecho , y lavado la boca , le diremos : Tú por la gracia del Señor te has limpiado y purgado el pecho , y lavado la boca ; pero nuestro Salvador á fin de que se limpiasen y purgasen nuestros pechos de las iniquidades , toleró que le escupiesen en su sacratísimo rostro , siendo el objeto en que desean mirar y contemplar todos los espíritus angélicos : *Tunc expuerunt in faciem ejus* (Matth. xxvi , 67). Cuando vieres al enfermo volverse de un lado á otro , dile : Tú vuelves frecuentemente de una parte á otra , y en ninguna te*

permite reposo tu enfermedad: lo mismo sucede puntualmente á nuestra alma cuando se halla enferma por haber dejado á Dios, y entregádose al amor de las criaturas; vuélvase donde quisiere, jamás hallará quietud en alguna cosa: *Versa, dice san Agustin (Conf. lib. vi, c. 16) et reversa in tergum, et in latera, et in ventrem; et dura sunt omnia*: porque solo Dios es la paz y el descanso de nuestras almas. Si quieres, pues, quietud, pon tu corazon en Dios, pasa de un acto de amor á otro, fija allí todos tus pensamientos, y descansa; con el dolor de sus ofensas suaviza los dolores de tu cuerpo, y reposa eternamente en la esperanza de su bondad y misericordia.

Viendo vasos sobre la mesa, le dirá: ¡Ó cuántos y qué bellos vasos están aquí á tu servicio, llenos de varias aguas y licores! Pero el vaso prevenido para el Hijo de Dios estaba lleno de amargura: *Vas ergo erat positum aceto plenum (Joann. XIX, 29)*. Considera un poco, hijo mio,

nuestra ingratitud, viendo que Cristo nuestro bien, tomó lo amargo por nuestra salud, y por purgarnos de nuestros pecados, y en cambio de las bendiciones y gracias que debe tributarle nuestro reconocimiento, solo hemos procurado llenarle el pecho de mayores amarguras.

Las flores que suelen verse en el aposento del enfermo, pueden dar ocasion para levantar á Dios la mente del enfermo diciéndole : vuelve un poco los ojos interiores de estas flores terrenas á aquella flor divina del Hijo de Dios, en que jamás falta suavidad de amor y de todo consuelo : *Ego*; dice, *flos campi*: *Yo*, dice, *soy la flor del campo* (Cant. II, 1). La flor del campo no debe su ser á la industria del hombre, sino á las aguas del cielo : no es propia de este ó de aquel, sino de quien la quiere ; y no solamente está sujeta á los piés del hombre, sino también á los de los brutos : así, pues, el Hijo de Dios no encarnó en las purísimas entrañas de María santísima por obra

de hombre, sino del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te; et virtus Altissimi obumbrabit tibi* (Luc. I, 32). No es de este ó de aquel, sino de quien lo quiere gozar con la verdad y con la obediencia de sus preceptos: *Si quis vult venire post me... tollat crucem*, etc.: *El que quisiere seguirme abraze su cruz* (Matth. XVI, 24). Esta flor divina no se sujetó solamente á José y á su Madre santísima, *et erat subditus illis* (Luc. II, 51) sino tambien á los bestiales caprichos de los Fariseos y de la plebe: *Ego sum vermis, et non homo opprobrium hominum, et abjectio plevis* (Psalm. XXI). ¡ Ó cuán digna es de ser considerada la soberbia del hombre, que no quiere en sus deseos sujetarse ni aun al mismo Dios !

Las almohadas de la cama nos dan tambien materia para decir al enfermo: Tu cabeza tiene donde reclinarse. Atiende á la amargura con que se lamenta: *Vulpes foveas habent, et volucres cæli nidos! Filius autem hominis non habet, ubi caput*

reclinat : Los animales tienen cuevas, las aves del cielo nidos; y el Hijo de Dios, Criador de cielo y tierra, no tiene en qué reclinar su cabeza (Luc. ix, 58). Tan despreciado, dice, soy del hombre, á quien he criado á mi semejanza, y redimido con mi sangre (Gen. 1. — 1 Petr. 1) que antes da albergue en su corazon á la vanidad y á los engaños que afligen y dan la muerte, que á mí que doy la paz y la vida. A este modo podemos de cualquiera cosa tomar ocasion de hablar al enfermo y circunstancias, para encenderlos con nuevos actos en el amor de Dios, y ejercitarlos al dolor de su ofensa, y á la esperanza de su misericordia.

CAPÍTULO XXVIII.

Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano.

Se tomará algunas veces el Crucifijo ; y como si el mismo Señor hablase , dirémos al enfermo : *Para que veas , alma mia amada , cuánto te quiero , me pongo delante de tus ojos pendiente de la Cruz con esta cabeza penetrada de espinas , con estas manos y piés traspasados de clavos , con este costado abierto , con el espíritu ya entregado en las manos de mi Padre , para que aplacado te reciba en amistad . Considera , hijo mio , esta fineza incomparable del Salvador , adórale (y adorará el enfermo el Crucifijo) , y dile : Ave , Rex noster , tu solus nostras es miseratus errores , Patri obediens ductus es ad crucifigendum , ut agnus mansuetus ad occisionem : Bendito seais , Señor y Rey de los judíos y nuestro de quien solamente podemos esperar misericordia , y alcanzar*

perdon de nuestras culpas: pues obedeciendo á vuestro eterno Padre quisisteis ser llevado á la Cruz, y como inocente cordero, dar en ella la vida para nuestro remedio. Después en particular adorará la cabeza, y sumergirá en aquellas llagas todos los pensamientos soberbios y vanos, con que habrá ofendido á su divina Majestad, diciendo: Dignaos, Redentor mio, de perdonarme en virtud de estas llagas cualquiera pecado que con mis pensamientos haya cometido; y adorando las llagas de las manos, pedirá perdon de todas las obras malas, y en la adoracion de los piés el perdon de todos los afectos terrenos; últimamente adorando la llaga del costado, se sumergirá enteramente en ella con todos los pensamientos, palabras y obras con que hubiere ofendido á Dios; para que allí se limpie de todas sus culpas, y esté seguro en todos los asaltos, y preservado de todo mal; y dirá fervorosamente: Dominus fortitudo mea, Dominus firmitermentum meum, et refugium meum, et li-

berator meus: El Señor es mi fortaleza, es mi amparo, es mi refugio, y el que me libra y librará de mis enemigos (Psalm. xvii): y teniendo el Crucifijo en la mano, se podrá tambien decir al enfermo: en virtud de las llagas de este sagrado cuerpo el Padre eterno te coronará en el cielo con la corona de gloria: por las de estas espaldas te dará la estola de alegría: estas manos penetradas de la dureza de los clavos te han fabricado en el cielo tu silla: las llagas de estos piés te han allanado el camino de la bienaventuranza, y te darán la entrada en la gloria eterna; ofrece, pues, con rendimiento de gracias al Padre celestial su Hijo santísimo en este Crucifijo, para que en virtud de sus méritos te conceda todos estos efectos, y dile: *Dios mio, Padre de nuestro Señor Jesucristo, mirad vuestro Hijo, y en virtud de sus obras perdonadme y hacedme digno de vuestro reino para que allí os adore y alabe sin fin.* Y se dirá algunas veces al enfermo que bese las llagas del Crucifijo con todo afecto y fe.

CAPÍTULO XXIX.

Del modo de armar al enfermo para la batalla que ha de tener con el enemigo de solo á solo.

Podrá suceder, se dirá al enfermo, que la enfermedad te quite en los últimos momentos el uso de la lengua y del oído, en cuyo tiempo suelen combatir mas los enemigos para lograr el triunfo; pero no desmayes por esto: *Plures enim nobiscum sunt quàm cum illis: Porque mas poderoso es el escuadron que nos defiende, que el que combate contra nosotros* (Reg. vi, 16). ¿Crees por ventura, hijo mio, que Dios te olvida? ¿Qué Jesucristo está ya cansado de obrar por tu salud? ¿Que María santísima y el ejército de los Ángeles del cielo no están prevenidos para ayudarte? Si el demonio tiene deseo rabioso de tu condenacion, infinitamente mayor es el que Dios tiene de tu salud; si el demonio sabe enga-

ñar y tiene algún poder, queda fácilmente vencido de la infinita sabiduría y poder divino; y por decirlo en una palabra, tanto podrá el demonio, tanto sabrá y tanto tendrá cuanto le fuere permitido del Señor (1 Cor. x, 13), que desea siempre salvarnos; y así todo está en las manos de su divina Majestad, cuyo amor no somos capaces de explicar, ni aun de comprender. ¿Puedes desear nueva mejor y de mayor consuelo que esta? Anímate, pues, hijo; pero advierte que Dios quiere que estemos prevenidos y armados contra los asaltos del enemigo (*Matth. xxiv, 44*), el cual en estos últimos instantes de la vida suele ordinariamente combatirnos con tentaciones contra la fe y la esperanza, y con la presuncion y vanas ilusiones.

CAPÍTULO XXX.

Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe.

En el fin del Combate espiritual se habló de estas tentaciones que suelen padecerse en la hora de la muerte ; pero muy brevemente : por cuya causa trataremos en este lugar , como el mas propio , con mayor extension esta materia. Para que tú , hijo-mio , combatas con poco trabajo y con segura victoria en batalla contra la fe , la regla que deberás seguir siempre , ha de ser huir de cualesquiera discursos sobre la misma fe ; manteniéndote siempre con invariable firmeza dentro de esta fortaleza : *Yo creo cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana* ; y esto mismo ejecutarás , aunque los asaltos vengan autorizados y corroborados con lugares y pasos de la sagrada Escritura ; porque todos estos lugares serán mal ale-

gados y truncados, y no serán dignos de alguna consideración. De este modo se desvanecerán, como la cera al fuego, y el humo al aire. Estarás también advertido, que algunas veces te ocurrirán pensamientos que parecerán favorables á la fe; pero no obstante no les des oídos de ninguna manera; porque todo esto será industria y artificio del demonio, para abrirse la puerta, y confundirte después el entendimiento con disputas: y así te repito una y mil veces te tengas firme en este lance dentro de esta segura fortaleza: *Yo creo cuanto cree la Santa Madre Iglesia Católica Romana*, crea como creyere, cuanto creyere, y porque lo creyere; pues es cosa de mucho peligro querer investigar y saber estas cosas con curiosidad en los últimos combates: y así hazte sordo á cualquiera pregunta en orden á la fe, aunque te parezca que los Ángeles del cielo, ó el mismo Jesucristo, te la hacen por darte materia de mayor merecimiento. Acostúm-

brate , pues , desde ahora á decir frecuentemente : *Yo creo cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana , y en este punto no quiero saber mas.* Pero aunque , como he dicho , este es un fortísimo presidio , no obstante tu mayor apoyo y tu mayor defensa ha de ser la omnipotente bondad y misericordia de Dios ; porque no es el arco ó la espada del hombre la que da la victoria (*Psalm. XLIII*) sino la mano diestra de la virtud divina ; y por esta causa es necesario recurrir frecuentemente á Dios con el pensamiento , para que te libre de todos los peligros.

CAPÍTULO XXXI.

De la protestacion de la fe.

Se advertirá al enfermo que diga el Credo ; y después se dirá : ¿No crees todo esto y cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana ? ¿No quieres morir y vivir en esta santa y segura fe ? **Vuelve,**

pues , el corazon á Dios y díle: *Señor, y Criador mio, no solamente os habeis dignado por vuestra bondad de criarme á vuestra imágen y semejanza, sino tambien habeis querido que yo naciese de Padres Católicos, y que viviese siempre en la fe católica romana, de lo cual os doy infinitas gracias: pues que vuestras obras son perfectas (Deut. xxxii), é infinita vuestra bondad y misericordia, os suplico, que perfeccioneis esta gracia en mí haciéndome morir en fe católica romana; porque esta es mi firme y resuelta voluntad, y así lo declaro delante de Vos, Criador y Redentor mio, delante de vuestra Madre santísima, é inmaculada Virgen, en la presencia de mi Ángel custodio, de san Miguel arcángel, Ángeles y Santos del cielo, y de estos RR. PP. y de todos los circunstantes; y os suplico, Señor mio, por aquel entrañable amor que os movió á bajar del cielo á la tierra que os digneis de sustentarme para que no caiga, y si cayere, de levantarme luego, que desde aho-*

ra detesto cualquiera caída ó duda en que incurriere, y os pido humildemente perdon. Implorará también el enfermo el auxilio de María santísima, del Ángel custodio, de san Miguel arcángel, y de todos los demás Santos de quienes fuere devoto, y repetirá esto muchas veces al día.

CAPÍTULO XXXII.

Del combate contra la esperanza y de sus deseos.

Tres son los principales argumentos con que procura derribar el demonio nuestra esperanza. El primero es, dándonos á entender que las confesiones pasadas no han sido buenas: el segundo, que la gravedad y multitud de nuestros pecados no es capaz de perdon; y el tercero que nuestro arrepentimiento llega tarde. La defensa de la primera batería es fácil á quien se halla todavía hábil para tratar

con su confesor, diciéndole : Padre mio, esto y esto me da cuidado; ¿qué os parece que haga? y después que habrá ejecutado lo que el confesor le haya aconsejado y ordenado, no piense mas en esto, ni dé oídos á tales argumentos. Tambien es fácil el remedio para los que estando ya vecinos á la muerte, no pueden recorrer con su memoria la vida pasada; porque deben estos decirse á sí mismos: *Yo creo, que las confesiones pasadas han sido buenas por la misericordia de Dios; pero si no lo hubiesen sido por culpa mia, me pesa, Dios mio, de todo corazon, y fiado en la preciosísima sangre de vuestro Hijo santísimo, os pido que me perdoneis; pues yo soy pronto á hacer cuanto debo, si vuestra divina Majestad me lo permite; y esto bastará para su quietud, y para deponer cualquier escrúpulo y congoja. Para responder al segundo argumento, sabemos que el mismo Salvador del mundo dijo que vino á la tierra por salvar á los pecadores (Matth. ix, 13 —*

1 *Tim.* 1, 15); se vistió de nuestra naturaleza por los pecadores; asimismo por los pecadores conversó en el mundo treinta y tres años; por la salud de los pecadores predicó y enseñó su divina doctrina (*Baruch.* III, 38. — *Matth.* IV); y últimamente por la salud de los pecadores toleró tantas penas y tormentos en la cruz, y murió en ella. ¿No dijo también Dios en el antiguo Testamento por boca de su Profeta (*Isai.* 1, 16, 18): *Quiescite agere perverse; discite benefacere... et venite, et arguite me. Si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabitur, et si fuerint rubra, quasi vermiculus, velut lana alba erunt. Dejad de obrar perversamente: procurad hacer obras de piedad y de misericordia; y si yo os faltare y no os socorriere con mi gracia, arguidme de infidelidad y de que falté á mi palabra. Si vuestros pecados fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve,*

y de la lana muy blanca? (Véase en el cap. XIII). En el Testamento nuevo sanando Cristo á la suegra de san Pedro (*Matth.* VIII, 15), al hijo único de la viuda de Nain (*Luc.* VII, 14), y á Lázaro (*Joann.* XI, 49), ¿ no se declara manifiestamente que no hay pecado que el misericordioso Dios no perdone á quien con humildad y fe recurre á sus brazos piadosos ?

El tercer argumento, con sola esta autoridad de la Escritura, queda enteramente desvanecido : *Impietas impii non nocet ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua : La maldad del impio no le dañará, ni le servirá de perjuicio delante de Dios, como de veras la deteste, y se convierta de corazon á su Majestad, pidiéndole perdon de sus culpas* (*Ezech.* XXXIII, 12).

CAPÍTULO XXXIII.

Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos.

Vencidos los enemigos en los dos asaltos referidos, suelen acometernos con el tercero, que es el de la presuncion; y esto sucede en dos maneras: la una es presumiendo nosotros de nuestras obras, y apoyando en ellas nuestra salud: la otra es persuadiéndonos á que somos mas favorecidos de Dios, y mas particularmente que los demás. La presuncion de nuestras obras se redarguye y convence con dos poderosas razones: la una es, que no sabemos si son aceptas á Dios; y la otra, que de las buenas obras se puede caer fácilmente en alguna culpa que nos dé la muerte para siempre. De la presuncion de una singular misericordia de Dios, basta decir, que es una insufrible soberbia que

debe huirse y aborrecerse mortalmente. Dirá, pues, frecuentemente: *nescit homo, utrum odio, an amore dignus sit*; ¿No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio? (Eccles. IX, 1). *Non intres in iudicium cum servo tuo, Domine*: quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens: No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia (Psalm. CXLII, 2).

CAPÍTULO XXXIV.

De algunas advertencias para el último paso de la muerte.

Si por desgracia ó poca advertencia, se dirá al enfermo, hubieses caído en alguna duda sobre la fe, ó en pensamientos de desesperacion, de presuncion, de infidelidad ó en algun otro, no pierdas el ánimo, aunque el demonio te quiera hacer creer que no tienes remedio; porque

si puedes confiésate luego; y si no puedes, dí con el corazón: *Deus, propitius esto mihi peccatori: Dios mio, usad de misericordia con este pecador* (Luc. XVIII, 13): y si pudieres, harás alguna señal de contrición y de dolor, que Dios te ayudará: vuelve tambien con frecuencia el pensamiento al auxilio de María santísima, de tu Ángel custodio y de los otros Santos de quienes eres devoto, empezando desde ahora á acostumbrarte á estos actos. Acuérdate tambien desde ahora, que cuando yo te mostrare las llagas de los piés de Cristo crucificado, te exhorto á la humildad y santo temor de Dios, diciendo en nombre tuyo: *non intres in iudicium cum servo tuo, Domine, etc. No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo; porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia* (Psalm. CXLII); y mostrándote las llagas de las manos, te aliento á la esperanza en los méritos de Cristo, diciendo por tí: *In te, Domine, speravi non confundar in æternum: Espe-*

ro, Señor, en Vos, y espero en los méritos de vuestra santísima Pasion, que no será vana mi esperanza, sino que lograré la vida eterna (Psalm. xxx, 1). Y cuando te mostrare el costado abierto, te convido á su amor diciendo en tu nombre: *Diligam te, Domine, fortitudo mea: Ámote, Señor, y te amaré, fortaleza mia* (Psalm. xvii, 1), y mostrándote todo el Crucifijo, te convido nuevamente al amor y á la esperanza, y diré por tí: *Jesu, sis mihi Jesus: Jesús, sed para mí Jesús*; y levantando las manos al cielo, diré en tu nombre: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te Deus: Así como el ciervo sediento busca con ansia el agua, así mi alma te desea, Dios mio, y bien mio* (Psalm. xli, 1); y poniéndote delante la imágen de la Virgen santísima, diré por tí: *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges, et in hac hora mortis suscipe: Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, libradme del enemigo, y re-*

cibidme en esta hora de mi muerte. ¡No deseas, hijo mio, que yo en tu nombre diga y repita estas oraciones y afectos y todo lo demás que Dios me inspirare? Dilata, pues, el corazon, está alegre y confia en quien te ha criado y redimido. Últimamente, te advierto que no desees jamás tener visiones, y que si las tuvieres no las creas ni las adores, aunque te exhorten á que lo hagas; mas volviéndote con la consideracion á aquel Santo que representan, le adorarás en el cielo; y si representaren á María santísima, adórala á la diestra del Hijo de Dios, y representando á este soberano Señor, le adorarás á la diestra del Padre, y en el santo Sacramento del altar.

CAPÍTULO XXXV.

Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático.

Cuando hubiere llegado el santísimo Sacramento, se dirá al enfermo antes que lo reciba : aquí está el único Salvador del mundo debajo de los accidentes de esta Hostia consagrada, que es aquel Hijo bendito, á quien el Padre *propter nimiam charitatem, qua dilexit nos, misit in mundum* : Por el infinito amor con que nos amó y ama, envió al mundo (Eph. II) : aquí digo está oculto el Cordero immaculado que murió en la cruz por librar el linaje humano del cautiverio de la culpa (1 Joan. IV, 10). ¿No crees firmemente todo esto, y que comiendo de este Pan divino con la disposicion debida, recibimos muchos favores y gracias, y entre otras, que en este último término de la vida nos dará virtud, y nos servirá de

güia para el camino del cielo? ¿No tienes deseo de recibirlo para gozar de estos efectos milagrosos, y para complacer en esto á tu Salvador? ¿No te conoces indigno de un bien tan grande, y de recibir dentro de tí este Señor inmenso? Díle pues: *Domine non sum dignus*, etc. (Matth. viii, 8):

CAPÍTULO XXXVI.

Del cuarto estado de los enfermos.

Pusimos en el cuarto estado los enfermos que poco ó nada sienten. El modo de ayudarles será poner frecuentemente el corazón y la mente en Dios, rogando por ellos en esta ó semejante forma: Criador del cielo y de la tierra, veis aquí vuestra criatura, que con tan alto consejo y amor habeis criado á vuestra imagen y semejanza (*Genes. 1*): no menospreciéis, Señor, la obra de vuestras manos, aunque con los pecados que he cometido

se halle defectuosa (*Psalm. 137*). Veis aquí, ó Verbo encarnado, aquella criatura, que era ya vuestra carne: no la aborrezcais, Señor, aunque se halle desnuda de buenas obras, sino vestidla de vuestros bienes y méritos, así como nos mandais á nosotros que lo hagamos (*Isai. LVIII.—Matth. xxv*). Veis aquí, Legislador divino, esta criatura por sus pecados enemiga vuestra: perdonad, Señor, á vuestros enemigos, y hacedles bien, pues así nos mandais Vos que lo hagamos con los que son nuestros enemigos (*Matth. v, 44*). Veis aquí, ó buen Pastor, esta vuestra ovejuela perdida (*Luc. xv.—Joann. x*), que habeis buscado y seguido treinta y tres años en este valle de lágrimas: no permitais que de vuestros divinos hombros caiga en las manos de los lobos infernales (*Luc. xv, 5*), sino reducidla á vuestro aprisco. Mirad, Redentor del mundo, la criatura por quien habeis sufrido tan indecibles tormentos en la cruz: no la abandoneis ahora, aunque haya

sido ingrata : salvadla , Señor , en memoria de aquellas angustias mortales que os dignásteis de padecer en el huerto , y en virtud de vuestras sacratísimas llagas , de vuestra sangre , y de vuestra muerte.

Tambien para ayudar al enfermo podrémos usar de versos de los Salmos , que sean propios del lugar , y del tiempo ; y si estuviere tímido se dirá : *Amparo mio y mi libertador eres tú : oh Señor , no te tardes* (Psal. LXIX , 6). *En tí , oh Señor , tengo puesta mi esperanza : no sea yo para siempre confundido.* (Psal. LXX , 1). *En tí esperaron nuestros padres : esperaron en tí , y tú los libraste. A tí clamaron , y fueron puestos en salvo. Confiaron en tí , y no tuvieron por qué avergonzarse.* (Psal. XXI , 5 , 6). *Oh Dios , no te alejes de mí. Acude , Dios mio , á socorrerme* (Psal. LXX , 12). *Oh Dios , atiende á mi socorro : acude , Señor , luego á ayudarme* (Psal. LXIX , 2). *Dios es nuestro refugio y fortaleza : nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han acosado* (Psal.

XLV, 2). *Ten piedad de mí, oh Dios mio, apiádate de mí; ya que mi alma tiene puesta en tí su confianza. A la sombra de tus alas esperaré, hasta que pase la iniquidad (Psal. LVI, 2). Mi situacion, Señor, es muy violenta: toma á tu cargo mi defensa (Isai. XXXVIII, 14). ¿Por qué estás tú triste, oh alma mia? ¿y por qué me llenas de turbacion? Espera en Dios; porque todavía he de cantarle alabanzas, por ser él el Salvador, que está siempre delante de mí, y el Dios mio (Psal. XLII, 5). ¡ Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando estar en los atrios del Señor. Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: alabarte han por los siglos de los siglos. (Psal. LXXXIII, 2, 3, 5). Vuélvete á mí, Señor, y librá mi alma: sálvame por tu misericordia (Psal. VI, 5). Librame, oh Señor, de mis enemigos; á tí me acojo (Psal. CXLII, 9). Clamé á tí, oh Señor, diciendo: tú eres la única esperanza mia, mi porcion en la*

dichosa tierra de los vivientes (Psal. CXXI, 6).

Si se teme, que presuma de sí, y de sus obras, se dirán estos versículos: *Mas no quieras entrar en juicio con tu siervo; porque ningun viviente puede aparecer justo en tu presencia* (Psal. CXXII, 2). *Si te pones á examinar, Señor, nuestras maldades: ¿quién podrá subsistir, oh Señor, en tu presencia?* (Psal. CXXIX, 3). *Porque no esperaré en mi arco: y mi espada no me salvará* (Psal. XLII, 7). *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria* (Psal. CXXIII, 9). *Dios mio, ten misericordia de mí que soy un pecador* (Luc. XVIII, 13). Se dirá tambien frecuentemente: *Jesús, sed para mí Jesús, Jesús, María! Jesús, ayudadme por causa de Vos mismo y de vuestra Madre. Marta, madre de gracia, madre de misericordia, defendedme Vos del enemigo, y recibidme en esta hora de mi muerte.* Se le hará muchas veces la señal de la cruz en la frente, en los ojos,

en la boca y en el pecho diciendo: *Jesús, María: Jesús Nazareno rey de los judíos salvadme en vuestro nombre.* Tambien se le rociará frecuentemente con agua bendita, se leerá la pasion de Cristo, se dirán las Letanías, y otras cosas que enseña el Ritual, propias de este caso: y se dirá á los circunstantes, que rueguen por el enfermo, y todos procurarán ayudarle del modo que pudieren, acordándose en esta ocasion cada uno de aquella sentencia del Señor: *Con la medida con que midiéreis, seréis medidos* (Luc. vi, 38). Con estos, y semejantes versos y oraciones, se ayudará á los enfermos de este estado; pues no son capaces de mayor auxilio.

CAPÍTULO XXXVII.

*Qué se debe hacer después que el enfermo
haya muerto.*

Después que el enfermo haya muerto, será bien retirarse á otra estancia, para dar lugar á que la familia atienda á acomodar el cadáver: y entre tanto diremos el Oficio de difuntos; y volviendo después á consolar á los parientes, les hablaremos en esta forma: os alabo que lloreis, porque demás de ser cosa agradable á Dios el llorar á los muertos, es señal de tener el corazón humano; pero también es cierto, que ha de tener sus términos el llanto, para que no se convierta en vicio una obra tan digna de alabanza; y para empezar á moderar las lágrimas, oigamos lo que á cada uno de nosotros nos dice el difunto, aunque no oigamos su voz: *Memor esto*, nos dice, *judicii mei; sic enim erit, et tuum: mihi*

heri, et tibi hodie (*Eccli*, xxxviii, 23):

Yo he muerto ya; y muy en breve haréis vosotros lo mismo, sin esperanza de que vuelva á empezar el curso de vuestra vida. Desde ayer á hoy se puede decir vive el hombre: tan velozmente pasa esta sombra fugitiva de la vida; porque no hay vida verdadera sino la del cielo. ¿Pues para qué llorais por mí tan amargamente? Si se debe llorar, llorad tambien por vosotros, que caminais con pasos apresurados á la muerte; y por decirlo mejor, si me amais y os amais á vosotros mismos, dejad el llanto, que á mí no me aprovecha; y á vosotros siendo excesivo, os ocasionará daño en el cuerpo y en el alma. Gastad, pues, el tiempo que empleais en llorar, en rogar á Dios por mí, considerando que los juicios de Dios hallan que purgar en las almas mas de lo que imagina el mundo. Yo, como quien os ama, os exhorto á la virtud, al amor de Dios y del prójimo, y al desprecio del mundo. ¡ De qué me han servido los deleites de

la carne , los deseos , la soberbia y la vanidad del mundo ! Mirad como todo pasa á manera de viento velocísimo. Lo que solo me ha quedado , son penas acerbísimas , que por la misericordia de Dios , como debéis esperar , conviene que yo padezca , no en el infierno , sino en el purgatorio ; y así os pido , que me ayudeis y socorrais con todos aquellos medios que enseña la Santa Iglesia Católica Romana ; y dando fin á mi razonamiento , os pido nuevamente que procureis hacer en vida , lo que en la hora de la muerte desearíais haber ejecutado. ¡Ó qué dolor ! ¡Ó qué dolor es en la hora de la muerte el pensar en el bien que pudimos haber hecho y no hicimos ! ¡Ó cuántos bienes eternos se pierden ! ¡cuántos tesoros se desperdician ! Sed , pues , sabios , advertidos y prudentes , y ordenad y componed vuestra vida para la última necesidad en que os hallareis , que en esto consiste la suma de nuestra felicidad ; y todo lo demás es inútil y de ningun provecho.

CAPÍTULO XXXVIII.

Del quinto y último estado de los enfermos.

En el quinto estado pusimos á los convalecientes , á quienes hablaremos en esta forma : Muchos documentos podréis haber sacado de esta enfermedad ; pues habeis conocido con mayor luz , que sois mortales : que las cosas del mundo pasan velozmente : que vuestra adhesion y apego á las criaturas es mas tenaz de lo que creiais : que sin grande dificultad y sumo dolor , no puede el hombre desasirse de ellas ; y últimamente , que es grande el terror y espanto que causa la consideracion de la estrecha cuenta que se ha de dar á Dios de toda nuestra vida. Asimismo habeis experimentado , cuán dulce es la memoria de las buenas obras que se han hecho. El fruto que habeis de coger de todo esto es , que como un prudente capitan , habiendo visto las partes mas

flacas de vuestro corazon, y reconocido vuestros defectos, procureis en este poco tiempo de vida que os queda fortificaros con diligencia, para que cuando venga la muerte os halle tan bien prevenidos que os abra el paso á la vida verdadera. El modo, pues, de fortificaros y preveniros ha de ser este: Cada mañana imaginaréis que os dicen: *Dispono domui tuæ; quia morieris; Procura disponer las cosas de tu alma; porque está muy próxima tu muerte* (Isai. xxxviii, 1): y como si aquel dia fuese el último de vuestra vida, atended en todas vuestras acciones á tener limpia la conciencia, á mortificar las pasiones, á despreciar el mundo, y á enriquecer vuestra alma de virtudes y buenas obras, para agradar á Dios. Para esto es necesaria la vigilancia, la violencia, la oracion, la meditacion, y la frecuencia de los santos Sacramentos. Os acostumbraréis á velar sobre vuestro corazon, para que se desprenda de las criaturas, y no se pegue

mas á ellas ; y si en esto sintiéreis repugnancia y pena , haceos fuerza , y recurrid al instante á la oracion , diciendo : Señor , libradme de mis enemigos , y de todas las inclinaciones terrenas : ayúdame , Dios mio , para que no ceda á estos movimientos , que son contrarios á vuestra voluntad. Después meditaréis en alguna de las cosas que hizo Jesucristo en el curso de su vida , y en los misterios de la cruz ; y considerando que su divina Majestad se dió todo por vosotros , no tengais dificultad en entregaros enteramente á su voluntad , que no quiere otra cosa que vuestro bien , y tal y tan grande , que no cabe en nuestra comprension ; porque os quiere en el cielo en su compañía , para que os sustentéis del mismo manjar de gozo , perfeccion y bendicion , de que su divina Majestad se sustenta y sustentará siempre. Y si quereis una instruccion dilatada , que os enseñe á arreglar vuestra vida y pasiones desordenadas , y adornaros de las virtudes con to-

do lo demás que es necesario para adquirir la perfeccion cristiana , usad de la doctrina que os doy en el Combate espiritual.

FIN DEL COMBATE ESPIRITUAL.

DIÁLOGOS

DE CRISTO CON EL ALMA

SU ESPOSA ;

ESCRITOS POR EL REVERENDO

P. GASPAR DE LAFIGUERA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

y que forman el tratado tercero

DE SU

SUMA ESPIRITUAL.



INTRODUCCION.

Para que toda suerte de personas, por muy aventajadas que sean en espíritu y muy favorecidas de nuestro Señor, tengan que aprender en esta Suma; he querido ponerlas al fin de ella este breve coloquio donde puedan mirarse como en espejo todos los movimientos interiores, de qué espíritu nacen, y también las faltas que cada uno tuviere,

para que las quite y se haga mas agradable á los ojos de Dios. No sabré decir, aunque quiera, si esta obra de oro ha sido invencion de algun hombre docto y perfecto, para humanar los secretos divinos que le fueron enseñados del cielo, como otros Padres místicos lo han hecho; ó si fue, lo que la letra suena, verdadera y propia conversacion de Cristo Señor nuestro con alguna religiosa querida esposa suya, que obligada de su Prelado, manifestó por escrito estos secretos, encubriendo de manera su nombre, que no ha quedado rastro ni memoria de él en el mundo.

Verdad es, que la opinion del autor engendra en nosotros estima de sus obras; mas este celestial tratado, sobre quanto ha salido escrito en nuestro tiempo, es el que menos necesita de este crédito; porque la simplicidad de su estilo, el peso de sus razones, la majestad de sus

respuestas , la propiedad de sus palabras , la disposicion de sus pensamientos , la comprension de la materia que trata , la eminencia de la doctrina , el magisterio con que la enseña , el sentido espiritual vivo que da á la Escritura que alega , la blandura grave de su trato , la dulcísima aspereza con que riñe , la claridad rara con que satisface , el fuego que pone á quien lo lee , la libertad con que entra y sale de lo mas cerrado de las ciencias , la distincion con que propone , el imperio con que destierra temores vanos , y tanta precision en todo , inducen fuertemente (mirada la pequeñez de la condicion humana incapaz naturalmente de tan fecundo parto) á que toda esta enseñanza tuvo su nacimiento en el cielo.

En lo favorable solamente deseo que se incline á este piadoso sentir el que quisiere mirar esta obra con respeto : y

el que lo tuviere por estorbo para sacarla á luz , siga lo primero , y mas seguro con envidia del humilde autor , que como justo comió en vida el fruto de esta sabrosa invencion ; y dejó en muerte sustento y luz para los venideros.



DIÁLOGOS
ENTRE JESUCRISTO Y EL ALMA
SU ESPOSA.

DIÁLOGO 1.º

De la diferencia que tienen los afectos espirituales de los afectos sensibles.

ESPOSA. Mucho deseo, Esposo mio y Señor, saber lo que tengo de hacer en los aprietos y regalos que siento á tiempos: porque temo ofenderos con desordenada tristeza, como con vana alegría.

ESPOSO. Si ese temor tuvieses siempre, y no te olvidases de él jamás, no serias extremada en *alegrarte* ni en *entristecerte*; porque usarias de templanza y modestia en lo uno y en lo otro, y así irias segura por el medio, no *entristeciéndote* mucho con los aprietos, ni *ale-*

grándote mucho con los regalos ; porque en estas demasías suelo ofenderme.

ESPOSA. Pues ¿ cómo , Señor, me decís que tenga moderacion en alegrarme , si no la tengo de tener en amaros, pues á la medida del amor es el gozo ? Y ¿ cómo tengo de tener moderacion en mi tristeza, pues no la tengo de tener en dolerme del pecado cometido contra Vos ?

ESPOSO. Para responderte á esto que dices has de saber , Esposa mia , que hay alegría , deseo y amor espiritual que nace del mismo acto de entender á Dios. Y de esta alegría y amor no has de entender la moderacion que te digo ; porque antes , si bien se mira , esta alegría, deseo y amor ha de ser sin modo, el cual perfecciona mas el mismo acto de entender ; y este mas perfecto ; eslo tambien el deseo y alegría, y así anda en retorno perfeccionándose lo uno con lo otro hasta hacerse el alma un querubin en la inteligencia , y un encendido serafin en el amor y gozo. Hay tambien tristeza y

fuga *espiritual* que nace del mismo acto de entender la fealdad del pecado contra mí ; y de esta tristeza no has de entender tampoco la moderacion que te digo, porque esta tristeza ha de ser sin modo, la cual perfecciona ni mas ni menos el acto de entender y aborrecer el pecado; y este mas perfecto, lo es tambien la tristeza ; y así andan en retorno perfeccionándose lo uno con lo otro, como te dije del amor.

Hay otra alegría, deseo y amor *sensible* que de Dios redundada y mana en la *imaginacion* y *apetito* sensitivo del gozo y alegría que está en la voluntad; como en mi transfiguracion, que comuniqué á mi cuerpo la alegría y gloria de mi alma. Y esta alegría y amor *sensible* ensancha el corazon, enciende el rostro y causa lágrimas de alegría ; y esta es la que te digo que moderes, porque es muy diferente y peregrina de esotra *espiritual*: y tanto, que le hace tanta guerra y contradiccion, que si se van mucho en ella la *imaginacion*

y el apetito, ciega el entendimiento, y enloquece la voluntad, y queda el alma convertida en carne y hecha semejante á los jumentos salvajes, dando risadas sin órden ni concierto, hablando locuras y disparates, que la gente ignorante tiene por cosas sobrenaturales, siendo locuras.

Hay otra tristeza, fuga y odio *sensible* que de Dios redundada y mana en la *imaginacion* y apetito sensitivo, la cual aprieta el corazon, y hace derramar lágrimas y suspiros. Y esta tristeza fuga y odio sensible es la que yo te digo que moderes, porque ni mas ni menos es muy diferente de la otra tristeza espiritual, á la cual da tanta guerra y contradiccion, si es demasiada, que ciega el entendimiento, y enloquece la voluntad como la otra desordenada alegría; y de aquí vienen muchos á hacer obras de desesperados y matarse como Judas. De manera, que así como esta alegría, deseo y amor *sensible*, y así como esta tristeza, odio y fuga *sensible* es muy buena, si es mode-

rada ; así es pestilencial si no se templa.

ESPOSA. ¡ Oh Jesús, Esposo mio , cómo se goza mi alma de oiros estas verdades ! Pero decidme , cuando esta alegría no nace de amaros , ni esta tristeza de haberos ofendido , sino de no sé qué , ¿ qué tengo de hacer ?

ESPOSO. Bien pareces niña en tú espíritu ; pues te atemorizas donde no hay de qué , y te alegras del aire : si te acabo de decir que te moderes , aun cuando la tristeza y alegría trae fundamento ; ¿ cuánto mas has de hacer esto , cuando no hay razon , ni causa de alegría ni tristeza ?

ESPOSA. Ya veo tambien esto ; pero mas no está en mi mano.

ESPOSO. Pues si no está en tu mano , haz virtud de la necesidad ; porque tambien doy licencia á los demonios , aunque con tasa y medida , para que aflijan , tienten y prueben á mis esposas , como á otro Job ; para que se conozcan , humillen y ejerciten en la paciencia , hija de

la caridad , como dice el Apóstol. Porque ya sabes que , andando yo por el mundo, prediqué que no habia mayor caridad, que padecer por el Amado hasta dar por él la vida , si fuere menester , como yo lo hice ; porque gozar de favores , gustos y deleites por respeto y amor del Amado, esto cualquiera lo hace ; pero gustar de cáliz amargo , de aprieto , de aflicciones interiores y exteriores por amor del Amado , esto pocos lo hacen , y de estos has de ser tú. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de padecer aprietos, tentaciones y aflicciones por mi amor ; porque ellos serán hartos de este manjar, que tantas veces dice mi Apóstol , que no se da á los niños en la virtud , sino á los varones crecidos en ella.

Creció el niño , dice la Escritura , y destetáronle ; y Abrahan hizo un grande convite el dia que le quitaron el pecho. De manera que á los crecidos se quita la leche de los gustos y consolaciones , y se les da el manjar de aprietos y aflicciones,

y este dia se hace fiesta en mi corte celestial, y no llanto como tú piensas. ¿No me ves en el Apocalipsi ceñidos los pechos con una cinta de oro? ¿y no te hace admiracion tal manera de ceñir por los pechos y no por la cintura, y con cinta de oro y no de hierro? Acaba de entender, que el amor que tengo, y el verte crecida, aunque tú no lo entiendes, ni conviene, me hace ceñir de mis consolaciones.

Y no es tenerte aborrecida, como á tí se te representa, porque á los que amo castigo y aflijo; y si sus aprietos y penas fueran consentimientos, y si el entender fuera amar, y el recibir pena fuera delectarte; bien hicieras en pensar si estaba enojado contigo, cuando estás hecha un mar de penas y aprietos, y representaciones varias y vanas, pero no es así; sino que va mas diferencia de la pena á la culpa, y del entender al querer, que del cielo á la tierra; porque en lo uno hay culpa y ofensa mia, y en lo otro no;

sino merecimiento, si hay paciencia y humildad: y en lo uno me agrado, y en lo otro me ofendo; y así haces mal en afligirte por lo que yo me agrado.

Mira que eran Ángeles los que bajaban por la escala de Jacob, como los que subían; y así es en mis esposas que humillo con trabajos, y levanto con favores; que entristezco con mi ausencia, y alegre con mi esperanza. ¿Querrias tú estar siempre en bodas? Pues mira que esto no es posible en esta vida de *penitencia*, sino en la otra de *gloria*. ¿Parécete, que es bien querer, que sea el destierro patria, y la cárcel de miseria paraíso de deleites? No por cierto, ni quieras tú ser mas que mi Apóstol, á quien, porque los regalos no le ensoberbeciesen, le dí aquel estímulo de carne, ángel de Satanás, que le afligia y apretaba, hasta pedirme muchas veces que se lo quitase; y yo no quise, porque la virtud de la paciencia, humildad y caridad se perfecciona en la fragua de los aprietos y aflicciones.

Y no me digas que no sabes tú si este es así en tí, y que antes temes si por ventura es esto empezar á padecer el infierno que te está aparejado. Ajeno sea de tí tal pensamiento, Esposa mia, pues no tienes pecado mortal por mi bondad y misericordia. ¿Sabes en quién ha lugar este temor? En las almas, *que estando en grandes aprietos, están tambien en actual pecado mortal.* Y no me digas, que por ventura estás tú en él, que *á los que hacen lo que en sí, no les deniego yo mi gracia.* Y esto ya lo has hecho tú una y muchísimas veces, segun tú has podido, que es pensar en tus pecados, y dolerte de ellos, y recibir los Sacramentos.

Concluyo diciendo, que si estas verdades no te hacen fuerza, teniéndote por indigna de aflicciones y aprietos, que estás llena de apetitos y amor propio, que no te dejan ver la luz de estas verdades, ni apetecerlas, ni amarlas. Toma mi consejo y haz propósito firme de tener desde aquí *á lo amargo por dulce, y lo dulce*

*por amargo, y verás la paz tan grande que posees; y  espera á la luz cuando estás en tinieblas, y las tinieblas cuando estás en luz; pues ves por experiencia, que así te pasa, como tambien le pasó á mi amigo Job; y así lo hago yo con mis amigos y esposas, que un poco me les muestro y un poco me ausento de ellas; para con lo uno fundarlas en *humildad*, y con lo otro encenderlas en *amor*, que son las dos cosas que yo mas deseo; y celo en ellas, como lo habrás visto en tí misma, si quieres advertir en ello.*

DIALOGO 2.º

En que se declara mas el primero, y se dan mas señales para discernir los afectos espirituales de los sensibles.

ESPOSA. Mucho deseo, Señor, que todo lo pasado me lo resumais en pocas palabras, porque así lo entienda mejor y me acuerde de ello; que soy flaca de memoria.

Esposo. Todo lo que hasta aquí te he dicho, se resume en cuatro palabras, que de ordinario te hago sentir en la oracion y ejercicios espirituales, que son: deleite y gozo sensible; manjar de niños, manjar de varones. Y aunque estos cuatro puntos están suficientemente declarados en lo pasado, porque los entiendas mejor, quiero avisarte de un error para que lo evites, en el cual suelen caer gente ruda y de poco entendimiento, y aun muchas veces grandes varones y filósofos; y es confundir y tener por uno mismo el deleite *espiritual* y el *sensible*: ó á lo menos si esto no hacen, engañanse muchas veces en juzgar el *sensible* por el *espiritual*. Y lo que se sigue de esto, lo primero es, que, no moderando el gozó *sensible*, caen en grandes locuras, atizando el demonio este afecto cuanto puede.

Lo segundo, se sigue tomar falsa regla y medida para juzgar la bondad y malicia de sus obras morales. Porque has de saber, que en buena filosofia moral,

la bondad ó malicia de vuestras obras consiste principalmete en la voluntad; y para conocer si esta voluntad es buena ó mala, se ha de mirar principalmente al fin, el cual no es otra cosa sino aquello en que se reposa y hace asiento y pausa la voluntad: la cual pausa y quietud la digo deleite y gozo espiritual, por el cual se juzgan vuestras obras buenas ó malas: de manera, que si vuestro deleite es con cosa buena, la obra es buena, y si con cosa mala, es mala.

Y así este deleite *espiritual* de la voluntad tengo yo dado por regla y nivel de la bondad ó malicia de vuestras obras morales; y no el deleite *sensible* de vuestro apetito y sentidos, como piensan los ignorantes, los cuales toman por regla de sus obras este deleite *sensible*: y aquellas juzgan por buenas y muy preciosas, que van acompañadas con él; y aquellas por de ningun valor, que les falta; y así la oracion que no tiene *júbilos y saltos de corazon*, la obediencia, la disciplina, la

confesion y comunión, y todo lo demás bueno que hacen, *si les falta este deleite y alegría sensible, va perdido en su juicio y no vale nada.*

Y no es así, porque como digo, no es ese deleite la regla, sino el *espiritual*; lo cuál mirarás bien, porque no te engañes; que no es saltar el corazón, suspirar ni reír de alegría, que todo eso es deleite *sensible*, que los ignorantes tienen por *espiritual*. Nótalos muy bien, que no es otra cosa deleite *espiritual*, sino *una quietud de la voluntad en la cosa que actualmente ama*; y es el deleite *espiritual* verdadero, y no otras imaginaciones y sentimientos peregrinos de vuestro apetito y sentidos.

Verdad es, que este gozo *sensible*, cuando es moderado, ayuda mucho al *espiritual*; y así no hacen bien los que quieren cortar totalmente este deleite y gozo *sensible* en sus buenas obras, por decir que no está en él todo el negocio; y así ten freno de discreción y prudencia, apro-

vechándote de las cosas, como conviene.

ESPOSA. Bien me parece todo esto y me da luz ; pero, Señor mio , oyéndoos decir de este deleite quietud y reposo de la voluntad , tan digno de ser amado , pues es tan precioso y seguro ; por aquí he venido á entender la merced que me habeis hecho en mi oracion , sin haberla yo merecido , ni conocerla. Porque veo, que lo ordinario es mi oracion en esta quietud, deleite y gozo de la voluntad en Vos sin ruido de otras varias consideraciones ni pensamientos, los cuales algunas veces mas me estorban que me ayudan ; porque mas altamente siento la fe de Vos, Esposo mio , que todo cuanto me pueda decir la razon humana , y aun los mismos Angeles y todas las demás criaturas del cielo y tierra.

ESPOSO. Yo ya sabia que te llevaba por ese camino de recogimiento, quietud y deleite en mí , sin estimarlo tú en lo que merecia ; y me holgaba de verte congojada sobre si era aquello perder tiem-

po, pues no tenias muchas consideraciones y meditaciones como otras veces, y como tú oyes decir que tienen otras personas. No te pase por el pensamiento de aquí adelante congojarte por lo que te habias de alegrar, porque es tanto mejor esa oracion de recogimiento y quietud, que la de meditaciones y discursos, que no tiene comparacion, porque esta meditacion es camino para esotra de quietud. Este es el *sueño y reposo* que yo tanto guardo á mis esposas; y cuando lo tienen, conjuro á las hijas de Jerusalem, que son los pensamientos y discursos, por las cabras y ciervos de los campos, que no inquieten ni despierten á mi amada hasta que ella quiera.

Y esta quietud, paz y reposo no hay donde mejor se goce y guarde, que en la *soledad*: y por eso, si bien lo miras, tienes recibida otra singularísima merced mia, que es *un continuo deseo de huir la comunicacion con las criaturas*, aunque sean santas, y recogerte conmigo á solas

en la soledad ; porque verdaderamente nunca estás mejor acompañada, que cuando estás conmigo. Mira , guárdate que no se diga de tí : *No es el bien conocido , hasta que es perdido* ; y sin duda perderás esta manera de oracion y deseo de soledad, si no lo estimas en lo que ello merece ; anteponiendo á todas las demás obras á que la obediencia no te fuerza.

ESPOSA. Temor me da de oiros esa amenaza , Esposo mio ; pero yo estimaré esas dos cosas mas que hasta aquí , para que yo sea mas vuestra y Vos mio. Y, pues , me habeis enseñado tan en particular que sea *manjar de niños y manjar de varones*, para que yo empiece á ser fuerte en mis obras explicadme esto mas en particular.

ESPOSO. Gloria sea á mi Padre , que tales deseos te infunde ; él te los perfeccione y conserve hasta que por ellos te dé su gloria , y te goces para siempre.

Has de saber , Esposa mia , que *manjar de niños* es las consolaciones y gozos

sensibles, que al principio de la conversion y trato conmigo les suelo dar como leche, y muchas veces estándose en pecado mortal, sin amarme sobre todas las cosas.

Tambien entran en este número de *leche y manjar de niños* las revelaciones, visiones y raptos, discrecion y reconocimiento de espíritus y todas las gracias, que se dicen *gratis-datas* intelectuales, las cuales se compadecen muchas veces con pecado mortal de que hace un catálogo mi Apóstol escribiendo á los Corintios; y de ellas se preciaba tambien quando era niño y recién convertido, diciendo que hablaba con varias lenguas como niño, y tenia espíritu de profecía como niño, y visiones, revelaciones y raptos como niño; en tanta abundancia, que en su conversion estuvo gustando de esta leche por tres dias, elevado hasta el tercer cielo, que fue menester quitarle de la boca el pecho porque no se ahítase, y darle otro manjar amargo, que fue aquel es-

tímulo de carne, ángel de Satanás, que le afligia y apretaba tanto, que llorando como niño que destetan, me pidió el pecho de mis consolaciones; y yo que no quise dárselo, porque no le hiciese mal tanta leche y se muriese, cayendo en espíritu de soberbia; que este peligro tienen estos *manjares de niños*, haciendo regalonas y soberbias las almas.

Pero cuando se llegó el tiempo en que ya estaba crecido en virtud, y para gustar el manjar de varones, que yo anuncié á mi siervo Ananías que es el padecer, dejó todas las comidas de niños y aplicóse á las de varon, que son las que cuenta á los mismos Corintios, de caridad, paciencia, varios trabajos, aprietos y aflicciones, la mortificacion y cruz de que él tanto se precia: las cuales virtudes son *manjares sólidos* que no sufren consigo flaqueza de pecado mortal, como es otros *manjares de niños*.

Ya te he dicho cuáles son las consolaciones que has de escoger y los manjares

que mas te conviene gustar : sigue lo mejor , si quieres acertar. Déjame hacer lo que yo quisiere , *que yo te daré á gustar en cada hora y momento el manjar que mas te convenga* , si tú con humildad y resignacion lo quisieres recibir.

DIALOGO 3.º

En que se declara qué sea oracion de quietud , con sus propiedades y nombres.

ESPOSA. Ó mi dulcísimo Jesús , Señor y Esposo mio , como me habeis consolado dándome tan claramente á entender , que el deleite espiritual , y no el sensitivo , es la señal clara y divisa manifiesta de la bondad ó malicia de mis obras : y así de aquí adelante , aunque me vea llena de malos pensamientos , y de tentaciones pestilenciales , no se me dará nada , si no tengo en ellos deleite espiritual deliberado y de propósito. Y por el contrario , cuando me viere llena de buenos y santos pensamientos , y que me de-

leito y reposo en ellos, me gozaré mucho, pues el gozo es señal manifiesta de las mercedes que de Vos recibo: digo gozo espiritual y no sensitivo, pues con él tengo de medir la bondad ó malicia de mis obras, y no con el sensitivo.

Tambien me ha consolado la luz de los *manjares de niños y de varones* en la virtud, que es cosa que yo deseaba saber mas clara y distintamente. Y sobre todo se consuela mi alma en considerar la merced que me habeis hecho tan sin merecerlo, en darme tal modo de oracion, que sin duda es de quietud y gozo espiritual; y reposo en Vos, que es el fin de todos los demás ejercicios de discursos y meditaciones; aunque este punto, por serme tan necesario y haberse tocado tan sumariamente en el diálogo anterior, deseo que me lo declareis mas en particular.

Esposo: Bien parece, Esposa mia, que tienes mi espíritu, pues pides lo que yo tanto deseaba. En cuanto á lo primero has de saber, que el fin y blanco de la

contemplacion , principalmente es considerar con una vista pura y clara , quanto con la fe se puede , mi divinidad y perfecciones, mi ser, poder, bondad, hermosura , reposando amorosamente en mí y uniéndose conmigo con suma suavidad, deleite y fuerza de amor , como muchas veces lo haces , el cual amor , cuanto es mas encendido , tanto tiene mas en esta vida de union conmigo , y después en el cielo ; porque á la medida del amor es la union , gracia y gloria.

ESPOSA. Muy bien tengo entendido lo dicho , en que consiste la verdadera contemplacion. Ahora deseo saber , cómo viene el alma á esa soberana contemplacion.

ESPOSO. Preguntas lo que ya sabes por experiencia: Advierte, que el modo de ponerse el alma en mi contemplacion , es olvidarse de todas las cosas del cielo y tierra , sin discurrir el alma con el entendimiento , mas que mirar mi infinito ser , bondad y hermosura , amándome con indecible suavidad , gozo , quietud y repo-

so; el cual olvido es el que mis siervos dicen por otras palabras *recogimiento del alma á lo interior*; porque los pensamientos y deseos que esta tenia repartidos en varias cosas, los aparta de ellas, y los convierte y recoge á mí solo con sumo y actual amor, deseo, gozo y descanso en mí.

Dícese tambien este olvido *silencio espiritual*, porque el hablar de tu alma, es pensar en esto y en lo otro; y cuando dejas de pensar en tales cosas y te quietas mirándome solamente á mí, y escuchándome, entonces está el alma en silencio.

Dícese tambien este olvido *no pensar nada*, conviene saber, *de las cosas criadas*, pero no del *Criador*, que soy yo objeto y blanco beatífico de tu entendimiento y voluntad: no porque el entendimiento no entienda, sino porque con una simple vista y aprehension mirándome, ama mucho; porque has de saber que no puedes amar, si primero no entiendes, y así siempre precede y acom-

paña á tu amor el conocimiento de mi bien infinito.

Esto que te he dicho es oracion de quietud, recogimiento y silencio; que es la que tú tienes al presente y tendrás, si no eres ingrata, descuidada y soberbia; y de tal manera, que no se te acabe en todos los siglos de mi eternidad, porque ya sabes está escrito, que la caridad nunca falta; y María figura de las contemplaciones la escogió, y no se le quitará para siempre. Guárdala tú tambien, porque te hago saber, que es un modo de oracion, que no doy yo á todos, y es muy noble, divino y suave de excitar, porque carece de discursos y operaciones de entendimiento, que no cansa tanto, y puédese tener en el alma largo tiempo con mas facilidad; y mas cuando la acompañas *con mi humanidad*, aprendiendo de mi humildad y de mi infancia á ser pequeña y niña en tus ojos, que á esos tengo prometido mi reino, el cual goces conmigo eternamente.

DIALOGO 4.º

De las espinas que ahogan el fruto de la oracion,
y de las que le hacen crecer.

Esposo. Sí que te amo mas que á mis ojos y á mi vida, pues la dí por tí. Tú casi siempre me estás contemplando con alegre y amorosa vista, por estar tu alma en mi gracia tan pura y blanca á lo menos con el deseo, y á los tales digo yo en mi Evangelio que me verán y entrarán en el tálamo de mis bodas eternas donde no se admite cosa sucia ni manchada; pero por este inefable amor con que te ame y celo tu aprovechamiento, y que aproveches y crezcas en la oracion, que yo por mi bondad te doy de recogimiento y quietud; te quiero con rigor y aspereza avisar de algunas espinas que impiden tu quietud y recogimiento.

ESPINA 1.^a

¡ Es posible que no acabes de entender , que los *cuidados demasiados* son espinas que ahogan en tu alma la semilla de la gloriosa y bienaventurada quietud y oracion de recogimiento ! ¡ Y es posible que no acabes de entender , que estos cuidados demasiados no son en tí , por mi bondad , de riquezas temporales , de niños , de carne y sangre como en la gente del siglo , sino de ser muy justa , santa , pura y acendrada ! ¡ Y es posible que no acabes de entender que ese *cuidado y deseo* sensitivo es en tí vicioso y malo por ser tan demasiado ! Si á los lobos con piel de oveja no los conoces , mírales á las manos ó á los afectos y obras que causan en tí , y por ellas los conocerás .

Mira como este *cuidado* te quita el *recogimiento* , *quietud y paz de tu alma* , que es un bien , sobre todo bien y que lo entré predicando con celestial música la

noche de mi nacimiento, diciendo : *Paz sea en la tierra á los hombres de buena voluntad* ; lo salí amonestando la última noche de mi cena, repitiendo á los míos : *Mi paz os doy , mi paz os dejo , porque en ella moro.*

No ves que ese *cuidado* te hace infiel y rebelde al consejo de tus confesores, y que siéndolo á ellos , lo eres á mí , que dije : *Quien á vosotros desprecia , á mí me desprecia.* Acaba ya y mira muy bien ese tu *cuidado* y *desasosiego* , y verás la raíz de eso , que es *falta de humildad* , es *soberbia* y *amor propio* , que quiere todas las cosas luego allí de presente á su salvo y gusto.

Es *falta de humildad* , porque quieres tú ser mas que los justos de quienes dije , que caen siete veces al dia , para que así los conozcan y se conozcan , se humillen y los humillen. Tú no quieres *conocerte* ni *que te conozcan* ; ni *humillarte* ni *que te humillen* ; y esto es ello. Mira lo que dice la Escritura , *no quieras ser*

demasiadamente justo, que te pasmarás en tu justicia ; la cual bien parece justicia tuya y no mia , que esta es sin agravio de partes , y la tuya es con tanto agravio de tu paz , haciéndote demasiado temer donde no hay de qué , apartándote de mí y entregándote en manos de mis enemigos y tuyos , quitándote la luz y reposo de tu alma , y dejándote en tinieblas y desasosiego , y así experimentas lo que dice el proverbio : la suma justicia es suma crueldad é injusticia : y así pagas la pena de la culpa.

Conviénete , pues , ser humilde , y no presumas tanto ; *enséñate á sacar humildad de tus faltas , y no amargura y desasosiego , que me das pena y me ofendes mas con el desasosiego que recibes de ellas , que con ellas mismas ; porque ellas son casi nada : y la pérdida de la paz es cosa grande . ¿ Parécete que es buena justicia esta ? No por cierto ; sino muy mala , pues por evitar un mal pequeño caes en otro mayor ; y por purificar tu alma la ensucias ; pues*

la inquietud y suciedad es miseria grande, porque contradice la bienaventuranza que á los pacíficos yo prometo.

Ya veo que me dices, que de las faltas *presentes* no te inquietas, solo de las *pasadas*. A eso te digo, que ni de *esas* ni de *esotras*, sino haz muchos propósitos y determinaciones (y procura de cumplirlos) de no dar fe, ni crédito á *tu memoria*, que es muy flaca y deleznable; y de lo que hizo y dijo ayer no se acuerda hoy, cuanto mas de lo que ha mucho tiempo, y *ni creas tampoco á tu entendimiento*, *ni entres con él en razones*, que el temor demasiado, si estás ó no en pecado, lo ciega, y el ciego hace y forma razones ciegas, que te ciegan y apartan de la luz que tú posees de ordinario.

Todo esto se acabaria, si *fueses humilde y creyeses á tus confesores*, y si hicieses lo que mi Apóstol (mira que lo hagas) preciarte con él de sola una cosa; esta es, olvidarte de todo lo pasado y poner todo cuidado en lo porvenir, para huir

del pecado y seguir la virtud, y no consumirte en mirar lo que tu memoria y entendimiento en tu rincón te representan de cosas que yo tengo olvidadas; pues en doliéndose el pecador de sus faltas, yo las olvido. Y no me repliques que no has hecho tú esto, sino cree que lo has hecho, pues así te lo han dicho tus confesores; porque lo demás es *soberbia* y falta de fe.

ESPOSA. ¡ Oh, mi dulcísimo Jesús, y cómo es así verdad! Yo propongo de mas no hacer caso de mi memoria ni entendimiento; sino tener por tentación clara del demonio todo aquello que turba la paz y quietud de mi alma.

ESPINA 2.^a

ESPOSO. No habemos acabado con tus espinas, otras hay no menos penosas y dañosas que las pasadas; porque si aquellas te quitan la paz, estas te quitan el comulgar, sobre si llegas *digna* ó *indignamente*, si *llegarás* ó *no llegarás* á re-

cibirme. Y para concluir en dos palabras (que lo demás es nunca acabar) comulga cuando te lo manda quien puede ; que es tu confesor y prelado , y cree que llegas como yo deseo y gusto , si no vienes como dije por mi Apóstol y Concilios, con conciencia de pecado mortal. El venial , no presente , sino pasado , no pesa tanto , y con la misma comunión se quita cuando no tengas á mano el confesor : y así depon tus escrúpulos y no pierdas tiempo ni ocasión de recibirme por hacer demasiada cuenta de faltillas. Usa de aquellos remedios que te dije , y otros que tú sabes ; un golpe de pechos , agua bendita , y quiétate , y comulga , y verás como te va.

ESPOSA. Cierto , Señor , que lo tengo de hacer así de aquí adelante : porque las veces que lo he probado , tengo experiencia que me va muy bien ; pero decidme , Señor , qué es pecado *presente* y pecado *pasado*.

ESPOSO. Pecado venial *pasado* es el que

hiciste ayer , y tambien hoy antes de ir á comulgar. *Presente* , es el que actualmente tienes allí voluntad de hacer, como es decir tal ó tal mentirilla , tal ó tal murmuracioncilla ó conversacion vana, y este es pecado venial *presente* , que aunque no impide la *gracia habitual* y su aumento, impide la que se dice *actual* , que es una pérdida grande , y es un grande atrevimiento y poca reverencia y temor mio; y así nunca te llegues á recibirme en pecado venial *presente* ; pero *pasado* no es nada que me estorbe. Y asienta en esta verdad , y reposa sin oír turba de opiniones , si no quieres andar siempre desasosegada , y perder muchas comuniones : y estas perdidas, tambien mucha gracia, perfeccion y quietud.

ESPINA 3.^a

Esposo. Ya que he empezado á tratar de las espinas y cosas que te turban y ahogan algunas veces la paz y quietud de tu recogimiento , quiero pasar á otras,

que son afligirte cuando te sacan de los ejercicios de *contemplacion* á los de la *vida actual*, y después á esta afliccion añadir otra, *dudando si es imperfeccion ó cosa mala aquel sentimiento*; y así se van multiplicando las espinas de tu alma, las cuales no te afligirian, si te acordases de lo que muchas veces te he dicho; esto es, que *los ejercicios de la vida contemplativa los has de tener en deseo, y los de la activa en paciencia*; porque mejor te es gozar de la hermosura de Raquel y reposo de María, que de las lagañas de Lia y turbacion de Marta; por que mejores y mas meritorios son los ejercicios de la *contemplacion*, que los de la *accion*.

Pero aunque esto es así verdad, se puede dar caso en que por algun tiempo sea mejor la *accion* que la *contemplacion*; conviene á saber, cuando de la abundancia de la caridad, ó por pedirlo así *la santa obediencia*, ó por necesidad se sufre con paciencia apartarse algun tiempo

de la quietud y reposo de la *contemplacion* y salir á la *accion*, no olvidando, en cuanto pudieres, la *contemplacion* en esa misma *accion*; porque entonces está ocupada la persona en el todo, y no solo en una de las partes; esto es, no solo en la contemplacion, que es una de las partes de la vida cristiana, ni en la activa sola, que es otra parte; sino en el todo, que es *contemplacion* y *accion* juntamente, y es mejor que cada una de las partes por sí.

Y así yo no dije de María que escogió *el todo* de la vida cristiana, sino la *mejor parte* de este *todo*, que es la contemplacion, como está dicho; porque de dos bienes se ha de escoger el mayor, cuando no es posible haberse ambos juntos, como tú ahora que eres niña en la virtud.

Y fuera de estos tres casos, *caridad*, *obediencia* y *necesidad*, te es mejor seguir los ejercicios de la *contemplacion* que de la *accion*: y así de aquí adelante nunca la dejes, si no fueres compelida por una

de estas tres cosas : y estés en esto rigurosa ; porque si no lo fueres perderás mucho.

ESPOSA. Muy bien me parece , Señor mio , todo esto que me decís ; pero todavía deseo saber mejor , si es buena ó mala aquella congoja que siento cuando estoy apartada de la contemplacion ; porque de verme congojada me congojo , sospechando si es falta de mortificacion aquel sentimiento.

ESPOSO. Muy bien adelgazas las cosas , esposa mia , y no pequeño contento me das en ellas. Has de saber , que aquel sentimiento no es malo , sino bueno ; porque este acto de mortificacion , paciencia y obediencia ejercita á mis siervos siempre que son llevados de la *contemplacion* á la *accion* ; salvo que este acto de mortificacion , paciencia y obediencia en los principiantes , como tú , duele mucho , y en los que aprovechan no se siente , y en los perfectos les es mas dulce que los panales de la miel ; y el pri-

mer sentimiento es *bueno*, por ser indicio de estar el alma aficionada á lo mejor, que es la *contemplacion* respecto de la accion : el segundo que es no sentir, es *mejor* por ser indicio de la discrecion, que mira en las cosas las circunstancias que concurren para acudir á esto ó á lo otro, y *mucho* mejor es el deleite y gozo, porque es indicio de la verdadera perfeccion en la ejecucion de lo que se juzga ser mejor, como parece en la priesa con que mi Madre dejó el recogimiento de su *contemplacion*, por ir á visitar y servir á su prima Isabel.

ESPOSA. Pues, Jesús mio, ¿ cómo me habeis dicho tantas veces, que aquel dolor no es malo en mí, sino bueno; pues es mejor no tenerlo, y muy mejor deleitarse?

ESPOSO. Es verdad, que te he dicho eso muchas veces, y callado esotro; porque aun no era tiempo, y sé tus ansias de perfeccion, y que no sirviera de otra cosa, mientras eras niña en la virtud, si-

no de acrecentar tristeza, creciendo en tí el deseo sin cumplirse (que no es otra cosa tristeza, sino deseo no cumplido). Y por ahora sé yo, que importa mucho á tu alma este dolor, para que siquiera por huirlo, te des mas á la contemplacion, soledad y recogimiento en que yo quiero que hagas asiento, pues para esto te traje á la religion ¹. Y este asiento no lo harias si te faltase ese dolor, porque luego te darias demasadamente á las ocupaciones de la vida activa, que en cierta manera estorba la contemplativa, y la perderias.

Mientras yo no te quitare este dolor, tenlo en mucho y súfrello con paciencia, porque es causa que suspires por la contemplacion, que está ahora muy tierna en tí; la cual cuando yo viere que está de asiento, te sacaré de ella á la accion sin que pierdas la contemplacion, sino con gran gusto y gozo, cual es la que te-

¹ O á la vida devota. (*Nota del editor*).

nia mi Madre en la visitacion de su Prima y en su servicio.

Sea, pues, la resolucion, que tengas tú cuidado de seguir la contemplacion, sufriendo con paciencia el dolor que sientes cuando te sacan de ella, que yo tendré cuidado, cuando sea tiempo, de convertirte este dolor en gozo y alegría.

Y porque no se te haga tan pesada la vida activa, que consiste en las obras de misericordia, y porque no pienses que es no tener amor el ocuparte yo en ellas algunas veces, dándote la enfermería, cocina, portería, sacristía¹, quiero decirte una cosa que has de gustar; y es, que lo que impide y estorba la quietud y reposo de la contemplacion, son las *pasiones y apetitos propios*; y estos se mortifican con la vida activa; y estos mortificados quedas actualmente mas libre para la contemplacion; y así ayuda Marta como buena hermana á María.

¹ U otra ocupacion en cosas exteriores.

(Nota del editor).

ESPOSA. Muy bueno es todo eso , mi buen Jesús : ya deseo y amo los ejercicios de la vida activa.

ESPOSO. No, digo , yo , que no sabes aguardar tiempo oportuno en nada : pues yo aguardo ¿ cuanto mas tú ? Sea , pues , la regla general , que te estés en tu recogimiento y celda ocupada noche y dia en la contemplacion , si no fuere por alguna justa causa ; que lo será una de las tres que te dije : y de estas *aun no quiero que tú seas juez de ellas , que errarás ; sino tu confesor ó prelado ,* de manera que no cualquiera necesidad , que á tí se te antoje , te ha de sacar de tu recogimiento , sino solo aquella que á tu *confesor ó prelado ,* les pareciere serlo , y así vacarás á la contemplacion con mucho fruto tuyo y gloria mia.

ESPINA 4.^a

ESPOSO. Cuanto deseo ver la tierra de tu corazon libre de los abrojos y espinas pasadas , tanto deseo verlo ocupado y muy

herido de las que ahora te diré ; porque sé yo , que semejantes espinas son el mas verdadero , cierto y seguro camino y el mas breve para la perfeccion , que todos los demás que tú puedes buscar. Esto es , que mirándote á tí misma , te hallas muy apartada y léjos de mi contemplacion actual y vista amorosa , lo cual hiere tan fuertemente tu corazon con tan agudo y vivo dolor , que parece estar en el infierno. Y no es maravilla ; pues la mayor pena que allí se padece , no es la de los sentidos , sino la de daño , que es verse apartados de mí , y no verme : y este dolor es donde se prepara tu alma para recibir la abundancia de mi gracia , como los del purgatorio para recibir mi gloria ; porque has de saber , que ese dolor causa en tí , como ya tú ves , un inmenso é inefable deseo de mi gracia , el cual cuanto mayor es , tanto mejor ; porque *bienaventurados los que se abrasan en sed y fuego de mi gracia , pues serán hartos de ella.*

Pues , para que este deseo causado de

este dolor crezca en tí , hago algunas veces que no te veo , ni te oigo , y aun te doy muchos desvíos y disfavores , como á otra Cananea ; de tal manera , que piensas que estás ya dejada de mi gracia , y no sabes qué hacerte ; porque desesperar no osas , que tu vida y alma no es de ofenderme ; alcanzarme como deseas no puedes , porque no se te concede. No hallas otro remedio sino *humillarte y reconocer tu vileza y poco merecimiento , haciendo dejacion de tu voluntad en la mia*, para estar así en aquel tormento y ansias muchos dias , y aun toda la vida y eternidad , si así fuese mi dulcísima y divina voluntad : que es lo que yo eternamente amo en tí : y así sabes tú por experiencia , que en llegando tu alma á esta *soberana dejacion en mi beneplácito y voluntad*, luego al punto , sin saber cómo , eres anegada y aborta en el abismo de mi divinidad de manera , que desfalleces en mi presencia.

ESPOSA. ¡ Señor y Esposo mio , cómo me habeis declarado cuánto por mí pasa

tantas veces, sin saber yo que este modo de camino era tan celestial y glorioso para Vos y para mí! Sea muy en hora buena, que ya de aquí adelante sabré lo que en semejantes casos he de hacer.

ESPINA 5.^a

Esposo. Mi espíritu se goza inefablemente de ver cuán bien te asienta lo que yo gusto ; así quiero entrar mas en tu corazón y declararte otras espinas no menos celestiales que las pasadas , que son, si bien lo miras , unas mortales ansias y agonías gloriosas de entender y gozar mas de lo que entiendes y gozas , y finalmente verte conmigo , como aquel sábado dia de mi Luis , que pensaste acabar la vida de ansias y agonías , dulcísicamente penosas , de verte conmigo , y holgaba mucho de verte en esa lucha vencida , sin vencerle.

Has de saber , que nadie en carne mortal , de ley ordinaria , me ve en mi misma esencia , porque le sobrevendría tan

inefable gozo de la majestad y gloria, que no pudiéndola sufrir el corazón humano, se rompería y daría la muerte á la tal persona. Ya veo que dices, que ojalá te vieras en esto. Y así el modo como yo me muestro, es por algunas soberanas figuras y semejanzas; que aunque ellas no son Yo ni me representan á mí de todo punto, porque las excedo infinitamente, pero las tales figuras que yo pongo en el alma, mediante la fe y mi gracia, son tan admirables y divinas, que por ellas me conocen infinitamente bueno, hermoso, suave, eterno, glorioso, omnipotente, y que todo lo lleno y estoy á todo presente, y á todo doy ser, y lo conservo y gobierno; y finalmente conocen, que soy una luz sobre toda luz, y un ser sobre todo ser, un infinito piélagos de infinitas perfecciones infinitamente perfectas: y esto en mis santos causa raptos, suspensiones y recogimientos, como en tí muchas veces; y tanto mas, cuanto yo mas altamente resplandezco en sus almas:

lo cual es de tal manera , que ellos mismos , como ya te dije , no saben entender qué tanto , ni como entienden ; pero saben que si aquello que han empezado á entender no se acabase , seria vida eterna y gloriosa : y esles la vida este entender sin entenderme ; porque en aquella clara y resplandeciente ignorancia y tinieblas se pone el alma en una celestial admiracion , que hace desear mas aquella luz mia y majestad infinita , y perseverar mas en ella.

Porque has de saber , que el entendimiento humano en entendiendo una cosa , la deja ; y mientras no la alcanza , ni acaba de conocer , no se sabe apartar de ella : y como *mis deleites son estar con los hijos de los hombres* , por eso no me les acabo de mostrar , porque ellos anden en mi busca , y no se sepan apartar de mí. Por eso me llamo en Job : *Palabra escondida* : palabra , porque me les declaro , y escondida , porque no me les acabo de mostrar : é Isaías por lo mismo

me llama *Dios escondido*. A mi esposa la miro por resquicios y cancelos, porque en parte me le muestro y en parte no, á fin de que persevere mas conmigo, y crezca su sed y hambre de mí y yo la dé mas hartura: porque no desea ella tanto como yo le doy: y así la mayor hambre, es causa de mayor hartura, y la mayor hartura de mayor hambre, como está escrito, *que los que me comen*, tendrán hambre y sed de mí; pero de tal manera, que siempre les queda infinito manjar é infinito ser y majestad que entender.

Bien sabria el gran bien que hay en este modo de trato, y de no darme del todo alma, mi amigo Job, pues anteponia este á todos los demás ejercicios y modos de oracion y trato conmigo, diciendo: *Suspendido escogió mi alma*, que es hartura hambrienta, luz obscura, gozo insaciable. No te acuerdas de mi Profeta, que siempre me tenia, y siempre me buscaba; porque siempre, aunque en parte, me gozaba, y siempre en parte me ignoraba,

porque nadie busca lo que tiene; y así su ejercicio era gozarme siempre, y siempre buscarme: y este querria yo que fuese el tuyo.

ESPOSA. Contentísima estoy, mi bien, de haberos oido la declaración de mis ordinarias espinas, bien parece que me amais, pues os estais enseñándome como á otra Samaritana, y peor: un deseo tengo ahora que me espina y da pena, y quitárseme ha, si me resumís y cifrais en pocas palabras todo lo dicho; aunque primero os suplico me digais, qué habia de hacer en aquellas ansias de muerte que sentí aquel sábado de san Luis, para que si me veo otra vez en eso, sepa lo que he de hacer.

ESPOSO. ¿Hasta cuándo no has de saber aplicar la doctrina comun á los particulares casos? Mira al primer diálogo, y allí está respondido á tu deseo: la causa entonces fue el conocimiento y luz que te hacia desear verte conmigo, y ese habias de conservar y aumentar cuanto pu-

dieres, entregando tu entendimiento á la inteligencia perfecta de lo que yo te manifestaba, y la voluntad al amor y complacimento dulce y amoroso de aquello que entendias, dejándola que se complaciese y reposase cuanto ella mas pudiese en aquello mismo. Después desto lo que sentias en tu corazon y sentidos habias tambien de dar lugar á ello, sin dar nota exterior de gritos, desacostumbrados gemidos, ni sollozos, porque esto no conviene, salvo quando estás á solas donde nadie te puede oir; y aun entonces no te has de entregar toda á esto sensitivo, porque no te haga daño á la salud y cabeza.

Y advierte, que en estos casos no es bien *hacerte mucha fuerza* para reprimir la devocion sensible; porque recibirás tanto daño en reprimirte, como en dejarte llevar sin rienda de ella: y así es menester que no del todo la reprimas, ni del todo te dejes llevar ni entregarte á ella: porque quando tú no lo has pro-

curado , sino que yo la ofrezco graciosamente , no es razon que la deseches ; pues ya te dije en el segundo diálogo , que la devocion sensible , y mas cuando yo la doy sin que tú la procures , no es dañosa , sino de grande provecho , siendo moderada , y siempre lo será la que no hace extremos ; aunque algunas veces , que yo quiero , tampoco esto se puede evitar por lo que yo me sé : y en tales casos no hay sino humillarte y padecer y huirlo quanto sea posible ; que al fin no es pecado , sino bueno y muy bueno , pues en ello padeces. Ahora basta esto : y tornemos á lo que me pides , que te resuma lo dicho en este diálogo.

Lo primero (si te acuerdas) te dije , que es amable la pureza del alma ; pero que *se ha de desear con templanza y modo* , no pensando que se pierde con naderías ; y si algunas faltas tuvieres , que *saques humildad* , y no *congojas y desasosiegos* , que te hacen mas daño , que las mismas faltillas ; y no es el menor *cegarte*

para no creer á-tus confesores , y á mí en ellos.

Lo segundo (si te acuerdas) te dije, son mejores los ejercicios de la vida *contemplativa* que los de la *activa* , aunque se ofrecen casos *en que son mejores los de la activa*; aunque yo no querria , que estos por raros casos, los quisieras tú hacer ordinarios, salvo en aquellos tres casos de *obediencia, caridad y necesidad.*

Lo tercero (si te acuerdas) te dije, que comulgases todas las veces que te lo mandasen los que podian, estando tu conciencia libre de *pecado venial presente*; porque los pasados, ya te dije, que no eran estorbo para recibir allí toda la gracia que yo suelo comunicar.

Lo cuarto te dije, que *la pena de verte apartada de mí* es el mejor camino *para llegarte á mí* , si te mortificas y resignas haciendo *dejacion de tu voluntad en la mia* , para sufrir aquella ausencia por tiempo y eternidad, si así yo lo quisiese. Y aquí quiero advertirte una cosa

(y no se te olvide), que algunas veces me ausento de tu alma *sin culpa de ella*, para probar tu *humildad*, y *paciencia* y *resignacion*; y en este caso la has de tener con mayor voluntad y con el mayor gozo que pudieres, que es á todo lo que puede llegar la perfecta *resignacion* y *mortificacion*. Otras veces me ausento de tí por algunos *descuidos y faltas*, que no es posible menos á vuestra flaqueza, que la conozco cuán quebradiza es y de barro, y así no me espanto: y en tal caso has de advertir por una parte á *dolerte de la tal culpa*, y por otra parte *aceptar y sufrir la pena de ella*, que es mi ausencia: la cual en sufrirla y quererla no merece menos en su manera, que en aborrecer la culpa.

De manera que á la *culpa* has de acudir con acto de *dolor*, y á la *pena* con acto de *amor*. ¡Oh, si cumplieses esto, mi amadísima hija, cómo crecerias en perfeccion, y cómo gozarias de una paz suavísima y continua!

Lo quinto y último que te dije fue, que estimes en mucho la *ansia de conocerme y amarme mas de lo que me amas y conoces*; persuadiéndote, que siempre te queda infinito mas que entender y amar. Y no te mates por darte á entender á tu Padre, que ya sabe él que es cansarte en vano, pues aun tú misma no te entiendes, ni es posible, como queda dicho; pero no por esto te digo, que te cierres y calles, sino que no te acongojes por no poderle decir lo que sientes, pues no es no querer, sino no poder; en lo cual á él y á mí das sumo gusto y contento. Mi gracia sea contigo para que siempre me la des.

DIALOGO 5.º

De la moderacion que se debe tener en todos los afectos sensibles , aunque sean buenos , porque no quiten la paz al alma.

ESPOSA. Aunque me habeis dicho , Esposo mio , lo que espina mi alma ; no acabo de entender como el deseo de pureza que á Vos tanto os agrada , y la tristeza de salir de la contemplacion que Vos tanto amais , y el dolor de verme apartada de Vos , que á los santos es como infierno , y el deseo de conoceros y amaros mas , que Vos teneis mandado ; no sé como puede ser malo y estorbo para mi quietud y recogimiento.

ESPOSO. En el primer diálogo te lo dije ; y á buen seguro , que si tú lo mirases y remirases , que allí hallarias las raíces de tus espinas y turbaciones ; aunque podría ser , que lo que yo te dije del gozo y tristeza *espiritual* y *sensible* , no lo supieses aplicar á otras pasiones (que

allí van apuntadas) y *apetitos* no menos dañosos que aquellos, si son demasiados, los cuales suelen ocupar la tierra y campo de tu corazón.

Para lo cual has de saber, que así como el gozo del bien presente, son dos pasiones sensitivas en tu alma, así también lo son *amor* y *complacencia* de lo bueno, *odio* y *desagrado* de lo malo y contrario de aquel bien: *deseo* de alcanzar el bien dificultoso, y *desconfianza* de conseguirlo: *audiencia* para vencer dificultades, y *temor* para reducir las; y finalmente *ira* para echarlo de sí.

Estas nueve pasiones, si son moderadas y regidas de la razón, ayudan para el bien. Pero todas, y cada una de ellas son bastantes para perturbar y poner en guerra á la pobre alma, si no se enfrenan y moderan; y así has de entender como el *gozo sensible* hace dar risadas, si no se modera; y la *tristeza desahogada* desesperar, como te dije; y el *desenfrenado deseo* del

mal, turbando al alma de su reposo y quietud.

ESPOSA. Según eso, mi buen Jesús, también hay *deseo sensible* y *fuga espiritual* que está libre de este modo y tasa; y *fuga sensible espiritual*; y temor, esperanza, desconfianza é ira *sensibles y espirituales*, como el amor y el odio también lo son; y los unos piden moderación y los otros no.

ESPOSO. ¿Ahora entiendes eso? Sabe, que cuando á mí y á mis Ángeles se atribuye *ira, odio, fuga, deseo y audacia* con los demás nombres de esas vuestras pasiones, no son *sensibles* sino *espirituales*, pues el espíritu no tiene cuerpo: sino que por ahí se denota en mí *un simple acto de mi voluntad divina sin pasión* aunque semejante á ella en los efectos exteriores que en mis criaturas hago. Porque así como el airado se venga poniendo las manos en quien le enoja; así Yo castigando al malo sin ira con sola mi simplicísima y gloriosa voluntad, decís que estoy ai-

rado y que me vengo , y lo mismo es en mis Ángeles : y aun en vosotros , cuando el apetito racional que es la voluntad recta , y no el apetito sensitivo , hace estas obras : porque vuestro espíritu , si quiere , en su operacion es libre y exento de los apetitos sensibles : y de aquí es , que los demonios no le pueden entender sus pensamientos ni determinaciones , si no es *tomando el pulso á la parte sensitiva* , á ver si hay en ella indicios de actos interiores y espirituales ; como saca el médico la salud ó la enfermedad por el pulso.

De manera , que hay gozo , tristeza , deseo , confianza y temores *espirituales* que con quietud y silencio de alborotos sensibles nacen *del conocimiento del bien y del mal* ; y hay otros *sensibles* que redundan de la voluntad , ó de otra causa natural ó sobrenatural en el apetito sensitivo , que son : amor , odio , tristeza , gozo , audacia , temor y los demás afectos y movimientos *sensibles* ; y estos son

los que has de moderar, porque destruyen tu virtud y ciegan tu alma si no se moderan ; y así es en el *deseo sensible demasiado de pureza* ; y nóvalo bien, porque es el que te destruye la paz de tu alma, *porque no te contentas con el que tienes en el centro de tu voluntad, sino que lo quieres tambien sentir en todo tu apetito sensitivo*. Y aun hasta los primeros movimientos, que no están en tu mano, piensas que de solo sentirlos te ensucian ; cuando, en verdad, si no hay consentimiento, sino antes desagrado, aborrecimiento de ellos y paciencia en sufrirlos, purifican tu voluntad como el fuego al oro.

Acaba, hija mia, mi esposa y mi hermana, de conocer, que esas pasiones sensitivas, estimuladas y encendidas de tu amor y no del mio, te turban y desasosiegan y quitan la paz que tanto amas: no como yo que la amo y deseo sin pasiones sensitivas.

No es razon por cierto, que estando

yo dentro de tu alma quieto, te inquietes por no sentir en la comunicacion y otros ejercicios la devocion que antes. No ves, ¿es eso pasion de amor, tristeza y deseo sensitivo tuyo? Acaba ya *de regirte por razon, y no por apetito; por espiritu, y no por carne; por mí y no por tí.*

Si conocias la astucia de tu enemigo los dias pasados, en que antes de comulgar te inquietaba y afligia con sombras y representaciones vanas, y en comulgando quedabas libre; ¿por qué ahora por el contrario no entenderás sus astucias, en que cuando comulgas te aflige y aprieta; y en acabando de comulgar te quedas recogida y quieta?

Mira, hija, sus intentos en esos desasosiegos antes, y en la comunión misma, son quitarte la ordinaria comunión, que á mí tanto me agradas en ella; y mi intento en estos desasosiegos es probarte, *ver veamos si tienes oración, y comulgas por mi amor ó por tu gusto; y tambien en esas santas obras y ejercicios*

mortificar tu gusto y apetito sensitivo, y que seas pura y espiritual, moviéndote á ellas puramente por razon y espíritu y amor mio, y no por apetito y gusto sensible y amor tuyo.

Mira, que el deseo, amor, gozo, tristeza, temor y odio *espirituales* del alma obran en ella, y causan paz y quietud; y las del *apetito sensitivo* turbacion y desasosiego. ¿Es posible que no te has de contentar tú con tener temor y tristeza espiritual, sino que tambien los quieres sentir? ¿Es posible que no acabes de conocer estos movimientos, cuando son espirituales, cuando sensitivos y cuando carnales?

Quiero tornártelo á decir, y nóvalo bien: entonces son *espirituales*, cuando del conocimiento del bien ó del mal se mueve la voluntad eficazmente á querer ó no querer aquel bien ó mal; y entonces es *sensitivo*, cuando de este querer ó no querer de la voluntad nacen en el corazon y sentidos una alegría ó tristeza

que le hacen dilatar ó encoger, reir ó llorar ; y del corazon se comunica á todos los sentidos : y esto unas veces lo doy y otras lo quito por probar y mortificar, ó para arreglar y consolar interior y exteriormente, segun lo que dijo mi Profeta : *Mi espíritu y mis sentidos se alegraron en Dios vivo.* Ya te dije que por esto me verán un poco mis siervos, y un poco no me verán.

La resolucion de esto es, que adviertas muy bien, lo que del gozo sensitivo y espiritual te dije en el primer Diálogo; conviene á saber, que el gozo espiritual ha de ser sin modo, ni tasa para ser muy bueno, y el sensitivo con tasa y moderacion, para que no sea dañoso y malo ; y esto mismo guardes en el deseo, amor, odio y los demás afectos así espirituales como sensitivos ya dichos ; porque el acto puro espiritual de tu voluntad, cuanto mas intenso y determinado en querer el bien y no querer el mal, tanto es mejor ; pero el querer y no querer sensitivo,

que se junta con el de tu voluntad, es el que has de moderar.

Y no seas boba en no saber hacer diferencia entre *los actos puros de tu voluntad espiritual* y *los quererres sensitivos de tu apetito bestial sensible*, porque te tornarás bestia, estimando mas esto que lo otro; como á la verdad esto sensible lo debes hollar y mortificar cuanto pudieres, no pagándote de él, ni estimándolo en lo que pisas. Y el otro espiritual lo has de tener sobre las niñas de tus ojos y en el centro de tu corazon, porque en este consiste tu vida, tu aficion y hermosura, segun aquello que está escrito: *Toda la hermosura de la hija del Rey está adentro en las labores de oro*; esto es, allá dentro del alma en los actos puros simplísimos del oro de la caridad, que por ser tan interiores, secretos y puros, se esconden á aquellos suciísimos ojos de los infernales espíritus tus contrarios.

Por aquí tambien entenderás el motivo y causa porque Yo llevo á mis aman-

tísimas esposas á la soledad interior , y las amonesto , que oren en escondido en el centro de sus purísimas voluntades, que es, porque no estén á vista de sus enemigos : la cual vista desean ellos tanto , que no es posible entenderlo.

Solo te aviso , y míralo bien , que tengas cuenta de mortificar tus apetitos y sentidos , que por ellos te han de ver los demonios , si te han de ver : *porque siempre que cumples alguno de ellos , sales fuera á vista de tan abominable canalla.* ¡ Por qué piensas , mi hija y hermana , que ponen ellos tanto en que procures gozo, deseo, temor, esperanza *sensibles*, y que *procures saber cosas nuevas y exteriores vanas* , sino por verte fuera , donde puedan verte y hablarte , y solicitarte , para que me dejes á mí , tu Esposo , y les ames á ellos ?

Créeme , hija mia , que así como todo mi negocio es recogerte á lo interior, donde Yo y tú nos gocemos á solas ; así por el contrario todo su negocio es sa-

carte afuera al cumplimiento de tus apetitos sensibles y exteriores, para por ellos y su demasía privarme de tí, mi esposa.

Ama, pues, hija mia, el recogimiento interior y exterior; y no salgas sino por aquellas tres cosas que ya te dije, *caridad, obediencia y necesidad*, que entonces no sales tú, que yo te saco, y yo te guardaré. Ama la mortificacion, *aun en cosas menudas*, por mi amor, como yo tambien la amé por el tuyo, y por tu ejemplo y enseñanza: y así te librarás de los ojos de tus enemigos, y gozarás de mi vista, que es tu bienaventuranza.

DIALOGO 6.º

De la oracion de quietud, y qué se entiende por no pensar nada en ella.

ESPOSA. Aun no se han acabado mis espinas, mi buen Jesús, que ahora me acuerdo de una cosa, que dijísteis en el Diálogo tercero, acerca de no pensar na-

da en la oracion ; que aunque allí me lo declarásteis , todavía me queda un escrupulillo , que no me deja reposar , hasta que Vos me respondais á él , y es , que dicen varones muy señalados en letras , que no hay cosa que mas disponga al alma , para que Vos vengais á ella , que no pensar nada de bien ni de mal en la oracion ; que es cosa dura , porque me parece que queda mi alma como un espejo sin figura , ó una tabla donde no hay nada pintado , ó como una bestia ó salvaje , que no piensa nada.

Esposo. Muy bien dices en eso , hija mia ; pero si tú mirases y entendieses las cosas como ellos las entienden , verias que dicen muy bien ; porque dos fines se pueden tener en la enseñanza de no pensar nada. El primero , dejar el alma sin ningun pensamiento , sin pretender otra cosa ; y esto seria enseñar á ser salvajes , como tú dices ; y esto es malo , y que á ellos nunca les pasa por la imaginacion enseñar tal doctrina ; si no es que de dos

males se escoja el menor, que es no pensar nada si han de pensar mal, pues como dice el proverbio: **Mejor es estar solo que mal acompañado: ó si se siente el alma tan cansada que toma por descanso no pensar nada, como cuando duerme; y esto no es malo, como ni el dormir, si no se hace muchas veces y por mucho tiempo.**

El otro fin que tiene, no para allí en no pensar solamente, salvo por *un brevísimo instante* de tiempo, que es cuando ella se desnuda de todo propio entendimiento y voluntad; teniendo por objeto y blanco la misma nada; y así por aquel *instante* no tiene nada, pues se ha dejado todo; ni de mí tampoco, pues aun no sabe mi voluntad, esperándola, y dejando que yo obre en ella como en espejo claro y limpio sin peregrinas figuras.

Peró aun no ha llegado bien á este punto, cuando yo la embisto luego, y la transformo y uno conmigo por todo el tiempo que yo quiero; que no hay que

poner término ni tasa en esto , donde siente y goza tan inefables bienes , que aun ella no lo puede acabar de entender , y tú eres testigo de esto.

De manera , hija mia , que tú debes tratar de esto , y *no por tiempo largo* ; con fin de alcanzar un bien tan grande como este , por este medio de no pensar nada , que es el que enseñan mis Santos ; pues así como de nada crié yo todas las cosas , así en aquella desnudez , donde no queda nada propio tuyo , obro yo toda la perfeccion que quiero ; y así verás que te pasa cada vez que te recoges á lo interior , y dices : No quiero nada , Señor , sino á tí.

ESPOSA. Ya deseo , Señor , estar en esa nada siempre ; pues de ella nacen tantos bienes á mi alma.

ESPOSO. Ten prudencia , hija , no quieras estar *siempre* en esta nada ; porque seria bestialidad , como te dije ; sino tan solamente procúralo tantas veces , cuantas estuvieres fuera de mí pensando en

las criaturas ; y esto *no mas tiempo del que fuere necesario* : espera que yo venga y embista tu alma con mi presencia y gracia , que viniendo vengo y no tardo ; y si te cansares alguna vez de estar en esa nada , y no la pudieres sufrir sin gran molestia y pesadumbre , piensa entonces con humildad en el bien que mas á mano hallares , que muchas veces te ayudará esto para esotro.

Y mira que mas puedes recibir , que dar ; y padecer , que hacer : porque así como yo soy un abismo de dádivas , así tú lo eres de recibirlas ; y con nada te puedes disponer tanto para esta manera de recibir y padecer , que es lo mismo , como con no pensar nada , segun y como está dicho. Y por aquí entenderás la respuesta de aquel mi gran Dionisio á los que le preguntaron , que como un siervo mio hacia tanta ventaja á los demás en prosecucion de mi amor , dijo : Porque *sciebat pati* , sabia recibir y padecer , preparándose en este nada para ello.

ESPOSA. Decidme, Señor, ¿ esta nada es la que nace del conocimiento propio?

ESPOSO. No, mi hija, porque ese es un conocimiento con que el alma refiere todo lo que tiene, y es á mí, segun naturaleza y gracia, como autor que soy de todo; y por otra parte ve que de sí misma es nada, y así se pone en el mas profundo lugar de todas las cosas, aun de una hormiguita, como lo hacia mi Madre, y así quisiera que lo hicieras tú tambien, porque vivieras en gran paz, y estuvieras dispuesta para esotra nada con que por instantes te dispondrias para recibir mi gracia: y basta esto ahora, sino es que me digas, si hay otra nada fuera de estas dos; y digo que sí, la cual no la quisiera ver en tí, que es el pecado, el cual no es otra cosa que una privacion de mi gracia, que se incurre pensando, diciendo ó haciendo alguna cosa contra mis mandamientos. Y esta nada, junta con la otra del propio conocimiento, en los bien arrepentidos, los trae humilla-

dos, como en tí puedes ver, que nada te humilla tanto, como cuando pensando en tus mismas faltas, aunque sean veniales, me estás haciendo ofrecimiento de tí misma, reconociéndote por indigna de mi presencia, y entregándote toda á mí; el cual ejercicio es de humildad, gratitud y amor, nacidos de un corazon contrito, que yo no desprecio, antes por él doy mucha gracia y mucha gloria.

DIALOGO 7.º

Que los caminos de Dios son muchos, y que nadie debe estorbar el que Dios le da á cada uno.

Esposo. Siempre, hija mia, que te veo con la turbacion y pena que tienes de oír decir, que por la meditacion de mi vida y pasion se pierde tiempo, y es errar el camino de la oracion (á vuestro modo de entender), tambien yo recibo pena de oír á mis ministros decir tales cosas; porque si yo no fuera mas que

hombre puro, bien decian, que no pensasen siempre en los misterios de mi humanidad; pero como yo soy hombre y Dios verdadero, muchas veces conviene que las almas se ocupen en la consideracion amorosa de mi humanidad, como hacia mi Apóstol, y él lo dijo: Si conocí á Cristo segun la carne algun tiempo, ya no le conozco; esto es, ya no lo contemplo *como hombre sino como Dios*; porque del conocimiento de mi humanidad se pasa al de mi divinidad; y por esto se dice ella camino y puerta por donde se va y entra en la contemplacion de mi divinidad, en que tú de ordinario andas ocupada.

Si mirasen mis siervos con atencion mis caminos, verian, que no es solo uno, sino muchos por donde yo traigo á mí las almas; y si mirasen, que la celestial Jerusalem no tiene una, sino doce puertas; y si mirasen, que en la casa de mi Padre no hay una, sino muchas moradas; y si mirasen que la tierra de los

corazones en varias partes dá varios frutos ; no se cansarian de balde en llevar á todas las almas por un camino , ni entrarlas por una puerta , ni asentarlas en una misma morada , y pedir á todas un mismo fruto . La tierra fria es buena , hija mia , para un género de frutos ; la caliente para otros .

¿ No te acuerdas que en el repartimiento de mis talentos y gracias á uno dí un talento , á otro dos , á otro cinco ? No sé para qué se cansan algunos siervos míos en querer que tenga dos talentos de oracion á quien yo no doy sino uno ; y que tenga cinco á quien yo no doy sino dos : mas fuerte es mi vocacion que la suya ; y así , aunque ellos llamen las almas por un camino , de poco les sirve , si yo las llamo por otro ; salvo de traerlas arrastradas y en tormento , queriendo ellas seguir su doctrina como humildes y obedientes , y no pudiendo por otra parte resistir la fuerza de mi espíritu , que las pone en otro camino diferente .

Esta es la causa, que después de haberse quebrado la cabeza en llevar al alma por temor, al fin obra siempre por amor : que por demás es llamar á considerar las postrimerías á quien yo llamo por amor ; y por demás es llamar á la meditacion de mi humanidad, si yo consumo y abraso el alma con el fuego de mi divinidad : ni podrá nadie levantar á contemplacion á la que yo regalo y enternezco con la meditacion.

De manera, que si mis siervos y ministros no procuran entender por donde yo llevo al alma ; y si después ellos no se conforman conmigo dando doctrina conforme, y no contraria á la mia, en vano trabajan, porque al fin no se ha de hacer sino lo que yo quiero.

ESPOSA. Señor, ¿y á qué dijisteis en lo pasado que los caminos son tantos, y las puertas tantas, y las moradas, tierras y talentos tantos? Declaradme esto mas, porque sepa si voy errada, y si voy bien, entienda por qué camino.

ESPOSO. ¿Qué me pedirás tú, hija mia, que te niegue? Has de saber que todos los caminos, puertas y talentos yo suelo reducirlos á tres vias. *Via purgativa*, *via iluminativa* y *via unitiva*. *Purgativa*, es llorar pecados. *Iluminativa*, ejercitar virtudes. *Unitiva*, es hacerse una cosa conmigo por conocimiento amoroso y voluntad conforme aunada con la mia, queriendo lo que yo quiero, y no queriendo lo que yo no quiero. La primera es buena, la segunda mejor, y muy mejor la tercera.

Pero fuera de estos tres caminos has de saber que hay otros que nacen de estos; y te los quiero decir, porque tú no te canses en buscarlos y son: oracion vocal, meditacion, actos de virtudes, contemplacion de mi divinidad, y contemplacion de mi humanidad con mi divinidad juntas, y union.

Primer camino. Oracion vocal.

El primero es *Oracion vocal* : á quien la doy le doy un talento , y tan bueno , que si lo sabe granjear ganará el cielo ; y hay almas tan soberbias y rebeldes , que aunque se sienten aprovechar en devocion y virtudes por medio de esta oracion vocal , y desaprovechar y quedar secas en dejándola ; con todo eso nó la quieren usar , como yo quiero ; porque les parece que en dársela , no les doy mas que un talento , y querrian ellos mas ; y lo peor es , que muchas veces mis ministros les ayudan á eso , no pensando que no se ha de mirar al número de talentos , sino al provecho : porque si con un talento saca para sí el provecho que el otro que tiene tres ó cinco ; ¿ para qué son apetitos vanos de grandes talentos ? sino contentarse de lo que yo quiero ; y aunque los otros le hacen ventaja en otros talentos que él no tiene , él se la puede

hacer á todos en la granjería, de suerte que nadie le igualase.

De manera que si otro le hace ventaja en tener contemplacion (que no sabe tener) él se la hará en el empleo de su talento, que el otro quizá no emplea como debe; y tampoco este aunque quiera tener oracion vocal podrá aprovecharse en ella. No todos los miembros de este mi Cuerpo místico hacen un mismo oficio, sino cada uno el suyo. Los ojos no oyen, el olfato no gusta, ni las manos andan: los que no lo entienden, ni miran esto, quieren que todo el cuerpo sea un mismo miembro, que seria cosa monstruosa y fea.

Muchas almas hay, que en abriendo la boca en el rosario y otras oraciones y palabras devotas, luego se les enciende el espíritu, y en cerrando los labios, se les cierra toda la devocion é hiela el espíritu; y estas han de ir por aquí, y las ha de ayudar el confesor á ello: mas no, cuando sintiere (y nóvalo bien) verdade-

ro disgusto y enfado en esto, y facilidad y devocion verdadera para la meditacion ó contemplacion ; porque entonces se ha de dejar la oracion vocal voluntaria y acudir donde yo llamo y abro camino.

Y aunque es verdad que algunas veces por un tiempo doy oracion vocal ; pero otras veces , por el tiempo que á mí me parece , la quito y doy otra manera de oracion. De suerte que esto de los talentos y caminos no es cosa eterna ni invariable , que nunca los mudo ; sino que los trueco á tiempo , cuando á mí me parece á mi gloria y al provecho del alma.

Segundo camino de la Oracion.

Oracion de *Meditacion* es otro camino y modo de orar : y á quien la doy , doy talento como dos ; y es cuando callando la lengua , no calla el entendimiento ó imaginacion ; antes se acuerda de tal ó tal paso de mi vida ó de mis santos que ha leído , y va mirando y discurriendo

por todo esto , y compara uno con otro , y lo aplica á sí misma sacando el provecho que allí se le ofrece ; como considerando mi nacimiento ve mi pobre cama , humildad y amor ; y enamórase el alma de lo mismo que ve en mí , y desea la pobreza , humildad y amor ; y mas considera cuán bien imitaron estas virtudes los santos , y cuán bien les fué en ello , y cuán mal á los que esto no hicieron : y considera , que así será con ella , si lo hiciere. Este modo de oracion es muy espacioso , porque lo es tanto , cuantos son los pasos de mi vida en treinta y tres años , y cuanto lo son los beneficios que de mi larga mano ha recibido , recibe y recibirá.

ESPOS A. Llegado hemos , Señor , á mi tormento , porque lo es cierto , grandísimo , ver tanta variedad de florestas , como están en este modo de oracion ; y no parecer en ellas , ni gustar de sus flores , porque no puedo.

ESPOSO. Pues no puedes , hija mia ,

no desees lo que yo no quiero que puedas ; que de querer lo que yo no quiero, no se te cumple tu deseo , y no cumplirse es tu tormento : quiere , pues , lo que yo quiero , y cumplírsete ha , y andarás en paz. Si yo no te doy estos dos talentos , ¿hásmelos de sacar por fuerza? No por cierto. Humíllate , y toma lo que te diere , que sin duda son mejores para tí que los que tú desees.

Tercer camino. Oracion de actos de virtudes.

Es otra manera de oracion ; que á quien la doy , le doy talento como tres ; porque el fin de la meditacion es hacer actos de virtudes y mover la voluntad con afectos santos. De manera , que si meditas mi nacimiento , es para hacer actos de pobreza , humildad y amor ; y así á quien por medio de la fe le doy , sin meditacion , virtud y gracia para que se esté ejercitando en actos de estas virtu-

des , le hago gracia y favor como tres ; pues le pongo en el fin y término sin cansarse en discursos largos de meditacion. Este camino de oracion es muy espacioso y ancho , pues lo es tanto , cuanto lo son las virtudes de que los libros están llenos.

Este modo de oracion es bueno para crecer en virtud y merecimiento ; porque así como las virtudes se pierden cesando en sus actos , así se engendran, aumentan y arraigan en el ejercicio de ellas ; como se ve por experiencia que se aumenta la fe , contemplando y creyendo sus verdades ; y la caridad , amando muchas veces , y la esperanza , esperando mis promesas ; y así de las demás , humildad , paciencia , obediencia y mortificacion.

Cuarto camino de contemplacion.

La Contemplacion de mi divinidad es la cuarta manera de oracion ; y á quien

la doy, le doy talento como cuatro ; la cual es tan copiosa y fértil , cuanto lo son mis atributos y perfecciones , que son infinitamente perfectas ; y así causan inefable perfeccion en quien las contempla y ama en mí , como tú algunas veces lo haces ; y querria que siempre lo hicieses contemplando mas y mas mi infinita bondad , hermosura , sabiduria , poder , suavidad y eterna gloria.

Quinto camino de Oracion mística , que es junta de la divinidad y humanidad.

La quinta manera de oracion , es juntar mi divinidad con mi humanidad : esto es , estar mirando y engrandeciendo todo lo que yo hice en el mundo por mí mismo por mínimo que fuese. Esta oracion tenia mi grande Agustino , cuando admirado decia : ¡ Dios hombre ! como si dijera : ¡ Dios hombre , que se encoge de frio ! ¡ que se sienta de cansado ! ¡ que come de hambriento ! ¡ que llora de com-

pasion ! ; que se da en manjar y muere de amor ! Y tambien entendiendo que estoy en todas las criaturas por esencia, presencia y potencia , les tiene sumo respeto y reverencia , postrándose á todos y sumiéndose en lo profundo de su nada y de sus pecados. Esta es altísima manera de oracion , que pocas veces la doy, pero no va nada ; que basta tener algun talento ó algunas vias ó puertas por las cuales algunas veces las subo al altísimo modo de oracion , que es el de union.

Sexto camino de Oracion , que es union.

El último y riquísimo camino es de *Union* , y á quien yo la doy , le doy como seis talentos. Muchas veces la tienes, y cuando estás en ella , haces cuenta que aunque vives no vives , sino yo en tí, como si yo y tú fuésemos una cosa ; lo cual es vivir tú , mas no tú , sino yo en tí ; como te decia , y mi Apóstol lo dijo : Vivo yo , mas ya no yo , que vive en mí

Cristo. ¿Qué piensas que es la causa que en muchos años no sentías querer tuyo de cosa buena ni mala y aun de tí misma? Porque á la verdad estabas en una inefable paz y contemplacion suavísima de mí, y, haciendo los ejercicios de Marta y María, te parecia que tú no los hacias. ¿Sabes qué era esto y qué es siempre lo que tienes? Vivir yo en tí, y no tú en tí, sino en mí.

Aquí concluyen los diálogos que tuvo Cristo con su esposa, en que nos enseñó con notable claridad y comprension todo cuanto hay que decir en la vida interior y trato con Dios, hasta darnos por medio de esta escala del cielo su gloriosa vista, donde todos nos veamos.

AMEN.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

TRATADO PRIMERO.

QUE CONTIENE LAS ADICIONES AL COMBATE ESPIRITUAL.

	PAG.
CAP. I. Qué cosa sea la perfeccion cristiana.	5
CAP. II. Cómo conviene combatir para alcanzar la perfeccion cristiana.	6
CAP. III. De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo.	7
CAP. IV. De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas.	9
CAP. V. Que conviene velar continuamente sobre nuestra voluntad , para reconocer á cuál de las pasiones se inclina mas.	12
CAP. VI. Cómo quitando la primera pasion , que es el amor de las criaturas , y de nosotros mismos, y dándola á Dios , todas las demás pasiones quedan corregidas y ordenadas.	13
CAP. VII. Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana.	16
CAP. VIII. Cómo venciendo el mundo viene á quedar en gran manera socorrida la voluntad del hombre.	17
CAP. IX. Del segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana.	21
CAP. X. De la tentacion de la soberbia espiritual.	23
CAP. XI. Del tercer socorro de la voluntad humana.	25
CAP. XII. Del modo en que ha de habituarse el hom-	

bre para tener presente á Dios todas las veces que quiera.	27
CAP. XIII. De algunos avisos acerca de la oracion.	30
CAP. XIV. De otro modo de orar.	32
CAP. XV. Del cuarto socorro de la voluntad humana.	33
CAP. XVI. De la meditacion del ser de Dios.	34
CAP. XVII. De la meditacion del poder de Dios.	35
CAP. XVIII. De la meditacion de la sabiduria de Dios.	36
CAP. XIX. De la meditacion de la bondad de Dios.	37
CAP. XX. De la meditacion de la belleza de Dios.	38
CAP. XXI. De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué ánimo, y qué mas hiciera si fuese necesario.	39
CAP. XXII. Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.	40
CAP. XXIII. Cuánta bondad muestra Dios aguardando y tolerando al pecador.	41
CAP. XXIV. Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien le ha servido bien, sino con el pecador convertido.	43
CAP. XXV. Del quinto socorro para la voluntad humana.	46
CAP. XXVI. De qué modo se podrá conocer el amor propio.	47
CAP. XXVII. Del sexto socorro de la voluntad humana.	51
CAP. XXVIII. De la Comunión Sacramental.	54
CAP. XXIX. De la Confesion Sacramental.	56
CAP. XXX. Cómo se ha de vencer la pasion deshonesta.	59
CAP. XXXI. De cuántas y cuáles cosas se debe huir para no caer en el vicio deshonesto.	62
CAP. XXXII. Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caído en el vicio deshonesto.	64
CAP. XXXIII. De algunos motivos para que el peca-	

dor se convierta presto á Dios.	66
CAP. XXXIV. Del modo de procurar la conversion, y el llanto de la ofensa de Dios.	70
CAP. XXXV. De algunas razones por qué los hombres viven descuidados, sin llorar las ofensas de Dios, y sin aspirar á la virtud ni á la perfeccion cristiana	72
CAP. XXXVI. Del amor para con los enemigos.	77
CAP. XXXVII. Del exámen de la conciencia.	80
CAP. XXXVIII. De dos reglas para vivir en paz.	82

TRATADO SEGUNDO.

DE LA PAZ INTERIOR Y VERDADERA SENDA DEL PARAÍSO.

CAP. I. Cuál sea la naturaleza del corazon humano, y cómo debe ser gobernado.	85
CAP. II. Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse y adquirir una perfecta tranquilidad.	88
CAP. III. Que esta habitacion pacifica de corazon se ha de edificar poco á poco.	90
CAP. IV. Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior.	91
CAP. V. Que el alma debe conservarse sola y desahogada para que Dios obre en ella.	93
CAP. VI. De la prudencia con que se debe amar al prójimo porque no se pierda ó turbe esta paz.	98
CAP. VII. Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios.	102
CAP. VIII. De la fe que se debe tener en el Santísimo Sacramento del altar, y del modo con que debemos ofrecernos al Señor.	109
CAP. IX. Que no se deben buscar delicias, ni cosas que den gusto, sino solamente Dios.	111

CAP. X. Que no debe acobardarse ó perder el ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia, perturbacion y dificultad para esta paz interior.	114
CAP. XI. De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz y cómo debemos guardarnos de sus engaños.	117
CAP. XII. Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores.	122
CAP. XIII. Que Dios nos envia estas tentaciones para nuestro bien.	125
CAP. XIV. Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caidas y flaquezas.	132
CAP. XV. Que el alma debe quietarse en las caidas y faltas, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual.	138

TRATAO TERCERO.

DE LOS DOLORES MENTALES DE JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR.

Proemio.	141
El primer dolor mental de Jesús fue por las almas, que aunque unidas á él, se habian de condenar.	144
El segundo dolor mental fue por los pecados de todos los escogidos.	150
El tercer dolor mental de Jesús fue por su Madre santísima.	156
El cuarto dolor mental de Jesús fue por su enamorada discípula Magdalena.	159
El quinto dolor mental de Jesucristo fue por sus queridos y amados Discípulos y Apóstoles.	164
El sexto dolor mental de Jesús fue por la ingratitude de su amado discípulo el traidor Judas.	167
El séptimo dolor mental de Cristo fue por la ingratitude del pueblo judáico.	171

El octavo dolor mental de Jesús fue por la ingrati-
tud de todas las criaturas. 173

TRATADO CUARTO.

DEL MODO DE CONSOLAR Y AYUDAR Á LOS ENFERMOS Á BIEN MORIR.

CAP. I. Cuán grande sea la obra de ayudar á los enfermos.	180
CAP. II. De las consideraciones que debemos hacer cuando nos llaman á ayudar á los enfermos.	181
CAP. III. De los medios principales de que necesitamos para ayudar á los enfermos.	183
CAP. IV. De los estados diferentes en que pueden hallarse los enfermos.	184
CAP. V. Del modo de ayudar á los del primer estado.	185
CAP. VI. Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado, que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse, y rehusan conformarse con la voluntad divina.	187
CAP. VII. Del primer retrato de las miserias de esta vida, delineado en auxilio de los enfermos del segundo estado.	188
CAP. VIII. Del segundo retrato de la vida miserable del hombre.	191
CAP. IX. Del tercer retrato de la vida humana.	195
CAP. X. Cómo se ha de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud.	202
CAP. XI. De la ayuda de aquellos que por hallarse constituidos en dignidades, no quieren morir.	206
CAP. XII. Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos.	209
CAP. XIII. De aquellos que no mueren gustosos por	

causa del temor de sus pecados y del juicio de Dios.	212
CAP. XIV. Cómo se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir por desear hacer penitencia de sus pecados.	215
CAP. XV. De la tentacion de diferir la confesion.	217
CAP. XVI. De las principales causas por qué el pecador va dilatando la confesion.	221
CAP. XVII. De la segunda causa, que es el odio contra alguno.	228
CAP. XVIII. De la tercera causa.	229
CAP. XIX. De la cuarta causa.	231
CAP. XX. De dos medios universales para inducir al enfermo á morir gustoso.	235
CAP. XXI. Del tercer estado de los enfermos, y en qué consista el auxilio que se les debe dar.	237
CAP. XXII. De lo que el enfermo debe hacer con el médico.	238
CAP. XXIII. Cómo deben portarse los enfermos con quien los gobierna.	240
CAP. XXIV. Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad.	242
CAP. XXV. Del modo de excitar al enfermo á la paciencia y del arte de tolerar.	245
CAP. XXVI. Cómo ha de portarse el enfermo con Dios.	249
CAP. XXVII. Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios.	254
CAP. XXVIII. Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano.	265
CAP. XXIX. Del modo de armar al enfermo para la batalla que ha de tener con el enemigo de solo á solo.	268
CAP. XXX. Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe.	270
CAP. XXXI. De la protestacion de la fe.	272

CAP. XXXII. Del combate contra la esperanza, y de sus deseos.	274
CAP. XXXIII. Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos.	278
CAP. XXXIV. De algunas advertencias para el último paso de la muerte.	279
CAP. XXXV. Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático.	283
CAP. XXXVI. Del cuarto estado de los enfermos.	284
CAP. XXXVII. Qué se debe hacer después que el enfermo haya muerto.	290
CAP. XXXVIII. Del quinto y último estado de los enfermos.	293

FIN DEL ÍNDICE DEL COMBATE ESPIRITUAL.

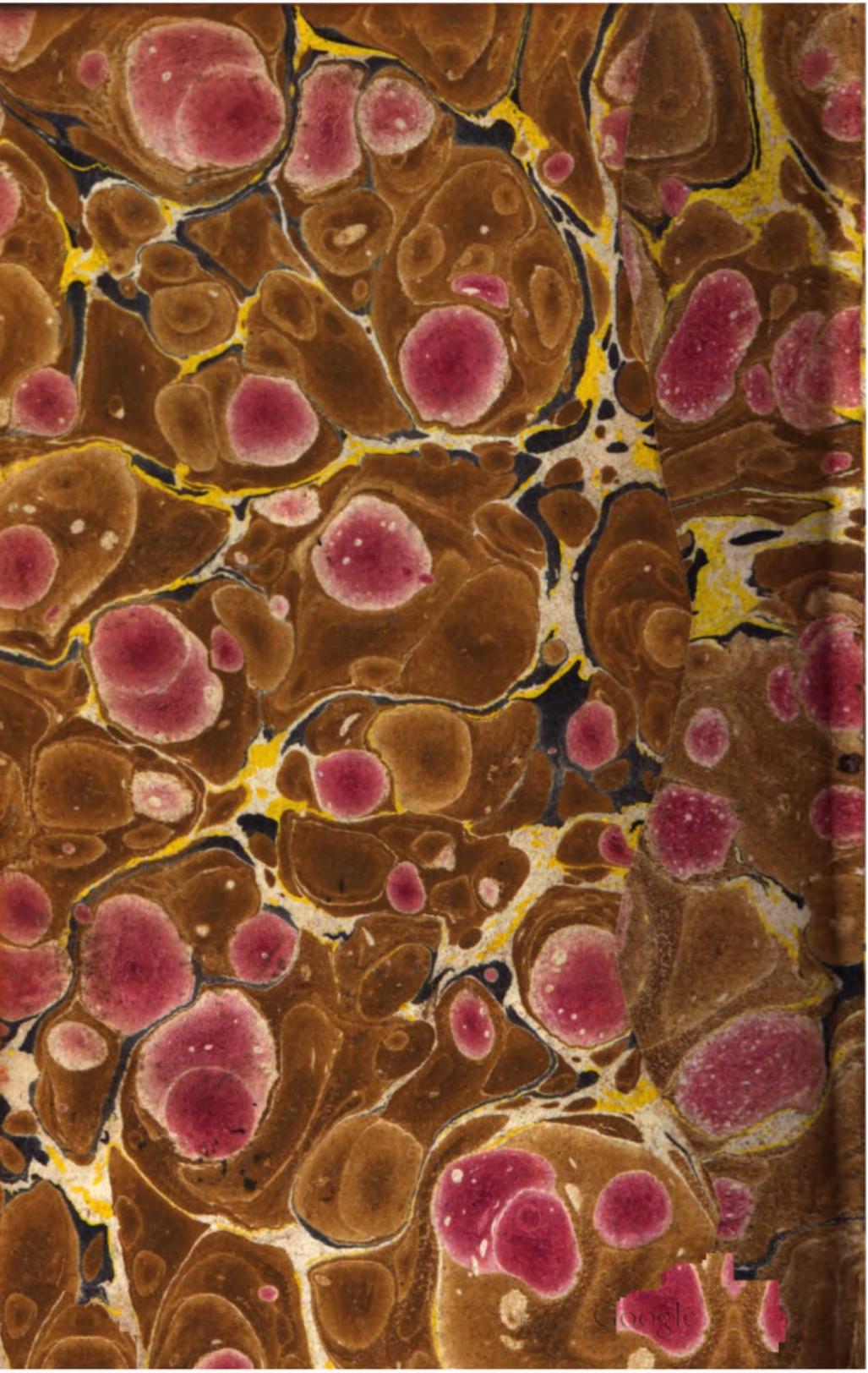
ADICION.

Diálogos de Cristo con el alma su esposa ; escritos por el reverendo P. Gaspar de Lafiguera de la Compañía de Jesús , y que forman el tratado tercero de su suma espiritual.	297
Introduccion.	id.
DIALOGO I. De la diferencia que tienen los afectos espirituales de los afectos sensibles.	301
DIALOGO II. En que se declara mas el primero , y se dan mas señales para discernir los afectos espirituales de los sensibles.	310
DIALOGO III. En que se declara qué sea oracion de quietud , con sus propiedades y nombres.	319
DIALOGO IV. De las espinas que ahogan el fruto de la oracion , y de las que le hacen crecer.	324

Espina 1. ^a	325
Espina 2. ^a	329
Espina 3. ^a	331
Espina 4. ^a	338
Espina 5. ^a	341
DIALOGO V. De la moderacion que se debe tener en todos los afectos sensibles, aunque sean buenos, porque no quiten la paz al alma.	351
DIALOGO VI. De la oracion de quietud, y qué se entiende por no pensar nada en ella.	361
DIALOGO VII. Que los caminos de Dios son muchos, y que nadie debe estorbar el que Dios le da á cada uno.	367
Primer camino. Oracion vocal.	372
Segundo camino de la Oracion.	374
Tercer camino. Oracion de actos de virtudes.	376
Cuarto camino de contemplacion.	377
Quinto camino de Oracion mística, que es junta de la divinidad y humanidad.	378
Sexto camino de Oracion, que es union.	379

FIN.

16



BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001985722

BIBLIOTECA CENTRAL

A-24-8°
-186-

120

INSTITUT
D'ESTUDIS CATALANS

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

56508

